



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

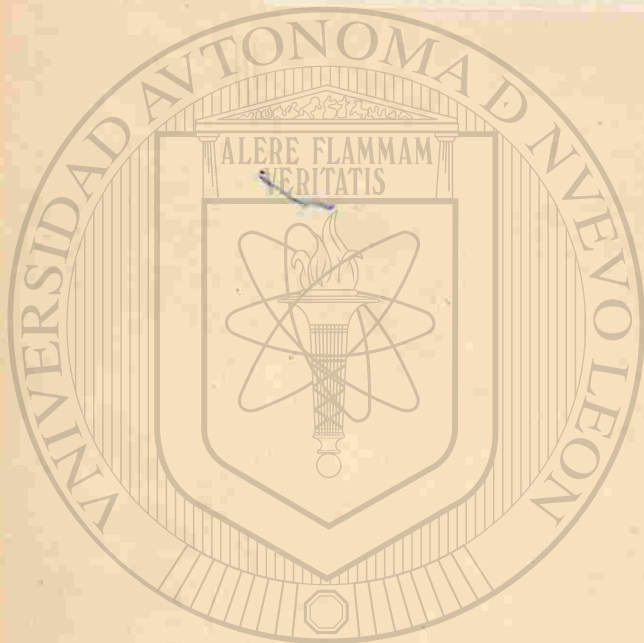
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







1020107820



UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Recuerdo del Pbro. Juan M. Froncoy de Belle-ros*

CONVERSACIONES

SOBRE

**EL PROTESTANTISMO ACTUAL.**

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR

EL ILLMO. SEÑOR G. DE SEGUR  
PRELADO ROMANO

y Canónigo del Capitulo de San Dionisio

TRADUCIDA AL CASTELLANO  
POR UN SAGERDOTE.



*Con licencia necesaria*



MONTERREY  
Biblioteca Universitaria

TIPOGRAFIA SAN JOSE DE JUAN M. FRONCOY  
Plazuela del Hospital González

1894.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Santiago Roel 284

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Agdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CONVERSACIONES

SOBRE EL

PROTESTANTISMO ACTUAL.

**PREFACIO**

—DE LOS—

EDITORES FRANCESES.

48714

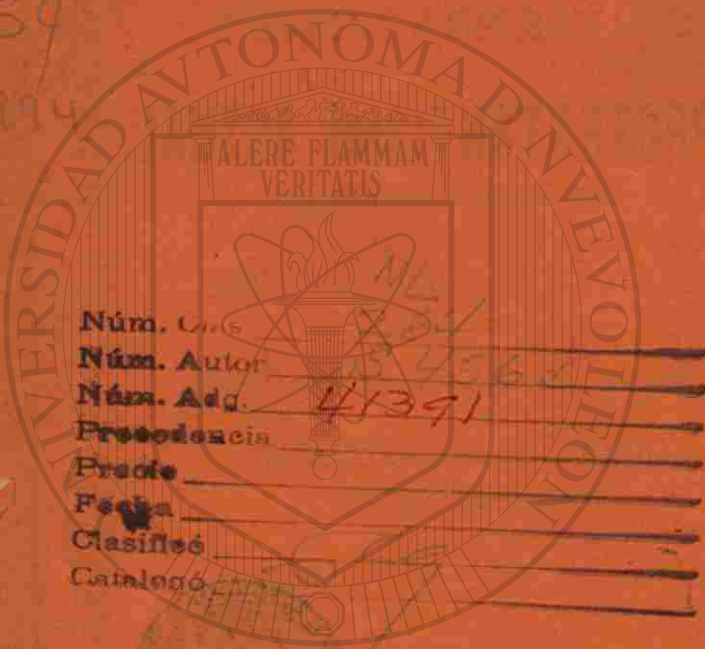
El objeto de este libro era defender la fe católica contra la propaganda protestante. Este objeto se ha conseguido aun en una escala más extensa de la que esperaba el autor. Los Ministros protestantes se han encargado de darnos esta buena noticia. El Sr. Faye, Ministro protestante de Lyon, quejándose amargamente del mal que hacía esta obrita, declaraba en 1859 á una asamblea de agentes herejes celebrada en Ginebra: "que los protestantes salen mal con *todos* los que han leído estas Conversaciones. Un pastor protestante de Poitiers hacía la misma confesión, casi en los propios términos. Conocemos además muchas familias católicas, ya muy agitadas por la propaganda protestante, que se han afirmado en la fe con esta lectura.

Este libro ha sido también útil aun á los mismos protestantes. La mujer de uno de los pastores de París, al devolver á una amiga católica el ejemplar que ésta la había prestado, decía: "Después de haber leído esto, ya no puedo quedarme protestante. Es necesario que hable á mi marido." Otra señora protestante inglesa, muy instruida y distinguida, encontró en este libro, con la gracia de Dios, la luz de la verdadera fe y se hizo católica en el mes de 41391 lio de este mismo año. Murió pocas semanas después de

BX 4810

S4

1294



FONDO NUEVO LEÓN

su conversión, y dejó dispuesto que se le sepultase, llevando sobre el corazón un ejemplar de este libro, que había sido el instrumento de que se valió la bondad de Dios, para reducirla al camino de la verdad.

Estos hechos hablan más elocuentemente que todos los elogios, para recomendar la obra de Monseñor de Segur al celo de los Sacerdotes y de los fieles, que procuran precaver á las almas contra las seducciones del protestantismo.

PRIMERA PARTE.

I.

¿Por qué se ha escrito este libro?

Estas *Conversaciones sobre el protestantismo* se dirigen mas bien á los católicos que á los protestantes: ellas no son un ataque, ni siquiera una controversia; son una obra de preservación y de defensa.

Se ha preguntado: “¿Para qué es hablar aun del protestantismo en la época que alcanzamos? ¿No se ha fundido de tal manera el protestantismo con el racionalismo y la incredulidad, que ya no existe como secta religiosa? ¿Y por otra parte ¿no tienen bastante buen sentido y suficiente lógica los católicos, para dejar que se arraigue entre ellos el protestantismo?”

Cierto, este es profundamente antipático á nuestro país; y no menos incontestables es que del protestantismo, como secta religiosa, no quedan mas que ruinas. Pero hay ruinas de que se debe desconfiar, porque pueden servir de receptáculo y abrigo á los malhechores, los cuales no se atreven á mostrarse descubiertamente en los caminos reales. De esta clase es el edificio cuarteado del protestantismo moribundo, se transforma, si no es ya transformado en una fuerza inmensa de destrucción.

Reanimado y recalentado por los impíos, á quienes re-

*Se. J. J. J.*

UNIVERSIDAD  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

cibe en su seno, se le ve desembarazarse, pieza por pieza, de su armazón teológica del siglo XVI; y mostrar al descubierto, su principio, esencialmente revolucionario. Conservando, porque le conviene, algún lenguaje bíblico y ciertas formas religiosas, se presenta delante de los católicos en una actitud agresiva. Sueña nada menos que con la destrucción absoluta de la Iglesia de Jesucristo; y para conseguirla, multiplica entre las poblaciones católicas sus templos, oratorios y establecimientos de toda clase. Sus agentes inundan de folletos las ciudades y los campos. Procurando corromper las inteligencias más elevadas, por medio de periódicos y publicaciones filosóficas ó literarias, se empeña, al propio tiempo, en hacerse un porvenir entre las clases trabajadoras apoderándose de los niños; y para esto les abre escuelas, asilos y casas de huérfanos en donde se enseña á aquellos infelices pequeñuelos, no á ser cristianos, sino á blasfemar de la Iglesia. Fúndase una multitud de asociaciones para hacer la guerra á la religión católica; y las sociedades llamadas bíblicas, evangélicas y otras, públicamente refieren en sus informes anuales, los esfuerzos y el resultado de su propaganda; á la vez que triunfalmente hacen alarde de sus millones de pesetas que se reúnen, especialmente en el extranjero, para alimentar su celo y pagar su progreso.

No es, pues, una cosa ociosa ocuparse del protestantismo. Si algunos hombres tímidos dijieran que no es bueno recrudecer discusiones desagradables, yo les respondería, que para nosotros los católicos, no sólo es un derecho sino un *deber*, defender nuestra religión atacada y poner en salvo lo que nos es más caro que la vida; esto es, la fe que de Dios y de nuestros padres hemos recibido. Este librito no tiene otro objeto que cooperar á esta grande obra, aunque las proporciones sean humildes. Yo he pensado que será útil para muchas almas, hacerlas ver en una serie de *conversaciones* familiares, lo que es el protestantismo, descubriendo las falsedades y la nada de su sistema religioso, las verguenzas de su origen, su nulidad como culto, su afinidad con todo lo que es revolución y anarquía,



y en fin el abismo á que él conduciría á cualquiera país católico, que tenga lógica bastante para no detenerse en el camino del error.

No se encontrarán en estas páginas ni controversias eruditas, ni discusiones metafísicas. Como hablo especialmente con católicos que conocen su religión, no he insistido en ciertos puntos de doctrina que ellos saben; pero que yo habría explicado más largamente, si me dirigiera á protestantes.

Para estudiar en su fuente la cuestión de la llamada *reforma*, he debido recorrer un gran número de publicaciones y obras literarias, calvinistas, metodistas, etc.; y en ellas he encontrado palinodias mortales, cantadas por ministros y escritores protestantes, aunque solamente he citado las de aquellos que son más estimados entre sus propios correligionarios.

Como este libro podrá excitar algunas recriminaciones de parte de los herejes, no me parece supérfluo insistir, en que yo no he hecho en él otra cosa que *defender* la fé contra los ataques de los protestantes, cuya violencia pasa de toda medida, y rechazar á esos hombres que proclaman altamente estar llamados á destruir nuestra santa religión. Uno de los corifeos autorizados de esos hombres, el Sr. Agenor de Gasparin, se atrevía á decir, hace poco tiempo, hablando de la religión católica: “*No es permitido delante de Dios aborrecerla moderadamente.*” (\*)

II.

PROTEO.

Proteo era un personaje fabuloso, que tomando todas las formas, se ocultaba á todas pesquisas y esquivaba todos los ataques.

Proteo es el verdadero tipo de eso que se ha llamado el protestantismo. No se sabe como hacer para definirle y

(\*) Los Ecoles du doute et l'Ecole de la foi, page 26.

mucho menos se acierta á cogerle. El es diferente en París que en Londres, en Ginebra que en Berlín, en Berna que en Nueva-York. Más aún: en cada barrio de una misma ciudad, en cada templo, en la cabeza de cada uno de sus ministros; y me atrevería á decir que hasta en la cabeza de cada protestante, el protestantismo se diferencia de sí mismo. Lo que enseña, lo que dice, lo que quiere aquí, es diametralmente opuesto á lo que enseña, á lo que cree en otra parte. Sin embargo siempre es el protestantismo.

¿Qué es pues el protestantismo?

¿Es una religión? Nó, es una secta.

¿Es una Iglesia ó una aglomeración de Iglesias? Nó, es una pluralidad de individuos.

¿Es una institución? Nó, es una rebelión.

¿Es una enseñanza? Nó, es una negación.

El protestantismo *protesta* y aquí acaba su obra. Su nombre es puramente negativo; y lo dicho explica cómo en trescientos años, este nombre no ha variado aunque él encubre infinitas variaciones. Como el protestantismo no es mas que una renuncia de la antigua fe, cuanto menos él crea, más *protestará* y así merecerá mejor el nombre que lleva. Este nombre se hace cada día más verdadero y subsistirá hasta el momento en que el protestantismo perezca, cual perezca la úlcera cuando ha devorado el último átomo de carne en que se cebaba.

Sin embargo, se dice que el Proteo de la fábula llegó á ser cogido; y yo voy á hacer lo posible por lograr otro tanto con el protestantismo, sorprendiéndole bajo uno de los mil disfraces de que hace uso. Procuremos arrancarle la máscara, para que le conozcan los católicos á quienes trata de engañar.

III.

Protestantismo y Protestantes.

¿Son una misma cosa el *protestantismo* y los protestantes? De ninguna manera.

Los protestantes son como los demás hombres, criaturas de Dios, por cuya salvación murió nuestro Señor Jesucristo; mientras que el protestantismo es una rebelión contra la verdad, un crimen que Dios maldice en la tierra, como maldijo en el cielo la rebelión de Satanás y sus secuaces. Es necesario amar á los protestantes como prójimos y detestar el protestantismo, como se ama al pecador y se detesta el pecado.

El protestantismo es malo por naturaleza, pero el protestante puede ser frecuentemente un buen hombre; y de todos modos, el protestante es siempre infinitamente mejor que el protestantismo. Muchas veces no es protestante sino de nombre; y lo que le falta en materia de religión, mas bien se debe imputar á su educación y á la atmósfera en que vive, que á un sentimiento personal y culpable.

En esta obrita lo que yo ataco no es al protestante, sino al protestantismo; pero al protestantismo le ataco y le denuncio como un grande enemigo de las almas. Ante todo me compadezco de los pobres protestantes; muchos de los cuales, lo sé, están en la más perfecta buena fé. Dios los tratará con misericordia, si estando en esa gran ruina, que se llama el protestantismo, todavía aman y buscan como mejor pueden, los vestigios de la verdad.

El protestantismo es una doctrina engañosa.

¡Guerra al error!

El protestante es un hombre por quien, como por todos los hombres, ha padecido y muerto nuestro Señor Jesucristo; y es por lo mismo un prójimo, á quien todos debemos amar.

#### IV. DIRECCIÓN GENERAL

##### *Catolicismo y Católicos.*

Si *protestantismo* y *protestantes* no son una sola é idéntica cosa, tampoco lo son *catolicismo* y *católicos*.

El protestantismo siempre es peor que los protestantes. Esto es tan cierto como fácil de concebir. El pecador vale

siempre más que su pecado: el hombre que se engaña vale siempre más que su error por que el pecado y el error son absoluta y enteramente malos, mientras que el hombre que peca ó yerra, conserva siempre algo de bueno, algunos restos de verdad y de pureza de corazón.

El catolicismo, por el contrario, es siempre mejor que los católicos. Por perfecto y santo que se suponga á un católico, siempre quedan en él las imperfecciones de la humana naturaleza y los residuos del pecado original. La iglesia católica, que le conduce en los caminos de Dios, le presenta la verdad pura de toda mezcla y absolutamente buena, le propone la santidad perfecta; y por lo mismo, la maestra es siempre superior al discípulo.

Frecuentemente sucede que los ministros protestantes, en los reproches que dirigen á la iglesia católica, confunden á los católicos, con el catolicismo, al discípulo siempre imperfecto, con la doctrina en sí perfecta. De ahí proceden las recriminaciones injustas; de ahí deriva, muchas veces, una irritación infundada; y de ahí en fin, nacen obstáculos que son quiméricos, pero bastantes fuertes para impedir que el extraviado vuelva á la verdad.

V.

##### *Católicos y Católicos.—Protestantes y Protestantes.*

Hay leños y leños, decía un cortador de madera, en cierta comedia. Digámoslo aquí y distingamos bien.

Hay católicos y católicos; verdaderos católicos y católicos de contrabando; católicos serios que conocen su religión, la practican con sinceridad y procuran darse á la oración, á la penitencia, á las obras de caridad y á la unión íntima con Nuestro Señor; y católicos, al contrario, que solamente lo son de nombre, pues viven en la indiferencia religiosa, no oran ni frecuentan los sacramentos y descuidan el servicio de Dios. Es necesario no confundir los unos con los otros; y sobre todo, es justo é indispensable no tomar al mal católico como tipo de los católicos en general.



Hay también protestantes y protestantes: protestantes ardientes, ásperos en la guerra contra la Iglesia, animados del espíritu de secta y de propaganda; y protestantes al contrario que lo son porque nacieron en el protestantismo, que hacen poco caso de lo que les predicán sus ministros, y que ni siquiera saben á cual de las mil sectas protestantes pertenecen. No confundamos á estas dos clases de protestantes. Los primeros son sectarios y enemigos activos, cuyo celo ciego se disfraza con todas las máscaras, para conseguir su objeto desastroso, y á éstos es necesario descubrirlos y rechazarlos; mientras que los otros son meramente hombres adormecidos, ni amigos ni enemigos de la verdad, á quienes simplemente se debe despertar é ilustrar.

Pertenecen á la primera clase aquellos protestantes para quienes el protestantismo es una posición ó un oficio, que les da renta y consideración; y á éstos deben agregarse algunos otros protestantes, especialmente mujeres de ánimo exaltado, que pagan con liberalidad á sus agentes, haciendo un negocio de partido el salirse con sus intentos.

Pertenecen á la segunda clase, con algunas raras excepciones, una multitud de industriales, comerciantes y hombres indiferentes de la clase media; los cuales son protestantes porque lo eran sus padres. Estos no tienen otra religión que la que se ha dado en llamar de la honradez, en lo cual se aproximan á los malos católicos.

Era de importancia hacer esta distinción al principio de estas Conversaciones.

VI.

*¿Cómo es que hay protestantes buenos y religiosos?*

Así como tenemos en el catolicismo hermanos que nos avergüenzan, los cuales aunque pertenecen al cuerpo de la Iglesia, son extraños á su espíritu; de la propia manera tenemos, fuera de la Iglesia, algunos hermanos separados. Estos son aquellos protestantes que, aunque segregados exteriormente del cuerpo de la Iglesia, llevan una vida cris-

...na y practican, quizás hasta de una manera edificante, los preceptos del Evangelio. Perteneciendo al espíritu de la Iglesia, todo lo que estas bellas almas tienen de fé y de verdad, es ni más ni menos que catolicismo; y ellas mismas son católicas que no se conocen, aunque la Iglesia las reconoce altamente por sus hijas. Son buenos cristianos, no porque son protestantes, sino á pesar de ser protestantes.

Como el protestantismo no es más que una negación, nada ha podido darles; antes bien lo que el protestantismo ha hecho, es privarles de una parte de los auxilios religiosos que habrían disfrutado si hubiesen nacido católicos.

¡Cuánto mejores de lo que son, serían estos protestantes, si tuvieran una absoluta certidumbre respecto á la fé, un culto completo y vivo, los consuelos tan santificadores de los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, el amor á la Santísima Virgen y otros tantos tesoros que la Iglesia católica dispensa á los fieles! Con estos poderosos auxilios, aquellos hombres serían santos; pero privados de tales socorros no pueden elevarse mucho. De modo que su piedad, por más positiva que se la suponga, no pasa de vulgar.

¡Qué abismo media entre nuestros santos, los cuales no son otra cosa que *buenos católicos*, entre un San Vicente de Paul, por ejemplo, un San Francisco Javier, una Santa Teresa y aquellos hombres honrados, cuya vida se quiere algunas veces alegar como prueba de la verdad del protestantismo!

“Los católicos tienen santos, dice el pastor protestante Lavater: no puedo negarlo; y nosotros no los tenemos, lo menos que se parezcan á los de los católicos.”

VII.

*Por qué se encuentra mayor número de malos católicos, que malos protestantes?*

En primer lugar, por que hay muchos más católicos

que protestantes. En una ciudad grande, es evidente que debe haber más gente mala que en una aldea.

En segundo lugar, el catolicismo es una religión sólida, que de parte de Dios nos impone una creencia precisa y obligatoria, muchos deberes elevados, un culto determinado y ciertos medios conocidos y necesarios para santificarnos.

Aunque todo esto es divino, no es cómodo para la carne; y á las pasiones no les agrada. El catecismo católico todo lo prevee y no deja nada al capricho. El no se contenta con una religiosidad vaga y vaporosa, sino que pone la tilde sobre la *i*; y dice con precisión y claridad lo que se debe evitar, so pena de ser mal católico. Ordena varias observancias exteriores, destinadas á reprimir nuestras inclinaciones corrompidas; y por esta razón suelen aquellas observancias ser desagradables, tales como la abstinencia, el ayuno, la confesión etc. Se necesita una grande energía y una voluntad perseverante, para caminar constantemente por esta vía estrecha.

No sucede lo mismo en el camino ancho, que más bien se pudiera llamar desierto sin límites, por donde las sectas protestantes quisieran hacernos entrar. Hoy más que nunca, no es pesado el equipaje religioso del protestante. Nada más fácil que ser buen protestante. No soy yo quien lo digo. Es uno de los pastores protestantes más conocidos y bulliciosos de París quien lo afirma. He aquí el retrato de un escritor, (\*) cuyo panegirico hace aquel pastor, presentándonosle como un protestante excelente. "Dogmáticamente, dice, *él creía poca cosa.....* En cuanto á la verdad, no sabía buscarla en el dogma, *ni siquiera en el Evangelio.* Creía que las verdades están en los libros san-

[\*] Mr. de Simondi, historiador protestante. Véase el diario LE LIEN.

[\*] "Para los protestantes, decía Juan J. Rousseau hablando de los Neufchatel, un cristiano es un hombre que vá á la prédica todos los domingos; y haga lo que hiciere entre domingo y domingo, eso no importa" (Carta al mariscal de Luxembourg.)

tos como en germen; pero las creía mezcladas á todos los errores y se imaginaba que con la ayuda de estos libros, todo se puede sostener y todo probar igualmente.... El creía poco en la oración EL DETESTABA VIVAMENTE EL CATHOLICISMO." He aquí el cristiano suficiente, he aquí el buen protestante á juicio del pastor Coquerel.

Ya lo veis, amado lector, no es difícil ser buen protestante: con creer todo lo que se quiera en materia de religión, ó si se quiere no creer nada, séase hombre de bien según el mundo, léase ó no se lea la Biblia, váyase ó no se vaya al templo; pero no se olvide la suscripción á dos ó tres sociedades bíblicas y evangélicas, detestando sobre todo á la Iglesia: esta es la receta para ser un buen protestante.

Convertido á la religión católica un protestante ilustre, repetía con frecuencia, esta observación, la cual tenía en su boca doble peso que en otra: "Siempre he visto que del católico más malo, se hace con facilidad un protestante excelente y hasta un ministro de la secta; pero cada día me apercibo más de que un buen protestante, como yo lo era, tiene trabajo para ser un católico mediano." [El conde de Stolberg.] Cuando no se sigue de cerca la pista á los ministros protestantes y cuando no se leen sus escritos, es difícil creer en la nada religiosa que se oculta bajo el cómodo manto del protestantismo. Mucha razón tenía el impío Eugenio Sué, cuando en vista de esas facilidades decía "Que protestantizar la Europa, era el medio más seguro para descristianizarla"

VIII.

*Del abismo que media entre el protestantismo y la Iglesia*

Quando los agentes de la propaganda protestante encuentran alguna alma sencilla é ignorante, suelen comenzar sus tentativas con este exordio insinuante: "Protestante ó católico, poco más ó menos es lo mismo." Y hay católicos por desgracia que repiten esta blasfemia, sin pensar que este es un grave insulto contra su Santa Madre la Iglesia.

¡Qué el protestantismo, con sus mil sectas, es *poco más ó menos*, lo mismo que la religión católica! ¿Se ha reflexionado en esto? Pues más valdría decir que *poco más ó menos* la buena moneda vale tanto como la falsa.

Donde la Iglesia afirma, los protestantes niegan; donde la Iglesia enseña, los protestantes se sublevan. En la Iglesia católica reina la unidad más completa y más fundamental de enseñanza, de creencia, de culto y de religión. Entre los protestantes cada uno cree como quiere y vive como cree; de modo que reina entre ellos la anarquía religiosa, la cual es todo lo contrario de la unidad. Sólo están unidos en un punto, que es el ódio al catolicismo.

El católico tiene por regla de su fe la enseñanza precisa é infalible de la Iglesia. El protestante rechaza á la Iglesia, desprecia su autoridad y no conoce más que la Biblia, interpretándola como puede y como quiere.

El católico venera al Papa como Vicario de Jesucristo, cabeza de los fieles, Pastor Supremo y doctor infalible de la ley. El protestante no ve en él mas que un antecristo, Vicario de Satanás, y enemigo principal del Evangelio. El católico adora en la Eucaristia á Jesucristo, que está realmente presente en ella. El protestante no vé allí mas que un símbolo vacío, un pedazo de pan.

El católico venera, invoca y ama á la Santísima Virgen María Madre de Dios. El protestante se aleja de ella con repulsión invencible; y á veces la ve hasta con desprecio, hasta con odio.

El católico recibe y conserva la vida cristiana por medio de los siete Sacramentos de la Iglesia, reparando sus faltas en el de la penitencia y alimentándose con el de la Eucaristia. Los protestantes no conocen estos Sacramentos; y apenas algunas de sus sectas conservan todavía la verdadera noción del bautismo.

Así sucede con todos los dogmas. Sí, con todos, aún los más esenciales, los que más íntimamente están unidos con la ciencia de la religión, dogmas sin los cuales no se puede ser cristiano. Cada día protesta más el protestantismo contra la fe que ha abandonado. En Ginebra, en

Strasburgo, en París, en todas las facultades de teología protestante francesas, alemanas, americanas, etc., se oye á los pastores de la sectas, negar la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, el misterio de la Santísima Trinidad y el pecado original, destruyendo así el cristianismo por su base.

He aquí el como, *poco más ó menos*, las sectas protestantes están de acuerdo con la Santa Iglesia católica. Ellas están separadas de ésta, más ó menos, según que son más ó menos lógicas y según que aplican mejor el principio protestante del libre examen. Sin embargo, aun las que parecen menos distantes de la Iglesia, se hallan separadas de ella por un abismo.

El protestantismo es á la religión católica lo que NO es al SI. Salva esta discordancia, todo es absolutamente la misma cosa.

IX.

*¿El catolicismo y el protestantismo pueden ser verdaderos á la vez?*

Evidentemente nó.

Siendo la religión el conocimiento y el servicio del único Dios verdadero, ella es necesariamente *una*, como Dios es Uno. No hay más que un solo Dios, una verdad, un Cristo, una fe y una religión verdadera.

Los que dicen que se encuentra la religión verdadera de Jesucristo, tanto en el protestantismo como en el catolicismo y *viceversa*; ó son incrédulos que poco caso hacen de la verdad, ó son ignorantes y aturdidos que hablan sin reflexión.

Si dos religiones diametralmente opuestas entre sí, como lo son la religión católica y las sectas protestantes, pudieran ser igualmente verdaderas, sería necesario decir que son iguales el SI y el NO; y afirmar que cuando dos hombres se contradicen sobre un mismo punto, ambos tienen razón.

Acabo de demostrar sobreabundantemente la oposición fundamental que hay entre la iglesia católica y las diversas fracciones del protestantismo. Tomemos un ejemplo entre mil. La iglesia enseña que en el Sacramento de la Eucaristía, Nuestro Señor Jesucristo está real y verdaderamente presente; mientras que casi todas las sectas protestantes niegan esta verdad, acusando de idolatría á la Iglesia por esta creencia. Ahora bien, una religión que se engañase, aunque no fuera mas que en este punto, no puede ser la verdadera religión. Luego es materialmente imposible que el catolicismo y el protestantismo, sean los dos verdaderos á la vez.

X.

*Irse á lo más seguro.*

La Madre de Melancton, el cual fué uno de los más famosos discípulos de Lutero, había sido arrastrada por su hijo á la apostasía, siguiéndole en la pretendida reforma. Estando ella para morir, hizo llamar *al reformador*; y en aquel supremo momento, le dijo con solemnidad: “Hijo mío, por tu consejo dejé á la Iglesia católica, para abrazar la religión nueva. Ya voy á comparecer delante de Dios; y por el mismo Dios vivo te conjuro para que me digas sin ocultarme nada, ¿en qué fe debo morir?” Melancton bajó la cabeza y guardó silencio un momento. El amor de hijo luchaba en su pecho contra el orgullo de sectario. “Madre, le respondió por fin, la doctrina protestante es más fácil: la católica ES MAS SEGURA.” (\*)

Si la religión católica es más segura, es necesario abrazarla; y aun es más necesario todavía no abandonarla, por irse á la menos segura.

Este razonamiento de simple buen sentido, indujo al rey Enrique IV á hacerse católico. Se había tenido una conferencia sobre religión en presencia del rey y toda su

[\*] Audin, VIDA DE LUTERO, tomo III, pag. 288.

corte. Los controvertistas eran, por una parte, muchos teólogos católicos; y por otra parte los ministros protestantes Duverdier, Morlas, Salette y algunos otros.

“El rey, dice el historiador, viendo que uno de los ministros no se atrevía á negar que pudiese uno salvarse en la religión católica, tomando la palabra, dijo: “¿Qué! ¿Estais de acuerdo en que puede uno salvarse en la religión romana”? El ministro respondió: “que no lo dudaba, con tal de que viese bien.”—“Y vosotros, señores, dijo S. M. á los doctores católicos, ¿pensáis que puedo salvarme quedándome protestante”? “Pensamos y declaramos, respondieron estos doctores, que habiendo conocido la Iglesia católica, estais, señor, obligado á entrar en su comunión, y que así no podeis salvaros en el protestantismo”.—Oyendo esto, continúa el historiador, el rey añadió muy juiciosamente, dirigiéndose á los ministros protestantes: “La prudencia quiere que yo abrace la religión de los católicos dejando la vuestra, porque siendo de la primera me salvo, según ellos, y según vosotros; mientras que si me quedo en la segunda, me salvo, según vosotros, pero según ellos, me pierdo. La prudencia pide, pues, que me vaya á lo más seguro”. (\*) Dijo, y abjuró el error.

XI.

*Si la heregía es un gran pecado.*

Es la heregía uno de los crímenes más grandes de que puede hacerse culpable un hijo de Dios. Es la apostasía de la Iglesia.

La fe es el cimiento de todo el edificio religioso. Ella es la primera condición de la vida cristiana. Así es que Nuestro Señor Jesucristo resume toda la religión en la fe, repitiendo en cada página de su Evangelio, que para salvarse es necesario *creer* en él, *creer* en su palabra, *creer* á la Iglesia. “El que *crea* se salvará; y el que no *crea* se condena-

[\*] Perefíxe, Historia de Enrique IV, pag. 200.

rá", dice San Marcos. (Cap. XVI. Vers. XVI.)

La herejía es el pecado contra la fe, es la rebelion voluntaria y obstinada contra la divina enseñanza de la Iglesia de Jesucristo. La herejía trastorna el orden establecido por Dios y separa al hombre de la gran familia católica, la cual es así en la tierra como en el cielo la familia de Dios.

Por esta razón es la herejía, por su naturaleza, un pecado mucho más grave y un mal mucho más profundo y pernicioso, que la voluptuosidad y todos los desórdenes sensuales. Estos pecados ciertamente son muy malos y separan mucho de Jesucristo; pero ellos no causan en el alma un desorden tan radical y tan peligroso como la herejía.

Júzguense por esto de la responsabilidad religiosa y de la enorme culpabilidad de esos pretendidos pastores evangélicos, van sembrando la herejía. Ellos hacen mayor mal á la sociedad que los mismos apóstoles del libertinaje.

XII.

*Si puede salvarse un protestante.*

Sí, ciertamente, pero es necesario distinguir con cuidado.

"Una cosa es estar en el error y otra cosa es estar en la herejía," decía San Agustin, cuando predicaba á su pueblo sobre la salvación de los herejes. En efecto, puede uno engañarse sin culpa, en ciertas ocasiones. El error *involuntario* no es un pecado sino una desgracia; y por eso dice que aun estando uno en el error, puede á veces salvarse. Pero siendo la herejía una rebelión contra Dios y su Iglesia, ella es un pecado, es un crimen; y por esta razón se dice que el que está en herejía, no puede salvarse.

Esto equivale á decir, que solamente la *buena fe invencible*, excusa á un protestante del pecado de herejía y le deja, en medio de su desgracia, la posibilidad de salvarse. Fuera de esta buena fe el hereje está perdido, porque se separa de la verdad, que es Jesús; y de la sociedad de la

verdadera Santa Iglesia católica, apostólica y romana.

¿Cuáles son los protestantes de buena fe? ¿Es posible esta buena fe *invencible* en un país católico, en medio de católicos y con tantas facilidades de llegar á la Iglesia? Este es un misterio que solo Dios conoce y que el El solo juzgará. Si hemos de creer á las apariencias, puede decirse que esta buena fe se encuentra con bastante frecuencia entre los protestantes, especialmente entre los de la clase trabajadora; pues, parece que por su condición carecen de aquellos medios de instrucción, que hacen inexcusable á las clases cultas. Confieso que, aun concediendo la *posibilidad* absoluta de este milagro, no tengo ninguna devoción á la buena fe de los ministros protestantes y tiemblo por su suerte eterna.

Añadiré, respecto de los protestantes de buena fe, es decir respecto de aquellos que pueden salvarse, una observación que debe entristecernos por su estado. Si pueden salvarse, sin embargo les será mucho mas difícil conseguirlo que á nosotros los católicos, verdaderos discípulos de Jesucristo.

Para esto hay muchas razones. La primera, que la buena fe de un protestante siempre es más ó ménos incierta. La segunda, que el punto de partida y el principio de las virtudes cristianas, con las cuales salva uno su alma, es *la fe*; y el católico la tiene exacta, precisa é independiente de todos los caprichos de su imaginación, lo cual no le sucede al protestante. La tercera que, como ya hemos visto, el protestante no participa de los auxilios que la Iglesia da á sus hijos para ayudarlos á vivir de manera que ganen el cielo. Entre estos auxilios me fijaré en dos, la confesión y la comunión. Cuando una persona ha tenido la desgracia de cometer pecado mortal, sólo puede reconciliarse con Dios, yendo á confesarse y obteniendo la absolución del sacerdote; y si esto último no puede ser materialmente, por lo menos debe tener el profundo dolor de sus pecados, que se llama contrición perfecta, la cual incluye el sincero deseo de confesarse. Esta clase de dolor es por sí mismo bastante raro y difícil. Aunque siempre debemos desear tenerle,

no es, sin embargo, indispensable en el Sacramento de la penitencia, pues basta en él un dolor ordinario, porque siendo éste un Sacramento de misericordia, Nuestro Señor se digna suplir lo que falta á los pobres penitentes.

Ahora bien, el protestante que ha cometido un pecado mortal, no tiene el recurso de la confesión. Es preciso, pues que tenga contrición perfecta, perfecto arrepentimiento y purísimo amor de Dios, sin lo cual no puede obtener la remisión de su pecado ni la eterna salvación. Tampoco puede unir á esta contrición el deseo de confesarse, porque le supongo de buena fe; y en tal caso, ignora la necesidad de este Sacramento. Luego le es mucho más difícil que á nosotros, recobrar la gracia de Dios. Si lo consigue por una gracia especial, todavía no tiene como nosotros la sagrada comunión, instituida precisamente por Nuestro Señor Jesucristo, para conservar nuestras fuerzas espirituales, preservarnos del pecado é impedir las recaídas. Nosotros los católicos, tenemos en la santísima Eucaristía una provisión de viaje, en la peregrinación de la vida. El pobre protestante está privado de ella y corre gran riesgo de desfallecer en el camino. De consiguiente, le es más difícil santificarse y salvarse; y así nosotros debemos tratar de convertirle, para ponerle en una situación infinitamente mejor respecto á la salvación de su alma, que es el único objeto de la vida de todo hombre en este mundo.

XIII.

*Diferencia que hay entre una conversión y una apostasía*

La conversión es un deber, la apostasía es un crimen. Cuando un protestante entra en el seno de la Iglesia, se convierte; pero cuando un católico deja la Iglesia para afiliarse á una secta protestante, apóstata. ¿Por qué esta diferencia? Voy á explicarla.

La fe católica invariablemente enseñada por la Iglesia, hace diez y ocho siglos, se compone de un número cierto de dogmas positivos, tales como la unidad de Dios, la Trinidad,

la Encarnación, la presencia real, el Papado, etc. etc. Para tener un número redondo, supongamos por un momento que esos dogmas sean cincuenta. Admitiendo esta hipótesis, todos los cristianos creían, pues, cincuenta dogmas, hasta principios del siglo décimo, época en la cual no había habido más que una sola fe en la cristiandad. En el décimo siglo la Iglesia griega negó que el espíritu Santo procede tanto del Padre como del Hijo, y negó también la supremacía del Papa, por lo que de cincuenta dogmas no le quedaron á esa Iglesia cismática mas que cuarenta y ocho. Así se ve que nosotros los católicos, creemos siempre todo lo que ha creído la Iglesia; mientras que, los cismáticos griegos, por el contrario, niegan dos verdades que nosotros creemos.

En el siglo décimo sexto las sectas protestantes llevaron las cosas más lejos, negando otros dogmas. De los cincuenta algunos de ellos negaron veinte, otros treinta, y otros apenas conservaron unos pocos. Pero pocos ó muchos, los que ellos retuvieron, nosotros los católicos los conservamos con todos los otros. La Iglesia católica cree todos los dogmas verdaderos que creen los protestantes; y además está enriquecida con los que éstos han rechazado. Este punto es incontestable.

Estas sectas, de consiguiente, no son *religiones*, porque sólo se forman negando tal ó cual dogma; y así no son mas que *negaciones*, es decir, nada por sí mismas, pues la negación es la nada.

De esto se deduce una consecuencia, con la mayor evidencia; y es la de que el católico que entra en una secta protestante, *apóstata* verdaderamente, porque abandona dogmas y niega hoy lo que ayer creía. Por el contrario, un protestante que pasa á la Iglesia católica no abdica ninguna verdad, no niega nada de lo que creía si era cierto, y si cree la verdad que negaba, lo cual es muy diferente. Este razonamiento, que no tiene réplica, es del conde de Maistre.

El Señor de Joux, pastor protestante de Ginebra y después presidente del Consistorio *reformado* de Nantes,

no es, sin embargo, indispensable en el Sacramento de la penitencia, pues basta en él un dolor ordinario, porque siendo éste un Sacramento de misericordia, Nuestro Señor se digna suplir lo que falta á los pobres penitentes.

Ahora bien, el protestante que ha cometido un pecado mortal, no tiene el recurso de la confesión. Es preciso, pues que tenga contrición perfecta, perfecto arrepentimiento y purísimo amor de Dios, sin lo cual no puede obtener la remisión de su pecado ni la eterna salvación. Tampoco puede unir á esta contrición el deseo de confesarse, porque le supongo de buena fe; y en tal caso, ignora la necesidad de este Sacramento. Luego le es mucho más difícil que á nosotros, recobrar la gracia de Dios. Si lo consigue por una gracia especial, todavía no tiene como nosotros la sagrada comunión, instituida precisamente por Nuestro Señor Jesucristo, para conservar nuestras fuerzas espirituales, preservarnos del pecado é impedir las recaídas. Nosotros los católicos, tenemos en la santísima Eucaristía una provisión de viaje, en la peregrinación de la vida. El pobre protestante está privado de ella y corre gran riesgo de desfallecer en el camino. De consiguiente, le es más difícil santificarse y salvarse; y así nosotros debemos tratar de convertirle, para ponerle en una situación infinitamente mejor respecto á la salvación de su alma, que es el único objeto de la vida de todo hombre en este mundo.

XIII.

*Diferencia que hay entre una conversión y una apostasía*

La conversión es un deber, la apostasía es un crimen. Cuando un protestante entra en el seno de la Iglesia, se convierte; pero cuando un católico deja la Iglesia para afiliarse á una secta protestante, apóstata. ¿Por qué esta diferencia? Voy á explicarla.

La fe católica invariablemente enseñada por la Iglesia, hace diez y ocho siglos, se compone de un número cierto de dogmas positivos, tales como la unidad de Dios, la Trinidad,

la Encarnación, la presencia real, el Papado, etc. etc. Para tener un número redondo, supongamos por un momento que esos dogmas sean cincuenta. Admitiendo esta hipótesis, todos los cristianos creían, pues, cincuenta dogmas, hasta principios del siglo décimo, época en la cual no había habido más que una sola fe en la cristiandad. En el décimo siglo la Iglesia griega negó que el espíritu Santo procede tanto del Padre como del Hijo, y negó también la supremacía del Papa, por lo que de cincuenta dogmas no le quedaron á esa Iglesia cismática mas que cuarenta y ocho. Así se ve que nosotros los católicos, creemos siempre todo lo que ha creído la Iglesia; mientras que, los cismáticos griegos, por el contrario, niegan dos verdades que nosotros creemos.

En el siglo décimo sexto las sectas protestantes llevaron las cosas más lejos, negando otros dogmas. De los cincuenta algunos de ellos negaron veinte, otros treinta, y otros apenas conservaron unos pocos. Pero pocos ó muchos, los que ellos retuvieron, nosotros los católicos los conservamos con todos los otros. La Iglesia católica cree todos los dogmas verdaderos que creen los protestantes; y además está enriquecida con los que éstos han rechazado. Este punto es incontestable.

Estas sectas, de consiguiente, no son *religiones*, porque sólo se forman negando tal ó cual dogma; y así no son mas que *negaciones*, es decir, nada por sí mismas, pues la negación es la nada.

De esto se deduce una consecuencia, con la mayor evidencia; y es la de que el católico que entra en una secta protestante, *apóstata* verdaderamente, porque abandona dogmas y niega hoy lo que ayer creía. Por el contrario, un protestante que pasa á la Iglesia católica no abdica ninguna verdad, no niega nada de lo que creía si era cierto, y si cree la verdad que negaba, lo cual es muy diferente. Este razonamiento, que no tiene réplica, es del conde de Maistre.

El Señor de Joux, pastor protestante de Ginebra y después presidente del Consistorio *reformado* de Nantes,

decía en 1813: "Yo condenaría á un católico que se hiciera protestante, porque no es permitido al que posee lo más dejarlo por buscar lo ménos; pero no podría censurar á un protestante que se hiciese católico, porque es muy permitido á quien tiene lo ménos, buscar lo más."

En 1825, el Señor de Joux abjuró el protestantismo y se convirtió á la fe católica.

XIV.

*Porqué se hacen unos católicos y otros protestantes.*

§ I.

Con raras excepciones que siempre se explican por una profunda ignorancia de la religión católica que se deja y del protestantismo que se abraza; yo afirmo que nunca un católico se ha hecho protestante por motivos honrosos, y de que él no tuviera que avergonzarse.

He conocido á algunos católicos, de nombre, que querían hacerse protestantes. Uno de ellos era un joven amable é inteligente, pero perdidamente enamorado de la hija de un ministro protestante, de donde le nacía un deseo ardiente de hacerse protestante, no uná convicción la más desinteresada de la excelencia del protestantismo. Otro era un sacerdote que había abandonado todas sus obligaciones y vivía en el desorden. El obispo de su diócesis había tenido que recojerle las licencias..... y ahora él es cura protestante. Otra prosélita era una joven alemana, que daba lecciones en una familia extraña, en cuya posición se creía humillada; y como los protestantes la ofrecían una buena colocación, con tal de que renegase de la fe católica, ella me escribía á mí mismo lo siguiente, para hacerme saber que aceptaba la proposición. "Cueste lo que costare, quiero tener casa mía."

Estas no son mas que unas muestras de lo que todos los días sucede. Es tan conocido el caracter de estas pretendidas conversiones al protestantismo, que los mismos

protestantes leales las lloran. Uno de sus escritores decía: "El protestantismo le sirve de albañal (\*) al catolicismo." Y el Dean Swift, protestante también, añadía: "Cuando el Papa limpia su jardín, echa las malas yerbas al nuestro." Estas palabras se han convertido en un adagio inglés.

"Mientras que la Iglesia Católica, dice un diario protestante de Suiza, atrae á sí continuamente á los protestantes más instruidos, más ilustrados y más distinguidos por su moralidad, nuestra Iglesia reformada está reducida á tomar por reclutas á los frailes apóstatas, lascivos y concubenarios." Ciertamente desde Lutero y Calvino, Zwinglio, Compaladio, Bucero, etc., todos los cuales fueron eclesiásticos, suspensos por vicios, frailes apóstatas ó malos sacerdotes, (\*) algunos perversos individuos del clero católico, siguiendo la huella de aquellos escelerados, se arrojan como por instinto, en brazos del protestantismo, donde encuentran simpatía y protección. Ellos eran el aprobio y la hez del catolicismo; lo cual no obsta, para que, sin transición, los protestantes los hagan ministros del puro Evangelio. Los escuchan, los honran y los aplauden; y lo que es más aún, hacen gala de su apostasía, de modo que las sectas protestantes ostentan como un trofeo, lo que arroja la Iglesia católica como una ignominia. En Inglaterra ha sido llevado en triunfo el fraile apóstata Achilli, lanzado de su convento y hasta de su país, por su infame libertinaje; y otros miserables, parecidos á él, han hallado buena acogida y lucrativos empleos entre los protestantes de Ginebra

(\*) Comunes.

(\*) Como muestra de este género, he aquí el fragmento de una carta dirigida, no hace mucho tiempo, al señor Obispo de Breslau, por el único sacerdote que ha apostatado en Silesia:

"No habiéndose dignado mis superiores eclesiásticos tomar en consideración los motivos que he alegado, para que me den un curato correspondiente á mis méritos; yo, por despecho, después de haber esperado en vano por largo tiempo ser promovido, me veo obligado á volverme al cristianismo primitivo. En consecuencia, me propongo casarme con la Srta. Leontina Krause, hija del Sr. Contador Krause, que ha sido tanto tiempo me cuida de la manera mes desinteresada."

(Firmado. Schulchio.)





y de París. Guarde la *Reforma* estas conquistas. Se la cedemos con mucho gusto.

Hace poco tiempo que una señora prusiana, habiéndose hecho católica, ocho ó diez años antes, era requerida con seductores ofrecimientos por su familia, para que volviera al protestantismo. Exhortándola un eclesiástico amigo mío á no ceder, ella le respondió con triste franqueza: *“Me hice católica por amor de Dios; ahora voy á hacerme protestante por amor á mí misma.”* He aquí perfectamente resumida la cuestión.

Uno es pobre y quiere salir de ese estado: otro tiene pasiones y no quiere reprimirlas: otro es orgulloso y no quiere someterse: otro es ignorante y se deja seducir. . . . He aquí por qué algunos *se hacen protestantes.*

§ II.

De muy distinta manera muchos protestantes se hacen católicos.

Desde luego concedo, que á veces puede suceder, que ciertos motivos humanos, induzcan á un protestante á entrar en la comunión de la Iglesia; pero éstas no son, ni pueden ser otra cosa, que excepciones imperceptibles. Los protestantes que se hacen católicos, como hemos visto por confesión de los mismos protestantes, son los más honrados sabios y virtuosos que hay en el seno del protestantismo. Este hecho es más palpable que nunca en nuestros días.

En Inglaterra, durante los quince ó veinte últimos años, ha abjurado la herejía un número considerable de ministros anglicanos, que eran lo más florido de las Universidades inglesas y los maestros de las ciencias, bastando citar los nombres de Newman, Manning, Faber y Wilberforce, para tapar la boca á toda contradicción. Cada día los diarios ingleses publican, con despecho, nuevas conversiones ocurridas en el clero protestante, en la nobleza, en la magistratura, ó en el ejército.

Uno de los hechos más notables en este género es la conversión del ilustre hijo de Lord Spencer, caballero inglés

de la más elevada aristocracia, el cual, hecho católico, entró en el humilde y severo orden de los pasionistas, bajo el nombre de Padre Ignacio. Cuando todavía era protestante, excitaba á sus correligionarios de todas las sectas, á orar por la conversión de la Inglaterra, á lo menos condicionalmente; esto es, les decia, que pidiesen á Dios, que si la Iglesia Católica era la verdadera esposa de Jesucristo, se dignase hacer que la Inglaterra volviese al gremio de esta Iglesia. Convertido al catolicismo y ordenado de Sacerdote, él ha continuado promoviendo con celo esta Cruzada de oraciones la cual ha traído sobre su patria tantas gracias del cielo.

La Alemania ha dado también los mas ilustres ejemplos de conversiones á la fe católica, especialmente en las familias de soberanos y príncipes. Desde el año de 1817, el Duque de Sajonia Gotha, pariente próximo del rey de Inglaterra, volvió al seno de la Iglesia; y por su viva piedad, llegó á ser la edificación tanto de los católicos como de los protestantes. En 1822 tuvo lugar la conversión del Príncipe Enrique Eduardo de Schoemburgo; en 1826 la del Conde Ingenheim, hermano del rey de Prusia: la del Duque Federico de Mecklemburgo: la de la Condesa de Solms Bareuth: la de la Princesa Carlota de Macklemburgo, esposa del Príncipe real de Dinamarca, etc. etc. A estas conversiones de príncipes, debe añadirse la del hermano del actual rey de Wurtemberg, verificada en París el año de 1851.

Pocos serán los que no hayan oído hablar del famoso conde de Stolberg, que era uno de los hombres mas eminentes al principio de este siglo. Convertido á la religión católica por un estudio serio de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y de las obras de controversia, sacrificó la mas brillante carrera por abrazar la verdad; y Dios le dió el consuelo de ver seguido su ejemplo por su familia, que toda entera se hizo también católica.

En pos del conde Stolberg y casi en la misma época, se reconciliaron con la Iglesia muchos escritores, filósofos y jurisconsultos alemanes de primer orden. Entre estas

conversiones fué una de las más brillantes, la del célebre literato Werner. Elevado ya en Berlin á los empleos más altos, todo lo abandonó por hacerse católico, primero, y después Sacerdote. Murió de religioso en la Orden de los Redentoristas, fundada por San Alfonso María de Liguori. Refiérese de él, que convidado á comer con algunos grandes personajes protestantes, uno de ellos, que no podía perdonarle su separación de la pretendida reforma, le dijo delante de todos, que él no podía nunca apreciar á un hombre que hubiera cambiado de religión. “Yo tampoco, replicó Werner; y es por eso justamente, que siempre he despreciado á Lutero.”

El ejemplo de Werner fué imitado por otros sábios de la misma Nación, tales como Federico Schlegel, el barón de Eckstein, el consejero áulico Adan Muller, etc.

En Suiza, entre los protestantes más distinguidos que se han hecho católicos, es necesario citar en primer lugar á Carlos Luis de Haller, Patricio de Berna y miembro del soberano Consejo. El, como le sucedió también á la mayor parte de los que acabo de citar, tuvo el honor de ser perseguido, privado de todo título y empleo y aún desterrado al mismo tiempo por los protestantes, cuya tolerancia es igual donde quiera que pueden dominar.

Esta conversión fué seguida en ese país de la del pastor Esslingen, en Zurich: de la del Sr. Pedro de Joux, pastor de Ginebra, y de la del célebre pastor Presidente del Consistorio protestante de Schafhouse, el Sr. Federico Hurter, la cual tuvo una celebridad particular. Este ministro protestante hizo su profesión de fe católica en Roma, el año de 1845, sirviéndole de padrino el gran pintor Overbeck; el cual es también un convertido desde hace muchos años, habiendo llegado á ser en Roma un modelo de las más admirables virtudes.

La Francia, aunque solamente hay en ella una minoría protestante, no ha dejado de pagar su contingente de conversiones en nuestros días. Una de las más notables ha sido la del Sr. Laval, pastor protestante de Conde-sur-Noi-

reau, seguida de la del Sr. Pablo Latour, Presidente del Consistorio protestante de Mazd'-Asil.

Dos años después se verificó en Lyon la conversión del Sr. A. Bermaz. Cuatro años había profesado este Sr. las doctrinas de los sectarios protestantes, conocidos bajo el nombre de *Momiers*; y se ocupaba en propagarlas muy activamente en la diócesis de Lyon. El abjuró sus errores é hizo conocer, por medio de un escrito que dió á luz en Lyon, los motivos de su vuelta al verdadero cristianismo.

En nuestros días ¡cuántos protestantes de Francia y especialmente cuántos de sus *pastores*, se arrojarían con gozo en los brazos de la Santa Iglesia, si no los detuvieran los obstáculos tan poderosos de su familia é intereses temporales! Los Consistorios protestantes saben bien lo que se hacen, casando á los jóvenes *pastores* desde que salen de la escuela. El obstáculo mayor para la conversión de un ministro protestante, son su mujer y sus hijos; porque desde que abjura perdiendo el destino y el sueldo, no tendría para mantener á su familia. Podría citar más de un ejemplo en apoyo de esta observación. (\*)

La América del Norte no ha quedado fuera de este movimiento que conduce hacia el catolicismo á las inteligencias elevadas, rectas y religiosas. Para abreviar me contentaré con referir la conversión del obispo protestante de la Carolina del Norte, el Dr. Yves, hombre venerado de todos los de su secta, por su ciencia y sus virtudes. El buscó la verdad con un corazón recto, y luego que la hubo encontrado, todo lo abandonó por seguirla. Dejó su obispado protestante y resolvió ir á Roma, para echarse á los pies del Sumo Pontífice. El 26 de Diciembre de 1852, hizo su profesión de fe católica, en la capilla particular del Papa; y postrándose á los pies de Su Santidad, le presentó el anillo y los sellos que eran las insignias de la dignidad que tuviera en-

(\*) Lo mismo y aun más que en Francia, la familia y las rentas, son en Inglaterra el mayor obstáculo á la conversión de los ministros protestantes. Sin embargo, gracias al cielo, en muchos de ellos triunfa la gracia.—Pasan de doscientos los clérigos anglicanos que en estos últimos años se han hecho católicos. (Tr.)

tre los protestantes, como también la cruz que usaba en las ocasiones solemnes. En este acto le dijo: "Santo Padre he aquí las señales de mi rebelión."—En adelante serán las de vuestra sumisión," respondió el Vicario de Jesucristo: "y como tales, ireis, á depositarlas en el sepulcro de San Pedro." Muéstrenos el protestantismo sus conquistas para compararlas con las que ha hecho el catolicismo en estos grandes hombres. No le pediremos hombres ilustres, hombres que por el brillo de su talento y la nobleza de su carácter, puedan hacer contrapeso á los que acabamos de citar, y otros muchísimos que se omiten. Es evidente que el protestantismo no los tiene, pues si los tuviera los publicaría á á voz en grito. Pero muéstrenos por lo menos, muéstrenos algunos católicos *instruidos y prácticos*, que hayan abandonado á la Iglesia, estrechados por la necesidad de una creencia mejor, y que hayan edificado á sus nuevos correligionarios con el espectáculo de una vida ejemplar y cristiana. (\*) Se desafía al protestantismo para que se presenten siquiera una *sola* persona de esta clase.

Los apóstatas que se pasan al protestantismo, casi siempre son individuos que esperan, por el cambio de religión, mejorar de fortuna; ó corazones ulcerados, que quieren vengarse, por medio de un escándalo.

Los que salen de las sectas protestantes para entrar en

(\*) Es sabida la conversación que un ministro protestante tuvo en estos últimos años con un sacerdote de las misiones de Francia, viajando los dos en una misma diligencia. El ministro, aunque con cortesía reprochaba vivamente al misionero las conquistas recientes del catolicismo entre los protestantes, "Pero, le dijo el misionero sonriéndose, vosotros también haceis conquistas entre los católicos"—No es lo mismo, repuso con sencillez el protestante, vosotros nos tomáis la nata y nos cedéis la hez" (FOI ET LUMIERES 2a. edición, pag. 193.)

Si yo tuviera la desgracia de no ser católico, dice un escritor, confieso que me inquietarían dos cosas. La primera, es el número y la superioridad del talento de los que, DESPUES DE HABER EXAMINADO, han creído á la Iglesia católica, desde los tiempos de Lutero y Calvino. La segunda, es el número y la superioridad del talento de los que, han abandonado á Lutero y Calvino, DESPUES DE HABER EXAMINADO, para volver á Roma. (Citado por Mr. Foisset, en la obra, titulada, CATHOLICISMO Y PROTESTANTISMO.)

la Iglesia de Jesucristo, vienen á buscar, y efectivamente encuentran en ella la fe sólida, clara y precisa, el consuelo, la paz, la santidad y el amor.

Concluiré con un hecho de pública notoriedad, cuya consideración ha conmovido la conciencia de muchos protestantes. No hay sacerdote católico, por poco extenso que sea el ejercicio de su ministerio, á quien no se haya llamado varias veces para recibir la abjuración de protestantes moribundos; mientras que, sería imposible citar el ejemplo ni de un solo católico serio, que se haya hecho protestante en el momento de comparecer delante del tribunal de Dios.

La ignorancia, las malas pasiones, y el olvido de la justicia divina, arrastran las almas al protestantismo.

La rectitud de conciencia, la ciencia verdadera, el amor de la verdad y el santo temor de Dios, atraen las almas á la Iglesia católica.—Sáquese la consecuencia.

## XV.

### ¿El protestantismo es una religión?

Tal vez alguna alma sencilla se asombrará; pero voy á responder que no.

¿Qué es una religión? Una doctrina y un culto, que sirviendo de vínculo común, reúnen cierto número de hombres en una creencia religiosa y en una manera uniforme de servir á Dios. Tales son, aun entre las falsas religiones, el judaísmo después de la venida de Nuestro Señor Jesucristo, el mahometismo, el budismo, etc.

Pero como el protestantismo tiene por principio fundamental, que cada hombre es libre, tanto para creer lo que quiera en materia de religión, como para servir á Dios según le parezca, él destruye con este principio la misma idea de religión, voz que derivando del verbo latino *religare*, significa *lazo, unión, unidad*. Bien sé que los protestantes no deducen siempre las consecuencias extremas y rigurosas de este principio, especialmente cuando viven en países ca-

tólicos, donde guardan, en tanto pueden, la apariencia de unión entre sus sectas. Pero en Alemania, en Suiza, en América y en donde están á sus anchas, ellos se glorían de tener tantas creencias como individuos. Entre todas las instituciones religiosas que son obras de los hombres, el protestantismo es el único que tiene este carácter inaudito, de destruir lo que constituye la esencia, no diré ya de la verdadera religión, sino de toda religión en general. Las falsas religiones, á imitación de la verdadera, tienen un cuerpo de doctrina y de culto, fuera del cual nadie les pertenece; pero lo que los predicantes del protestantismo quieren hacer pasar por una religión, no es más que una anarquía sin regla y sin freno, la cual no hace más que negar, destruir, *protestar*, condenándose á sí misma en el hecho de ostentar el nombre anti-religioso de *protestantismo*. “Su religión consiste en atacar la de los demas,” decía Juan Jacobo Rousseau, hablando de los calvinistas de Ginebra.

Pero dirá alguno: “Yo conozco tal ó cual protestante que cree en Jesucristo y en otras verdades, de una manera que parece muy clara y precisa. A lo menos éstos tienen una religión.” No, por cierto; tienen convicciones, ó como se dice en Inglaterra, tienen *persuaciones*; lo cual, á falta de otra cosa, ya es algo, pues peor sería que no tuviesen nada. Pero sépase que no es el protestantismo quien les da esas convicciones personales, esas *persuaciones* privadas, que ellos por otra parte pueden abandonar mañana, sin dejar de ser protestantes. Muchos ministros del protestantismo se glorían del título de protestantes, á la vez que no creen ninguno de los dogmas conservados por Lutero y por Calvino, pues se burlan de la Biblia y de la Divinidad de Jesucristo, al mismo tiempo que levantan la voz hablando de cristianismo y de *puro* Evangelio.

El pastor protestante Vinet, entre otras mil palinodias de esta clase, confiesa con originalidad en una de sus obras, que el protestantismo no es una religión, sino que *hace veces de religión*. (\*)

(\*) Essai sur la manifestation des convictions religieuses.

Es sabida la respuesta del célebre protestante é incrédulo Bayle, á un gran personaje que le interrogaba acerca de su religión, diciéndole: “Vos, Sr. Bayle, sois protestante; pero ¿á qué secta perteneceis? ¿Sois luterano, calvinista, zwingliano, ó anabaptista?” “Nada de esto soy,” replicó impudentemente aquel protestante, aunque con demasiada lógica. “Yo soy protestante, es decir, que protesto contra toda especie de religión”.

El protestantismo, aun cuando pretenda otra cosa, no es ni puede ser una religión. Mucho ménos es la verdadera religión.

## XVI.

### ¿Cree en Jesucristo el Protestantismo?

Ciertamente, todavía quedan protestantes de buena fe, que creen en Jesucristo; pero no tienen esta creencia por ser protestantes. De ninguna manera. Para ser protestante, perfecto protestante, no es necesario, según el principio del protestantismo, creer en la Divinidad del Salvador. El Sr. Coquerel, ministro protestante de París, acaba de dar á luz un libro voluminoso para probar esta aserción. Hace 1800 años que se cree que para ser cristiano, es indispensable creer que Jesucristo es Dios encarnado; pero á juicio del Sr. Coquerel, este es un error grosero. Según él, no hay para qué examinar muy de cerca si Jesús es Dios, ó un sér sobrenatural cualquiera, ó un hombre como otro. Sin hacer estas distinciones, cree aquel ministro protestante, que se puede ser muy buen cristiano.

El Sr. T. Colani, protestante también y erudito editor de la Revista de *Teología protestante*, publicada en Strasburgo, se guarda bien de reclamar contra aquel colega suyo de París, y antes bien enseña á sus discípulos, los cuales han de ser futuros ministros protestantes, que para ser *cristiano*, no se necesita á Jesucristo. “Si se nos arrebatare á Jesucristo, dice en el tomo VII, pág. 242 de su Revista, un duelo inmenso pesaría sobre la tierra; pero

quedaría la fe, la fe en el Padre, la vida en Dios." Por eso el Sr. de Gasparín, ardiente defensor del protestantismo francés, se ve reducido á felicitar, como de un triunfo inesperado, porque entre *setecientos* ministros protestantes, hay *doscientos* que creen en la Divinidad de Jesucristo. [\*]

En las cátedras más célebres de la *Reforma*, se oye decir: "que el Salvador no fué más que un *Sócrates judío*, autor de la mejor filosofía práctica." Los más distinguidos ministros protestantes hacen de él "un *simple rabino*, á quien muchos tuvieron por el Mesías, lo cual hizo que él mismo se convenciese de ello, aunque no enseñase más que un *Mosaismo* depurado: que fué condenado á muerte y clavado en una cruz, de la cual fué quitado *al parecer muerto*, y volvió á la vida al tercero día; y en fin, después de haber visto de nuevo á sus discípulos muchas veces, se separó de ellos sin que ellos volviesen á verle." No es en Voltaire ni en Rousseau, donde se encuentra esta odiosa parodia del símbolo de los Apóstoles sino en la llamada *Teología cristiana* de Wegscheider, [\*] de la cual se han hecho siete u ocho ediciones, cuya obra ha venido á ser el manual de los que aspiran á ser curas protestantes. Después de esto, sería una simpleza extrañar que el 31 de Diciembre de 1854, uno de los ministros formados con tales principios, el Sr. Leblois, predicase en Strasburgo, que el culto de Jesucristo *es una superstición*, condenando fuertemente á las sectas protestantes que conservan este resto de *papismo*; y afirmando que es necesario poner término á esta *idolatría tan contraria á la razón como á la Escritura*.

Hace algunos años que el rey de Prusia, jefe y doctor de la Iglesia protestante prusiana, manifestó algunas dudas sobre la ortodoxia de los pastores y profesores de la facultad de Teología de Berlín; y con este motivo, indignado el Rector, protestó en nombre de todos sus colegas

(\*) Gasparín, INTERESES GENERALES DEL PROTESTANTISMO; Advertencia, pág. VII.

(\*) Wegscheider, Teología cristiana dogmática, § 124.

declarando solemnemente que ellos creían *que Jesucristo no había existido*. Ya es este un esfuerzo de fe, por el cual se debe dar la enhorabuena á los señores curas protestantes de Berlín; pues ellos tienen en Alemania algunos colegas que no serían capaces de tanto, una vez que *protestan*, no solamente contra la Divinidad de Jesucristo, sino también contra la realidad de su persona y de su existencia. Tal es á lo menos la consecuencia lógica de los escritos insensatos del famoso Strauss, profesor de Teología protestante en Zurich, el cual ha arrastrado en pos de sí una parte de la Alemania. Todos esos señores se dicen cristianos; y á semejanza de Lutero, Calvino y compañía, sus antecesores no tan atrevidos, se venden por reformadores del cristianismo.

En Ginebra, hace tiempo que la *Venerable Compañía* de los Pastores (nombre que ella se da á sí misma), ha prohibido formalmente á los predicadores protestantes, hablar en el púlpito de la Divinidad de Jesucristo [Reglamento de 3 de Mayo de 1817]. A los pocos rezagados que insisten en esta creencia, incompatible con el *libre examen*, los han obligado á formar bando aparte; y todavía hoy hace burla de ellos la *Iglesia nacional*, dándoles el apodo de *Momiers*.

Si no tuviera yo necesidad de ser breve, pasaría aquí revista de los varios países protestantes, para demostrar con hechos públicos y generales, como la llamada Reforma de Lutero, abandonada en todas partes y reniega el sagrado y esencial dogma de la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, dogma sin el cual desaparece todo el cristianismo; pero lo que acabo de decir basta para que exclamemos con el desgraciado Sr. de Gasparín, tan autorizado protestante: *La mayoría de los protestantes no es cristiana*.

El dogma de la Divinidad de Jesucristo, como toda la doctrina cristiana, no nos viene más que por la Iglesia, depositaria, viva é infalible de la autoridad de Dios, pues aunque la Sagrada Escritura nos presenta con claridad aquel dogma, la autoridad de la Biblia no nos consta sino por la Iglesia. Así es, que el que rechaza á la Iglesia, por el mismo

hecho pierde la base de la fe en Jesucristo. Los protestantes rechazando esta autoridad, no tienen ya guía cierta en el camino de las creencias; y por esta razón, desde 300 años á esta parte, los dogmas se les van de entre las manos uno tras otro. Ellos, si son lógicos, acabarán por formular su símbolo en los términos que lo hizo un protestante conocido, diciendo: "No creo en nada."

Después de negar la Iglesia, el protestantismo niega á Jesucristo; y después de negar á Jesucristo, negará al mismo Dios, con lo cual habrá consumado su obra.

Esta obra diabólica esta ya muy adelantada en Alemania. Ahí existe una poderosa asociación generalizada bajo el nombre de *amigos protestantes*, cuyos jefes son los tres pastores Uhlich, Wislicenius y Sachse. Se han agregado á estos tres, otros muchos curas protestantes de Alemania; y los pastores oficiales de Berlín, con quienes fraternizan los de Francia, han dado muchos testimonios de simpatía á esos *amigos protestantes*. A hora bien, véase cual es la profesión de fe del pastor Uhlich y de su catecismo público:

"Nuestra creencia es no tener ninguna" "El Sér llamado Dios, es un sér facticio." El verdadero objeto de nuestra adoración somos nosotros mismos." Y este ateísmo desvergonzado, es el protestantismo que domina en el Norte de la Alemania, especialmente en Prusia. Y esta es la consecuencia lógica del protestantismo propiamente dicho.

Y él no tiene razón de ser sino con la condición de dar al pensamiento humano una licencia completa. El protestantismo es esto ó no es nada.

XVII.

*¿Hay algún protestante que pueda decir lo que cree y porque lo cree?*

Jamás podrá un protestante dar una cuenta razonable de su creencia; y es muy sencillo que sea así. Creer y someter el espíritu á la enseñanza de una autoridad ind

pendiente de los que les están sometidos y revestida de un derecho á esta sumisión. Pero, ¿dónde está esa autoridad para el protestante? ¿Por ventura en la Biblia? Mas según dicen los protestantes de mayor suposición, ahí se encuentra lo que se quiere, interpretándola cada cual á su antojo. El protestante, por consecuencia del famoso y falso principio del libre exámen, no cree, no tiene fe. Sustituye él á la fe, su propia razón; á la autoridad de la Iglesia, las divagaciones del espíritu humano.

El protestante que, á pesar de su separación de la Iglesia, conserva ciertas creencias cristianas, es como un desertor, que á pesar de su deserción, conserva algunos restos de su uniforme y de su arma. Pero sus creencias están basadas en nada: y él no podrá, lo aseguro, dar razón de lo que cree ni á un católico, ni siquiera á un incrédulo.

Lo contrario le sucede á un católico, pues nada hay más justificado que su fe. El está unido á Jesucristo, autor de esta fe, por medio de la Iglesia, la cual es una institución viva y permanente establecida para ese efecto por el mismo Jesucristo; de modo que se remonta en antigüedad á través de los siglos. El protestante ha roto este vínculo divino; y por lo mismo está separado de Jesucristo, aún cuando diga que cree en El. No basta llamar á Jesús, Señor y Salvador, para formar parte de su reino; sino que es necesario hacer su voluntad, como El mismo lo ha declarado solemnemente.

No me detendré aquí á demostrar, que el protestante no puede apoyar sus creencias, en la autoridad y en la enseñanza de sus pastores. Todo el mundo sabe que uno de los principios del protestantismo, es que todos los cristianos son iguales y que á nadie le sienta bien hacer de maestro. Juan Jacobo Rousseau, que era protestante y á quien cito por lo mismo, decía: "Los ministros protestantes no saben lo que creen, ni lo que quieren, ni lo que dicen; y ni aun se sabe lo que ellos aparentan creer."

El conde de Maistre añadía con donaire: "Cuando uno de esos predicantes toma la palabra ¿qué medios tiene para probar lo que dice? ¿Cómo sabremos que los que le

oyen no se burlan de él? Me figuro oír á cada uno de sus oyentes decirle con irónica sonrisa: *En verdad, yo creo que este cree que yo lo creo.*"

XVIII.

*De como las palabras cristianismo y catolicismo, significan absolutamente una misma cosa.*

Quien dice cristianismo, dice catolicismo; pues el catolicismo no es una forma accidental, sino la forma única y divinamente instituida de la religión cristiana.

Si la Iglesia de Jesucristo, desde los primeros siglos, se ha llamado no solamente cristiana, sino también católica, es para distinguirse de las sectas que se separaban de ella; las cuales se obstinaban en llamarse cristianas, por que les quedaban ciertos harapos de cristianismo.

El mismo Nuestro Señor Jesucristo es quien fundó sobre la tierra este gobierno espiritual, esta monarquía religiosa y universal, que de todos los cristianos esparcidos en el mundo, forma una sociedad, una Iglesia, un cuerpo, al cual se dá por eso el nombre de IGLESIA CATOLICA. El mismo Jesucristo es quien instituyó en esta Iglesia el Sumo Pontificado; y bajo esta institución divina, instituyó también el Episcopado; y para auxiliar y secundar al Papa y á los Obispos, instituyó así mismo el simple sacerdocio. El sucesor de San Pedro es, por derecho divino, cabeza de la religión cristiana y pastor de todos los Obispos, de todos los sacerdotes y de todos los fieles; también es Juez Supremo de todas las cuestiones religiosas, y Doctor de la verdadera fe.

El único medio de ser cristiano, dice Bossuet, es ser católico; esto es, pertenecer no solamente por simpatías y creencias sino también por la práctica descubierta y pública, á la Iglesia gobernada por el Papa, al único rebaño de Jesucristo.

No ha habido nunca ni puede haber jamás, sino un so-

lo cristianismo. Si el protestantismo fuera el cristianismo, no lo seria el catolicismo.

Esta no es una cuestión de forma, sino una cuestión de fondo. La institución de Jesucristo, no puede someterse á los caprichos de nadie; y así el protestante que se forja un cristianismo de capricho, no tiene el verdadero cristianismo, el cristianismo que Nuestro Señor estableció en la tierra y cuya propagación confió á la Iglesia, depositaria de su propia autoridad.

En nuestros días se ha hecho un lamentable abuso del nombre de *cristiano*. Desde el protestante que admite ó rechaza la Divinidad de Jesucristo, hasta el socialista que á nombre de la libertad quiere aniquilar á la Iglesia, toda la turba de herejes y revolucionarios, hacen alarde de *cristianismo*. ¡Pero qué cristianismo!

Ser cristiano es ser católico. Fuera de eso se podrá ser luterano, calvinista, mahometano, mormón, libre pensador, ó budista; pero ni se es, ni se puede ser *cristiano*.

XIX.

*El protestantismo y el cristianismo primitivo.*

Algunas sectas protestantes tienen la pretensión de haber resucitado el cristianismo, ó en otros términos dicen que ellas mismas, no son otra cosa sino el cristianismo de los primeros siglos. Para dar alguna apariencia de verdad á estas pretensiones de antigüedad, varios autores protestantes han formado genealogías interminables; buscando con un celo digno de mejor causa, todos los caracteres de la Iglesia primitiva, en las diversas fracciones de la pretendida Reforma. Pero el protestantismo nada adelanta con empolvarse adrede, para parecer viejo; ni con cubrirse de telas de araña, como hacen con sus botellas de vino los mercaderes fraudulentos, para venderle por añejo, pues cuando se destapan esas botellas, no se encuentra más que vino picado ó vinagre.

Así es que esas jactancias de los protestantes, no de-

ben tomarse por lo serio, pues no faltan ni aun entre ellos mismos algunos escritores instruidos y bastante concienzudos, que las califican de absurdas. Pero estos escritores, si bien destruyen las pretensiones de las sectas protestantes, no se proponen favorecer á la Iglesia católica. Como no descubren en el Evangelio y en los escritos de los Apóstoles, todas las prácticas actuales de nuestra piedad y todas las formas de nuestro culto, ellos acusan á la Iglesia católica de haber añadido al cristianismo, dogmas que le han desfigurado; de donde ellos deducen que el catolicismo es tan diferente, como el protestantismo, del cristianismo de los primeros siglos. [\*] En respuesta á este argumento, se me ofrece aquí la ocasión de dar una idea clara y exacta de la Iglesia católica, á la cual se acusa contradictoriamente, ora de inmovilidad y oposición al progreso, ora de innovaciones y de cambios.

No ha habido nunca, ni puede haber jamás, sino una sola Iglesia de Jesucristo, Iglesia inmutable como su cabeza y Fundador que es Dios; pero esta Iglesia es un cuerpo con vida y ella, aunque es perfecta desde su origen, va siempre desarrollándose en el curso de los siglos. Cuando el hombre nace no trae consigo la plenitud de fuerzas, la belleza de formas y la expansión de todas las facultades; que constituyen la perfección de su naturaleza. Todo esto lo posee desde entónces, pero en germen, de modo que ya sea pequeño niño, ya robusto joven ú hombre hecho, siempre es el mismo individuo. De la propia manera, la Iglesia que comenzó por doce hombre en el Cenáculo, ha crecido y se ha desarrollado en la serie de los tiempos. Parecida en esto á una alfombra que se va desarrollando y dejando ver progresivamente sus magníficos colores, la Iglesia manifiesta sucesivamente al mundo los tesoros de doctrina y de santificación que contiene en su seno.

La Iglesia católica es siempre antigua y siempre nueva, y su enseñanza de hoy es la misma de los siglos primitivos; si bien es cierto que algunos puntos, cuya importancia se

(\*) Gasparin, les Ecoles du doute et l' Ecole de la foi.

ha aumentado, se han definido más claramente, ora porque las atacaban los impíos, ora porque surgieran necesidades nuevas en los pueblos.

Por lo demas, todo hombre que se ocupa seriamente en el estudio de las antigüedades, de los orígenes del cristianismo y de los escritos de los Santos Padres, está habituado á encontrar en estos testigos de los siglos primitivos, repetidas pruebas de la perfecta unidad que reina en la fe católica, desde el tiempo de las apóstoles hasta nuestros días. El Papado, la gerarquía católica, el sacerdocio, el sacrificio de la Misa con la presencia real, la confesión, el culto de la Santísima Virgen, de los Santos y de sus reliquias, la oración por los difuntos; y en una palabra, todo cuanto nos disputan las sectas heréticas, encuentra en aquellos monumentos tan auténticos como venerables, una plena justificación.

Las escavaciones que hace veinte años se vienen haciendo en las Catacumbas de Roma. (\*), producen diariamente nuevos testimonios en apoyo de las verdades católicas; y los protestantes sabios que van á visitar la capital del Orbe cristiano, reconocen la autenticidad innegable y la importancia de estos descubrimientos. Las inscripciones, las pinturas, monumentos etc., que se encuentran en aquellos venerables subterráneos, todo está marcado con el mismo sello de nuestra creencia. En las Catacumbas hay muchas capillas con altares que contienen las reliquias de los mártires. En las paredes de ellas, los frescos medio borrados, revelan la fe de los primeros cristianos en la pre-

(\*) Llámense Catacumbas las antiguas galerías subterráneas, practicadas debajo de tierra, en la campiña de Roma, por los cristianos de los tres primeros siglos, las cuales les servían á la vez de cementerios y de asilos, durante las persecuciones. Muchas de las numerosas conversiones que diariamente se verifican en Roma, han nacido de una visita á las Catacumbas. Entre esas conversiones se cuenta la del vizconde de Bossieres, que de protestante se hizo católico fervoroso y ardiente defensor de la Santa Iglesia de Dios. (Nota del autor.) La conversión del honorable Mr. Talbot, aliado por parentesco á la ilustre familia inglesa del conde de Shrewsbury, se atribuye á igual motivo. Este caballero, de protestante pasó á ser sacerdote católico, camarero secreto de Su Santidad y canónigo de San Pedro. (Traductor.)



sencia real, en el sacrificio Eucarístico y en la confesión. Todo atestigua ahí que las Catacumbas han conocido el Papado, el Episcopado y el sacerdocio.

Me sucedió un día haber llevado yo mismo á las Catacumbas á un joven protestante, procedente de Strasburgo, donde estudiaba para ministro de su secta. Estaba asombrado de lo que veía, y como era leal é inteligente, no pudiendo negar la evidencia de aquellas pruebas, no sabía qué decir. No le volví á ver más. ¡Quiera Dios que la gran voz de las Catacumbas, haya sido bastante poderosa sobre él, para hacerle volver á la unidad católica! (\*)

XX.

¿Por qué la Iglesia católica habla latín?

Porque es apostólica, porque es invariable su doctrina, y porque es una y católica.

1° La Iglesia es apostólica: es la Iglesia de San Pedro y de los apóstoles, por lo cual conserva como reliquias preciosas todos los recuerdos de los apóstoles. Cuando éstos se esparcieron en el mundo, para cumplir la voluntad de Dios, anunciando á los pueblos el Evangelio, encontraron que el Universo hablaba dos lenguas: en el Occidente el idioma latino; en el Oriente la lengua griega. Predicando, pues, simultáneamente en latín y en griego, sus escritos y constituciones fueron compuestas en estas dos her-

(\*) El traductor español de este opúsculo, es testigo personal de la verdad con que asegura el autor, que las Catacumbas de Roma, abundan en pruebas evidentes de que los cristianos primitivos, creían los mismos dogmas que creemos en el día los católicos; pues ha tenido la dicha de visitar la de San Calixto, situada en la Vía Apia, acompañado del sabio padre Tomgiorgi, de la Compañía de Jesús, individuo de la comisión arqueológica que cuida de estos monumentos de la antigüedad cristiana. Además puede también dar fe del interés con que visitan las Catacumbas los protestantes, habiendo bajado á la de Santa Inés, que está en la Vía Nomentana, el 21 de Enero de 1862 con varios caballeros y señores ingleses. El bellissimo libro FABIOLA, ha contribuido mucho á aumentar esta curiosidad de los ingleses por las Catacumbas.

mosas lenguas; y la Iglesia ha conservado, con religiosa veneración, aquellos respetables monumentos. He aquí por qué la lengua eclesiástica es, en el Occidente la latina; y la griega en el Oriente. De modo, que eso de que se acusa á la Iglesia, justamente es una prueba á su favor.

2° Por otra parte andaba en esto el dedo de la Providencia. El latín y el griego, convirtiéndose en lenguas muertas y por lo mismo invariables, vinieron á ser por eso mismo, las más aptas para formular las doctrinas de una Iglesia que no conocé ni admite variación en sus dogmas, porque es divina. Se ha hecho un cálculo sobre las variaciones que sufren las lenguas vivas, del cual resulta que si la Iglesia en vez de atenerse al latín de San Pedro, de San Pablo, de San Márcos, etc., hubiera adoptado el francés, ella habría tenido que modificar, más de doscientas y sesenta veces, la forma del Sacramento del bautismo. Sin esa modificación aquella forma no habría expresado, en el lenguaje corriente, la idea que encierra. Dedúzcase de aquí cuantas trasformaciones hubiera tenido que sufrir el Credo, así como los decretos de fe de los Concilios primitivos y de los primeros Papas.

3° La Iglesia habla latín, no solamente porque ella es invariable, sino también porque es católica, es decir universal, en cuyo concepto tiene que entenderse con todos los pueblos y naciones. En los tres ó cuatro primeros siglos el latín era la lengua del mundo civilizado; y aunque entonces era lengua vulgar tenía ese carácter católico, esto es universal, carácter indispensable al idioma de la Iglesia. Pero cuando el mundo se fraccionó, la Iglesia conservó y debía conservar, con su hermosa lengua primitiva, la unidad en la forma, así como en el fondo de su enseñanza y de su liturgia.

Resulta, pues, que la Iglesia habla latín porque es apostólica, porque es invariable y porque es católica.

Dícese que San Pablo ordena que se haga uso en las reuniones cristianas de una lengua sabida por todos, con el objeto de que todos la comprendan. En efecto, así lo dice el Apóstol, en una de sus Epístolas, á los Corintios; pero

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO M. Y. S."  
Año 1895

41391  
®

este argumento que los protestantes derivan de sus palabras, no hace en manera alguna relación al punto de que se trata. San Pablo prescribe el uso de la lengua vulgar para las predicaciones, exhortaciones é instrucciones, destinadas á edificar á los fieles congregados en la casa del Señor. El verbo *prophetare* de que hace uso el Apóstol, significa predicar, hablar de las cosas divinas. La Iglesia católica siempre ha practicado al pie de la letra esta prescripción apostólica, pues sus Obispos, sacerdotes, misioneros, y catequistas se sirven siempre para predicar y catequizar, del idioma conocido por todos y para todos inteligible, llegando hasta aprender los dialectos particulares de las provincias, ó las lenguas de los salvajes más oscuros, para hacer llegar á ellos la palabra divina, de modo que la comprendan todas las gentes.

En cuanto á las sectas protestantes ellas tienen razón para hablar una lengua vulgar y moderna. Los idiomas divididos entre sí, esencialmente variables, siempre mudables y enteramente modernos, se adaptan perfectamente á estas doctrinas que tanto se les parecen en ser inventadas ayer, mudar á cada paso, tener la variación en la esencia de su ser y hallarse indefinidamente divididas en fracciones innumerables.

## XXI.

### *De la sencillez del culto protestante.*

La sencillez en sí y estando en su lugar, es una cosa buena, más no lo es si queremos ponerla donde ni debe ni puede estar. Además, el culto protestante no es sencillo, sino vacío y desnudo.

Frecuentemente el templo protestante es una antigua Iglesia, arrebatada al verdadero culto de Dios; y es cosa que llena el corazón de amargura, ver lo que ha hecho allí la fría y mezquina herejía de Calvino. Cuando cae un rey, su palacio se convierte en casa y su trono en silla; y así los protestantes cuando han logrado usurpar las Iglesias cató-

licas, donde habita el Rey de los reyes, las han despojado y vulgarizado. Han destruido el altar en que se ofrecía el divino sacrificio, quitado las imágenes de la Virgen y de los Santos Patronos del edificio, quemados los confesionarios donde los pecadores recobraban la gracia perdida y la paz de sus conciencias; y no han dejado más que cuatro paredes, escaños para sentarse, una cátedra y una mesa, como si esto bastase para hacer los honores debidos al Criador del cielo y tierra.

“Entre los católicos dice un escritor protestante (Clausen,) las más admirables producciones de las artes se consagran al embellecimiento de las Iglesias; mientras que los protestantes se aprisionan en un templo privado de toda clase de adorno, lo cual no les impide prodigar los tesoros del arte en sus habitaciones privadas. (\*) La música de Iglesia se considera por los católicos como parte esencial de las solemnidades religiosas; pero en los países protestantes la música se emplea en todas partes, menos en las Iglesias.

Los protestantes en efecto, tienen el gusto de lo cómodo (*comfortable*;) y por eso procuran para sus casas lo suntuoso y agradable, pero en cuanto á la casa de Dios ya es otra cosa. En tratándose de esto, ellos dicen que se necesita una gran sencillez en el templo y en la religión. Sin

[\*] El principio protestante cuyo lógico desarrollo, como lo ha demostrado el autor en el número XVI de esta primera parte, conduce á los sectarios á decir: “El objeto de nuestra adoración somos nosotros mismos,” desde luego descubre su índole en esta circunstancia: niega á la casa de Dios los adornos, y los emplea en las casas particulares: porque el hombre, en último análisis, es el Dios á quien se dirige el principio protestante. Pero aun hay otra cosa más particular y característica del protestantismo. En un templo católico que haya usurpado el protestantismo, éste destruye el altar del Dios verdadero y las imágenes de los Santos, pero los reemplaza con las estatuas de los que califica de héroes; y así la llena con monumentos erigidos á la gloria, no de Dios sino de los hombres. Véase la Abadía de Westminster en Inglaterra. Cuando la falsa reforma erige una catedral, como la de San Pablo de Londres, no hay en ella altares ni imágenes de Santos; pero sí estatuas ó pinturas de hombres comunes. En todo esto es el protestantismo consecuente á su principio y tiende á su última y necesaria consecuencia. (Traductor.)

embargo, si á la sencillez vamos, más sencillo fuera no tener ni religión ni templo. Dormir, comer, beber, hacer negocio, vivir y morir sin cuidarse de nada, ¿no sería esta la perfección de la sencillez?

A pesar de todo, no hay que admirarse de esta desesperante y helada desnudez. Para los sectarios de la pretendida reforma los templos no son edificios sagrados sino lugares de reunión; y por eso algunas veces los fieles protestantes, suelen ir á reunirse, por mayor comodidad, en un casino de Ginebra, ó en un teatro de Nueva-York, resultando absolutamente la misma cosa. Si entrando á sus templos se quitan ellos el sombrero, es por costumbre; y de ninguna manera por respeto á las paredes y á los bancos.

Los ministros protestantes no usan vestidos sacerdotales. ¿Para qué? Ellos no son sacerdotes ni los distingue nada de sus correligionarios; de manera que la túnica que los domingos se echan encima del frac negro, me parece una contradicción con sus propios principios.

No se nos venga á decir á nosotros los católicos, que Dios no tiene necesidad de la pompa del culto y que nuestro corazón es quien la reclama. Ya lo sabíamos muy bien. Pero Dios tampoco tenía necesidad de las magnificencias del templo de Salomón, ni del oro, incienso y mirra que le ofrecieron los magos del Oriente en la gruta de Belem; y sin embargo, ¿quién se atrevería á decir que le desagradaron aquellas manifestaciones de respeto y de amor?

La majestad del culto, eleva nuestras almas á Dios por medio de las ceremonias sagradas, las cuales sirven también para fijar nuestra atención, tan propensa á divagarse. Los hombres todos estamos compuestos de cuerpo y alma, y todo nuestro sér debe contribuir á dar gloria al Señor: nuestra alma con el respeto, la adoración y el amor; y nuestros sentidos por el uso religioso que de ellos hacemos en nuestras Iglesias, uso que los purifica y santifica.

El culto divino, es la espresión de la fe. Cuanto más viva es la fe, más espléndido es el culto; y al contrario, si la fe es pobre, el culto está desnudo. “Así es que, dice también el escritor protestante á quien acabo de citar, la

LIBRERIA Y PLERITARIA  
"ALFONSO R. YES"  
Agdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

desnudez exterior de la Iglesia no católica está bastante en armonía con lo que pasa en el interior.”

“Yo no soy de aquellos, ha dicho el filósofo protestante Leibnitz, que olvidando la debilidad humana, rechazan del servicio divino todo lo que toca á los sentidos, bajo el pretexto de que la adoración debe ser en espíritu y en verdad.” (1)

Y otro protestante añadía: “En nuestros templos á fuerza de hablar de la adoración en espíritu y en verdad, la verdad y el espíritu han desaparecido.” (2)

XXII.

*Demuéstrase que la propaganda protestante no es ni legítima ni lógica.*

Cuando la Iglesia católica, por medio de sus Obispos y sacerdotes, califica á la propaganda protestante como una agresión injusta y odiosa, se vé á los diarios heréticos, á los cuales se asocian para esto los órganos del racionalismo y de la revolución, quejándose amargamente y acusando á la Iglesia de tener dos pesos y dos medidas, pues prohíbe á los otros lo que ella no ha cesado de hacer desde su origen. Estas recriminaciones merecen una respuesta. La tendrán aquí, pues es sencillo y fácil dársela.

Todas las sectas protestantes reconocen que los hombres pueden salvarse en la Iglesia católica. La Iglesia católica, al contrario, ha sostenido siempre que ella sola profesa la verdadera religión; y que fuera de esta religión, nadie puede ser verdadero hijo de Dios.

De consiguiente los protestantes están en contradicción con sus principios, cuando tratan de arrebatár almas á la Iglesia; y la Iglesia católica, incurrirá en contradicción con los suyos, si no hiciera cuanto está en su poder, si dejara de ejercer todo su celo, para atraer á la verdad, que es úni-

(1) Sistema teológico pag. 107.

(2) Putzcuchen-Glauzow.

ca como Dios, á los que por el error funesto de la herejía, están separados de ella. Cuando la Iglesia católica se afana por instruir á un protestante y atraerlo á su gremio, ella le deja todas las verdades que poseía aquel individuo, si poseía algunas; y le da el conocimiento de las que le faltaban, como hemos visto en otro lugar. De manera que el protestante es un hombre espiritualmente medio desnudo, á quien la Iglesia católica acaba de vestir. Añadiendo á lo poco que tuviera lo que ella le da, se forma un cristiano completo.

Lo contrario sucede, cuando la propaganda protestante trabaja por seducir á un católico. Ella no hace más que arrebatarse una parte de lo que aquel infeliz creía, sin darle nada en compensación; y le deja medio desnudo, como el ladrón deja al desgraciado pasajero á quien roba su túnica y su capa, bajo el pretexto de desembarazarle de cosas incómodas, sin arrojarle siquiera un harapo, para defenderse del frío.

Es punto confesado por los protestantes, que ellos no tienen en cuanto á verdades religiosas, nada que dar á los católicos, pues éstos las poseen ya todas; y aun va más allá la palinodia de los protestantes, pues reconocen que lo que ellos tienen de cristianismo, lo han recibido ó lo toman prestado de la Iglesia católica. Oigamos á Lutero, ese fogoso patriarca de la pretendida reforma, dar su opinión sobre este particular. En el coloquio de Marbourg, que fué una disputa célebre, tenida entre aquel heresiarca y el otro heresiarca Zwinglio, para tratar del dogma de la Eucaristía. Zwinglio le objetaba que la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo bajo las especies consagradas, era un dogma del *Papismo*. "Pues si es por eso, le respondía Lutero, rechazad también la Biblia *porque del Papa es de quien la hemos recibido*. Protestantes como somos estamos obligados á confesar que en el Papismo están las verdades de la salvación, sí, **TODAS LAS VERDADES** de la salvación, y que de él las tomamos nosotros; porque en el Papismo encontramos *la verdadera escritura santa, el verdadero bautismo, el verdadero Sacramento del altar, las verdaderas llaves que*

*perdonan los pecados, la verdadera predicación, el verdadero catecismo y los verdaderos artículos de la fe. Mas digo, que en el Papismo se encuentra el VERDADERO CRISTIANISMO.*" [\*]

De esta paladina confesión de Lutero, el cual terminantemente reconoce que la Iglesia católica posee el *verdadero cristianismo*, necesariamente se deduce la conclusión lógica que las sectas protestantes no son cristianas, pues la Iglesia afirma lo que las sectas niegan. Pero de esta misma palinodia del jefe del protestantismo se desprende otra consecuencia, á saber, que la propaganda es para la Iglesia católica un deber, mientras que la propaganda protestante es á la vez un contra sentido y una injusticia.

### XXIII.

#### *La religión cómoda.*

Dícese que es más cómodo ser protestante que católico, lo cual es cierto; así como es más fácil ceder á las pasiones, que contenerlas. Pero cuando se trata de religión no está la cuestión en saber cuál es más cómoda, sino cuál es la verdadera y cuál es la que conduce al hombre á Dios.

Un pastor protestante había logrado atraer á su secta á una buena mujer, la cual se había dejado seducir por las afirmaciones de aquel pretendido ministro del Evangelio, Aquella mujer frecuentaba bastante el templo protestante,

(\*) Me parece conveniente poner á la vista el texto original de esta notable confesión, tomándola de las obras de LUTERO edición PROTESTANTE de Jena, páginas 408 y 409: "HOC ENIM FACTO NEGARE OPORTERET TOTAM QUOQUE SCRIPTURAM SACRAM ET PREDICANDI OFFICIUM. HOC ENIM TOTUM A PAPA HABEMUS. NOS AUTEM PATEMUR SUB PAPATU PLORIMUM ESSE BONI CHRISTIANISMI, IMOOMNE CHRISTIANISMUM, atque etiam illinc ad nos devenisse.—Quippe fatemur, in Papatu veram esse Scripturam sacram, verum Baptisma, verum Sacramentum altaris, veras claves ad remissionem peccatorum, verum praedicandi officium, verum Cathecismus ut sunt: Oratio dominica, articuli fidei, decem praecepta. DICO IN SUPER IN PAPATU VERUM CHRISTIANISMUM ESSE."

echaba sus sueños los domingos durante la prédica, cuidaba mucho la gruesa Biblia que le habían dado, procurando no abrirla, por no echarla á perder; y en una palabra, estaba hecha una protestante excelente. Su fervor llegaba hasta hacerse apuntar en el registro de la famosa sociedad del *ochavo protestante*, ítem más de dos ó tres sociedades bíblicas.

Algunos años pasó aquella mujer practicando esa piedad fácil, aplaudiéndose ella más cada día de vivir tan dulcemente, según lo que el ministro protestante llamaba el *puro Evangelio*, desembarazada de la obligación de ir á confesarse en las grandes fiestas, de comulgar por lo menos en la pascua, de comer de viernes algunos días y de obedecer al padre cura. En medio de estos goces *evangélicos*, que el pastor y una piadosa diaconisa protestante mantenían con celo, por medio de regalitos de opúsculos; aquella pobre criatura, vió un día entrar por sus puertas una visita, era la enfermedad. Inmediatamente deputan los protestantes un *lector* para repasarle los salmos y otros trozos de la Biblia, de los cuales la enferma no comprendía una palabra; bien que, justo es decirlo, al *lector* le sucedía otro tanto. El mal empeoró muy pronto, de modo que el médico dijo ciertas expresiones, de las cuales dedujo la enferma que no podía estar muy segura. En presencia de la muerte, pensando en el juicio de Dios, la pobre mujer se conmovió y entró en sí misma. Entonces alumbrada por aquella luz que no engaña, conoció que se había extraviado, abandonando la verdadera fe; y rogó á una de sus vecinas que al instante fuese á buscar al cura católico de la Parroquia, el cual era un digno eclesiástico á quien ella conocía y que se había afligido mucho al verla desertar de la comunión católica. Encontrándola el cura hecha un mar de lágrimas, la consoló como mejor pudo; y aunque tuvo que hacerla ver toda la enormidad de su falta, la recordó que la misericordia de Dios es infinita. Después de haber oído la confesión de sus pecados, la reconcilió con Nuestro Señor Jesucristo. La llevó el sagrado Viático, ese Santísimo y adorable misterio, en el que el mismo Jesucristo se escondía

de para bajar hasta nosotros y fortificarnos en el término de nuestra carrera mortal; y la administró también la Extrema-Uncción, ese Sacramento consolador del cual la habían enseñado á burlarse los protestantes, pero cuya importancia y eficacia ella comprendía en aquel lance. Puesta en paz con Dios y consigo misma, la pobre mujer era feliz; y veía ya, sin alarma, acercarse el momento de su entrada en la eternidad.

En la tarde del mismo día se presentó en su casa el pastor protestante, pues acababa de saber la visita que le había hecho el cura católico y no podía creer aquello que él llamaba “una defección vergonzosa, un escándalo para el *puro Evangelio*; y una vuelta á las supersticiones de Babilonia.” En realidad, lo que más le mortificaba, era lo que se había de hablar en el vecindario y las consecuencias que sin duda se sacarían contra el *puro Evangelio*, y para el amor propio del Señor pastor. Apostrofó, pues, vivamente á la pobre enferma recordándola el valor con que algún tiempo antes había rechazado “todas aquellas creencias y errores, á los cuales jamás debía volver.” ¡Ah, Señor, respondió la buena mujer, todo eso era bueno para cuando yo estaba sana; *porque vuestra religión es muy cómoda para vivir, pero es el diablo para morir.*”

Esto lo dijo la buena mujer sin sospechar siquiera que con esta sencilla palabra, acababa de tocar con el dedo la falsedad del protestantismo.

Para que una religión sea la religión verdadera, la religión que conduce al cielo, no basta que sea cómoda y eche á un lado todo lo que mortifica en el servicio de Dios. El protestantismo es cómodo para vivir y justamente esta es una razón para que sea temible morir en él. El protestantismo es cómodo, luego es falso, luego no es la religión de aquel que dijo: “¡Cuán estrecha es la puerta y cuán penoso el camino que lleva á la vida eterna! Esforzaos por tomar este camino y entrar por aquella puerta!”

El protestantismo, este pretendido cristianismo, sin sujeción á la fe, sin obediencia á la autoridad de la Iglesia, sin confesión, sin Eucaristía, sin sacrificio, sin penitencia y

sin prácticas obligatorias, está condenado ciertamente por el Evangelio, cuyo nombre usurpa. El mismo Jesucristo le reprobó, cuando el Divino Maestro pronunciaba estas palabras: “¡Cuán ancho y cómodo es el camino que conduce á la perdición!”

XXIV.

*La piedra de toque.*

Hay un medio muy fácil de descubrir la verdadera Iglesia, entre todas las que pretenden este título.

Nuestro Señor Jesucristo declaró terminantemente, que sus discípulos serían aborrecidos por los malvados, como El mismo lo había sido antes que ellos. “No es superior el discípulo á su Maestro: si el mundo os aborrece, acordaos que primero me aborreció á mí.” Ahora bien, desde los tiempos apostólicos, como lo atestigua la historia, los esfuerzos y los odios de los impíos, constantemente se han dirigido contra la Iglesia católica. Los judíos, los paganos, los turcos, los malos de todos los siglos y en nuestros días todos los revolucionarios, han escogido y todavía escogen por blanco de sus tiros, á la Iglesia católica y solo á la Iglesia católica. Los facinerosos de la revolución francesa se lanzaron contra ella encarcelando y matando á sus obispos y sacerdotes, mientras que dejaban muy tranquilos á los rabinos judíos y á los ministros protestantes. Leed los escritos incendiarios de nuestros revolucionarios modernos. La Iglesia católica es la UNICA que excita sus furios. Ellos no solamente no se levantan contra el protestantismo, sino que lo proclaman como favorable á sus miras anti-cristianas.

La unión de todos los impíos contra la Iglesia católica solamente bastaría para verificar la profecía de Nuestro Señor; pero las sectas heréticas y especialmente las protestantes, se han encargado de completar esta prueba. Separadas entre sí para todo lo demas, divididas en creencias é intereses, y anatematizándose las unas á las otras, ellas se

ponen en un maravilloso acuerdo, cuando se trata de injuriar y atacar á la antigua Iglesia de San Pedro. En presencia de esta enemiga, sus bocas prorrumpen en blasfemias unísonas, como si fuesen una sola boca.

Herodes y Pilatos eran enemigos mortales entre sí hasta que se unieron contra Nuestro Señor Jesucristo. La herejía y la impiedad, separadas por otros muchos títulos, se unen como Pilatos y Herodes para ultrajar, azotar y destruir á la Santa Iglesia católica. Pero esta Iglesia católica, apostólica y romana, si bien debe sufrir su pasión como la sufrió el Salvador, para completar la de su divina Cabeza, también tiene á su favor las promesas de vida eterna. Siempre odiada, blasfemada siempre, ella siempre vive y vivirá siempre, porque Jesús está con ella hasta el fin del mundo, siendo ella la única á quien se ha dicho: “las puertas del infierno no prevalecerán contra tí.”

SEGUNDA PARTE.

I.

*En que sentido puede la Iglesia tener necesidad de reforma.*

Por fuerte y vigorosa que sea tu constitución física; oh lector! puede sucederte con frecuencia que experimentes una alteración de salud; la cual, aunque en nada muda aquella constitución, exigen sin embargo que purifiques tu sangre, valiéndote para esto de los medicamentos. Pero para que éstos produzcan buen efecto, es indispensable que sean administrados con pericia y prudencia; dejando á los médicos, que son los establecidos para esto, que hagan lo que les parezca conveniente. Ponerte en manos de char-

sin prácticas obligatorias, está condenado ciertamente por el Evangelio, cuyo nombre usurpa. El mismo Jesucristo le reprobó, cuando el Divino Maestro pronunciaba estas palabras: “¡Cuán ancho y cómodo es el camino que conduce á la perdición!”

XXIV.

*La piedra de toque.*

Hay un medio muy fácil de descubrir la verdadera Iglesia, entre todas las que pretenden este título.

Nuestro Señor Jesucristo declaró terminantemente, que sus discípulos serían aborrecidos por los malvados, como El mismo lo había sido antes que ellos. “No es superior el discípulo á su Maestro: si el mundo os aborrece, acordaos que primero me aborreció á mí.” Ahora bien, desde los tiempos apostólicos, como lo atestigua la historia, los esfuerzos y los odios de los impíos, constantemente se han dirigido contra la Iglesia católica. Los judíos, los paganos, los turcos, los malos de todos los siglos y en nuestros días todos los revolucionarios, han escogido y todavía escogen por blanco de sus tiros, á la Iglesia católica y solo á la Iglesia católica. Los facinerosos de la revolución francesa se lanzaron contra ella encarcelando y matando á sus obispos y sacerdotes, mientras que dejaban muy tranquilos á los rabinos judíos y á los ministros protestantes. Leed los escritos incendiarios de nuestros revolucionarios modernos. La Iglesia católica es la UNICA que excita sus furios. Ellos no solamente no se levantan contra el protestantismo, sino que lo proclaman como favorable á sus miras anti-cristianas.

La unión de todos los impíos contra la Iglesia católica solamente bastaría para verificar la profecía de Nuestro Señor; pero las sectas heréticas y especialmente las protestantes, se han encargado de completar esta prueba. Separadas entre sí para todo lo demas, divididas en creencias é intereses, y anatematizándose las unas á las otras, ellas se

ponen en un maravilloso acuerdo, cuando se trata de injuriar y atacar á la antigua Iglesia de San Pedro. En presencia de esta enemiga, sus bocas prorrumpen en blasfemias unísonas, como si fuesen una sola boca.

Herodes y Pilatos eran enemigos mortales entre sí hasta que se unieron contra Nuestro Señor Jesucristo. La herejía y la impiedad, separadas por otros muchos títulos, se unen como Pilatos y Herodes para ultrajar, azotar y destruir á la Santa Iglesia católica. Pero esta Iglesia católica, apostólica y romana, si bien debe sufrir su pasión como la sufrió el Salvador, para completar la de su divina Cabeza, también tiene á su favor las promesas de vida eterna. Siempre odiada, blasfemada siempre, ella siempre vive y vivirá siempre, porque Jesús está con ella hasta el fin del mundo, siendo ella la única á quien se ha dicho: “las puertas del infierno no prevalecerán contra tí.”

SEGUNDA PARTE.

I.

*En que sentido puede la Iglesia tener necesidad de reforma.*

Por fuerte y vigorosa que sea tu constitución física; oh lector! puede sucederte con frecuencia que experimentes una alteración de salud; la cual, aunque en nada muda aquella constitución, exigen sin embargo que purifiques tu sangre, valiéndote para esto de los medicamentos. Pero para que éstos produzcan buen efecto, es indispensable que sean administrados con pericia y prudencia; dejando á los médicos, que son los establecidos para esto, que hagan lo que les parezca conveniente. Ponerte en manos de char-

latanes ó empíricos, sería arruinar tu salud, para ir á parar en el cementerio. Pues esto mismo es lo que sucede en la Iglesia. Divina como ella es, puede necesitar algunas reformas; porque ejerciendo su misión entre los hombres, sirviéndola hombres de ministros, entre éstos y los fieles pueden haberse deslizado algunos defectos, de los inherentes á la flaqueza humana. En cuanto á la misma Iglesia, Jesucristo la ha prometido estar con ella hasta el fin del mundo, para mantener en ella la fe verdadera y la verdadera moral; y de consiguiente, por aquella promesa y por esta asistencia continua, la Iglesia es en la fe, *infallible* y en la moral, *santa*.

Pero como ya he indicado, la Iglesia se compone de hombres. Hombres son el Papa, los obispos, los sacerdotes y todos los fieles; y como hijos todos de Adán, viviendo todavía sobre la tierra, están individualmente sujetos á las debilidades é imperfecciones humanas. Basta esta observación para comprender en qué sentido la Iglesia ha tenido y tiene siempre necesidad de reformas. En la enseñanza de su fe nada tiene que variar, porque todo en ella es divino é inmutable, ni tampoco tiene nada que rectificar en su moral que es santa, ni en sus sacramentos, por medio de los cuales ella santifica á los hombres. Antes por el contrario, éstos para reformarse, deben avivar en sí la fe de la Iglesia y esforzarse en conformar su vida con la moral católica, valiéndose para esto de los mismos sacramentos. Por aquí se ve cuán absurdo es querer hacer la reforma en la fe, en la moral y en los sacramentos; cuando cabalmente de la santa inmutabilidad de estas cosas, ha de resultar la reforma de las costumbres, si los hombres que se han desviado de aquellas santas reglas, vuelven á conformarse con ellas. En efecto, no hay abuso que no provenga, ó de desviarse de la fe inmutable de la Iglesia, ó de violar su invariable moral, ó de descuidarse del uso de sus Sacramentos; ni hay reforma posible si no se reanima la fe, se practica la moral y se hace uso de los Sacramentos.

En este sentido hace mil ochocientos años, que los Papas y los Concilios han trabajado sin descanso en la refor-

ma de los varios puntos de disciplina; en que por la debilidad humana se hubiesen introducido faltas y abusos. Tal ha sido en particular la obra que se propuso llevar á efecto el célebre Concilio de Trento; el cual *de verdad* ha reformado la Iglesia.

Lutero y sus compañeros, han confundido en esta cuestión el fondo con la forma; esto es, lo divino é inmutable con lo humano y variable. Ellos, pretendiendo reformar el dogma, la regla de fe y la de las costumbres; en vez de hacer una *reforma*, hicieron una *revolución* desastrosa, que todo lo ha deformado y destruido.

Es que Lutero y sus colaboradores no son médicos sino charlatanes. Bajo pretexto de sacar un diente picado, han arrancado la mandíbula; y en lugar de dar un purgante, han administrado veneno.

II.

*¿Es posible que Dios hubiese elegido á Lutero y Calvino, para reformar la religión?*

Dios es Santo, luego no ha podido elegir á Lutero, ni á Calvino, ni á Zwinglio, ni á Enrique VIII, ni á los otros heresiarcas, para reformar á la Iglesia.

El historiador protestante Cobbet dice: “Nunca vió el mundo en un solo siglo, una colección de miserables tales como Lutero, Zwinglio, Calvino, etc.; los cuales no estaban acordes, mas que en un solo punto de doctrina, á saber, *que las buenas obras son inútiles*. La vida que ellos hacían, probaba que en este principio eran *sinceros*.” (\*)

Lutero, á pesar de su elocuencia popular y del carácter vigoroso de su alma, no es, en resumen, otra cosa que un *mál sacerdote*, es decir, lo más degradado que existe sobre la tierra.

Calvino, eclesiástico también, ha sido convicto de te-

(\*) Historia de la Reforma protestante, cap. VII, número 200.



ner costumbres infames; como que por un delito contra la naturaleza, fué marcado por mano del verdugo. (1)

Zwinglio, que antes de apostatar era cura de Einsieden, en Suiza, confesó en presencia de su obispo, que hacía muchos años se entregaba á pasiones vergonzosas, añadiendo que iba á casarse para legalizar su posición.

Todos los santos de la *Reforma* son de este calibre. Nadie ignora cuál era la pureza *sin mancha y la evangélica dulzura* de Enrique VIII, reformador de la Inglaterra. Este miserable tuvo seis mujeres, haciéndolas cortar la cabeza, á medida que se fastidiaba de ellas. Su hija Isabel, la llamada reina *Virgen*, que consumió la obra de Enrique VIII, no fué menos célebre que él bajo este aspecto. Quizás la misma hacha que cortó el cuello de las concubinas del padre, pudo cortar el de los amantes de la hija.

Calvino, en particular, merece la atención de los franceses, por ser él quien introdujo el protestantismo en su patria. Ninguno ha retratado mejor á aquel heresiarca que su sectario el calvinista Galiffe. Este, en su obra titulada, *Noticias genealógicas*, publicada en la misma ciudad de Ginebra el año de 1836, dice lo siguiente: "Calvino, este hombre criminalmente famoso, que levantó el estandarte de la más feroz intolerancia, de las supersticiones más groseras y de los más impíos dogmas, fué un apóstata espantoso, á cuya inquisición nada podía escaparse. El, en los dos años de 1558 y 1559, hizo ejecutar sentencias criminales en número de cuatrocientas catorce, etc." (2) Además de esto, Galiffe llama á Calvino *bebedor de sangre*; probando cada una de sus aseeraciones con los escritos mismos del heresiarca, y con los archivos públicos y auténticos de Ginebra.

En cuanto á Lutero, fraile apóstata, que vivía en con-

(1) Este hecho parece ya histórico. Un autor católico echó en cara á los calvinistas esa marca vergonzosa de su patriarca, á lo cual el calvinista Whitacker, tuvo la sacrilega desvergüenza de responder: "Si Calvino estaba marcado, también lo estaba San Pablo." ¡Qué diferencia! Este por Dios; aquel en castigo de un crimen.

(2) Tomo III, página 21 y siguientes.

cuvinato con una monja apóstata como él, los protestantes le han juzgado con una severidad no menos significativa. La vida de Lutero después que apostató, no fué otra que la de un libertino, enteramente ocupado de los placeres de la mesa y de los goces de los brutos; tanto que llegó á formarse un adagio, empleado por los que querían permitirse algún desórden. "Hoy viviremos á lo Lutero," según refiere el escritor protestante Benito Morgasteru. (\*) *Las agudezas de sobre mesa*, obra de Lutero, que se encuentra en algunas librerías de mala reputación, entre los libros obscenos, respira un cinismo tal, que no se puede ni citar sus páginas. Todos conocen aquella innoble deprecación, escrita por Lutero con su propia mano, cuya autenticidad jamás se ha disputado, la cual termina con estas palabras increíbles. "Comer bien y bien beber es el medio de ser feliz."

Y después de esto ¿todavía se querrá hacernos creer que semejantes hombres fueron enviados á los cristianos por Nuestro Divino Salvador, para hacer que su Iglesia volviese á la pureza primitiva? Vamos. Lo mismo sería decir con los turcos; "Dios es Dios y Mahoma su profeta." Aquí debe hablar el buen sentido en voz más alta que la de las imposturas históricas con las cuales se ha querido rehabilitar á aquellos pretendidos reformadores.

La Iglesia tiene por fundadores á Nuestro Señor Jesucristo y por Apóstoles á S. Pedro, S. Pablo, S. Juan, etc.

El protestantismo tiene por fundador á Lutero y por Apóstoles á Calvino, Zwinglio y consortes.

Juzgad y elegid.

### III.

¿Han dado los apóstoles del protestantismo alguna prueba de su pretendida misión?

Hay dos señales infalibles para conocer si un hombre

(\*) *Traité de l'Eglise*, pag. 21 hácia el medio, donde se lee: SI QUANDO VOLUNT INDUGERE GENIO, NON VEREANTUR INTER SE DICERE: HODIE LUTHERANICE VIVEMUS.

que se presenta para reformar la Iglesia, es verdaderamente enviado de Dios. Esas dos señales son la santidad y el don de milagros.

En cuanto á santidad no hay que hablar, tratándose de Lutero y Calvino. Ya acabamos de ver lo que ellos eran bajo este aspecto, tanto, que hasta los mismos protestantes instruidos y honrados, se sonrojan cuando se mueve delante de ellos conversación sobre esta materia.

En cuanto á milagros, bien hubieran querido hacerlos los heresiarcas; pero es más fácil formar una secta, que hacer un milagro. Erasmo, que era satírico mordaz, hacía observar que “todos ellos juntos no habían podido curar ni á un caballo renco.”

Sin embargo, Calvino quiso una vez hacer el ensayo de cierto milagrillo, pero el golpe dió en falso. Había pagado á un hombre para hacerse el muerto, con el objeto de simular que le resucitaba; pero cuando llegó al lugar de la farza, seguido de una multitud curiosa, á la cual había anunciado *modestamente* esta prueba postiza de su misión, la justicia de Dios había herido al compadre; y Calvino estuvo para morir de miedo, encontrando deveras muerto al que sólo debía ser supuesto difunto. Esta historia es auténtica y sabida de todos.

Lutero salía del paso por otra puerta. Si le pedían probase con alguna obra milagrosa que hablaba en nombre de Dios, respondía con un torrente de injurias, llamando *borrico, turco, perro y puerco endiablado*, al infeliz que le había pedido semejante cosa.

Habiendo pues, faltado los *milagros* así como la *santidad* á los padres de la llamada Reforma, es claro que Dios no los había enviado.

Peró entonces ¿de qué espíritu estaban ellos animados? Del espíritu de orgullo, del espíritu de sensualidad, del espíritu revolucionario, que se rebela contra Cristo y contra la obra de Cristo; en una palabra, el espíritu infernal que engendra todas las herejías es el verdadero padre de la anarquía protestante. *Vos ex patre diabolo estis.* (San Juan VIII, 44.)

IV.

*La Iglesia católica posee la prueba divina por excelencia.*

Esta prueba, que suple por todas, y que á todas las supera, es el MILAGRO. Puede decirse que Nuestro Señor Jesucristo no ha hecho uso mas que de esta prueba, para hacer primeramente que recibiesen sus Apóstoles y sus discípulos, el dogma de que El es Dios; y para convencer en seguida hasta á sus mismos contradictores, de aquella verdad capital. “Si no creéis á mis palabras, les decía, creed por lo menos á mis obras. Los milagros que hago dan testimonio de mí.”

Los enemigos de Jesucristo confesaban la realidad de sus prodigios, temblando de rabia al considerar sus efectos. “Este hombre, decían, hace una multitud de milagros y arrastra en pos de sí al mundo.” El milagro supremo de la Resurrección, comprobado por la vista y el tacto, fué el último que destruyó la incredulidad obstinada de los mismos Apóstoles, después de la Pasión; y en particular la incredulidad de Santo Tomás, no cedió hasta que él pudo poner su dedo en los agujeros de los clavos, y su mano en la llaga del costado de Cristo vencedor.

El milagro, pues, obra sobrehumana y absolutamente divina, es la gran prueba de Jesucristo. Ella es también la gran prueba de su Iglesia.

No solamente se verifican incesantemente milagros en la Iglesia, por la virtud de Jesucristo que vive en sus santos, sino que la misma Iglesia es un milagro vivo, público, permanente y que supera á toda demostración científica; milagro accesible á la inteligencia del pobre y del ignorante, como á la del doctor y del filósofo. Desde los primeros siglos de la fe, ya lo decía San Agustín: “El establecimiento del cristianismo en el mundo sin milagros, sería el mayor y más asombroso de los milagros.”

Los Apóstoles y sus discípulos y sucesores, en los tres ó cuatro primeros siglos, resucitaron á los muertos, curaron á los enfermos, dieron vista á los ciegos, oído á los sordos

y movimiento á los paralíticos. Solamente con la señal de la cruz, ellos hicieron caer los ídolos y hundirse los templos del paganismo. A pesar de trescientos años de carnicería, y á despecho del furor de aquellos hombres á quienes el milagro no pudo subyugar, la Iglesia católica, apostólica, romana, salió de las catacumbas victoriosa de sus enemigos.

Luego ella misma era un milagro, es decir, una obra evidentemente sobre humana y que demostraba la omnipotencia de Dios. De la misma manera, ella se ha conservado á través de los siglos, llevando en su frente la marca divina, dándose á conocer como Cristo se dió á conocer, pues ni aun tenía necesidad de argumentar. Para convencerse de su divinidad, basta verla.

Este hecho divino de la conservación de la Iglesia, y especialmente la del Papado, toma cada día nuevas y mayores proporciones. San Ireneo, ya desde el fin del segundo siglo de nuestra era, invocaba la duración de la Iglesia romana, hasta entónces, á pesar de las contradicciones que había sufrido, como una prueba concluyente de su divino origen. ¿Pues qué diría este Santo Padre, si volviendo al mundo, viese que el milagro se ha perpetuado hasta el siglo XIX?

La Iglesia es un milagro, siempre vivo; y su misma existencia es, de consiguiente, una prueba de su divinidad. Griten y hagan cuantas cortorsiones quieran los pobres pastores heréticos, en vista de este hecho divino. Los escritores quedaron confundidos delante de Jesús, cuando resucitó á Lázaro. Los protestantes quedan espantados como un pigmeo, al ver la talla sobrehumana del Gigante católico.

DIRECCIÓN GENERAL  
V.

*Los reformadores juzgados por sí mismos.*

Hay todavía algunos protestantes que permanecen fieles á sus grandes reformadores, y que se muestran muy de

licados en todo lo que de cerca ó de lejos les toca. Remedando á los hijos de Noé, ellos echan una capa sobre las vergüenzas de sus padres y gritan indignados cuando cualquiera se permite ver en Lutero y Calvino otra cosa que gentes santas. Ellos acusan diariamente á los escritores católicos de mentira, de invención y de calumnia; de modo que á despecho de la historia, para ellos Lutero y Calvino se quedan tan blancos como corderos.

Para demostrar el valor real de semejantes acusaciones, como también para que el lector se fije definitivamente en lo que se debe pensar sobre aquellos apóstoles de nuevo cuño, voy á copiar sencillamente los juicios que los jefes mismos de la *Reforma* han hecho los unos de los otros. Como ellos se conocían recíprocamente mejor que nadie, vamos á ver aquí retratos al natural.

Comencemos por Lutero, según la regla de que á todo señor, todo honor. He aquí como lo pinta Calvino su digno colega: “Verdaderamente Lutero es muy vicioso. ¡Ojalá cuidara de reprimir su incontinencia! ¡Ojalá se ocupara de conocer más sus vicios!” “Cuando leo un libro de Lutero, dice Zwinglio, me parece ver un cerdo inmundo, gruñendo y marchitando las flores de un hermoso jardín; pues con esa misma impureza, con esa misma indecencia habla Lutero de Dios y de las cosas santas.” (1) A esto le respondió Lutero en el mismo tono: “Zwinglio se figura ser un sol para alumbrar al mundo, pero no arroja más luz que... *stercus in lucerna*.”

Véamos como juzgaban á Calvino sus hermanos en *Reforma*, aquellos mismos que más interés tenían en paliar sus defectos. Wolmar, que fué su primer maestro, dice: “Calvino es violento y perverso. Tanto mejor, pues para hacer nuestro negocio, este es el hombre que nos conviene.” (2) Bucero, fraile apóstata y sacerdote casado, añade: “Calvino es un verdadero perro con rabia; este hombre es

(1) Obras de Zwinglio, tomo II, pag. 474.

(2) Véase á Freundfeld, —Tratado analítico de historia, tomo II, pag. 369.

malo. Guárdate, lector cristiano, de los libros de Calvino.” (1) Y Teodoro Beza, que era el discípulo querido de Calvino, ¿cómo trata a su maestro? Oídele: “Calvino no ha podido jamás habituarse ni á la templanza, ni á las costumbres puras, ni á la veracidad; sino que ha permanecido sepultado en el lodo.”

Zwinglio, al decir de su discípulo Bullinger, fué lanzado de la Parroquia por razón de sus desórdenes. Siendo sacerdote y párroco, se casó públicamente como Lutero; y en una de sus cartas él mismo se expresa en estos términos: “Si os dicen que pecco por orguyo, por gala é impureza, creedlo sin trabajo, porque no solo estoy sujeto á estos vicios, sino también á otros.” Lutero decía á Zwinglio, que estaba *Satanizado*, *ensatanizado* y *sobrensatanizado*, añadiendo que se debía absolutamente desesperar de la salvación de su alma. [2]

Pues á aquel personaje Teodoro de Beza, cuyo elogio se encuentra con frecuencia en las publicaciones protestantes, ¿cómo le han apreciado los amigos más fervientes de la *Reforma*? El protestante Heshusius exclama: “¿Quién no se asombrará de la increíble desvergüenza de este monstruo, cuya vida sucia é infame es conocida en toda la Francia por sus epigramas más que cínicos? Sin embargo, al oírle hablar, se diría que es un santo, otro Job; ó algún anacoreta del desierto, quizás más grande que San Juan y San Pablo, pues tanto cacarea sobre su destierro, sus trabajos, su pureza y la admirable santidad de su vida.” “Este hombre, dice otro escritor de la misma secta, Schlusemberg, este hombre obsceno, parecido á un demonio encarnado, lleno de artificio y de impiedad, no sabe más que vomitar blasfemias satíricas

Poco antes de morir, atacado de una apoplejía, Lutero resumía todos estos testimonios escribiendo con su propia mano: “A la verdad, somos unos *bribones*.”

(1) Véase á Freundfeld, — Tratado analítico de historia, tomo II, pag. 369.

(2) Hospinien, Historia de los Sacramentarios, tomo II, pag. 187.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 Aedo. 1625 MONTENECY, MEXICO

Pero me detengo. Sería necesario escribir libros enteros para repasar todos los reproches y todas las injurias groseras que aquellos pretendidos reformadores se lanzaban á la cara unos á otros; y por otra parte las sitas que tendria yo que hacer serían de tal género, que no se puede poner á la vista de un lector decente.

Que no vengan, pues, los hijos de Lutero á gritar que se calumnia, cuando de tiempo en tiempo alguna voz católica se pronuncia para juzgar y condenar á los autores de la pretendida reforma. La Iglesia que los arrojó de su seno, nunca ha empleado para condenarlos unas fórmulas tan contundentes como aquellas que acabamos de ver, inventadas por los mismos protestantes.

Quisieran éstos que se sepultaran en el olvido ó en la obscuridad esas revelaciones, tan poco honrosas y tan significativas, porque su orgullo de sectarios se resiente: pero pues que ellos nos vienen á atacar con su propaganda herética, necesario es aclararlo todo para que se haga justicia.

## VI

### *Divisiones del protestantismo.*

Hace 1800 años que la Iglesia católica, apostólica, romana, fundada por Nuestro Señor Jesucristo y gobernada en su nombre por San Pedro y sus sucesores los romanos Pontífices, conserva la unidad más intacta, tanto en la enseñanza de la fe como en la práctica de la religión. Desde el principio muchos novadores han procurado introducir sus ideas particulares en el seno de esta grande Iglesia; pero ella ha rechazado sucesivamente esas novedades, de manera que su doctrina ha permanecido siempre viva y siempre pura.

Pero el protestantismo, que no cuenta más que trescientos años de haber nacido, ha marchado por una senda enteramente opuesta. En lo pasado, el protestantismo considera como padres suyos á los gnósticos, á los arrianos,

á los maniqueos, á los nestorianos, á los iconoclastas, á los albigenses, á los husitas y á todos los herejes más escandalosos. Así como un cadaver engendra gusanos, el protestantismo, que es un cadaver de religión, continuando aquellas tradiciones, tan poco gloriosas, no ha dejado de producir hasta nuestros días centenares y millares de sectas que pululan en su seno. Ellas devoran las almas y se devoran á sí mismas recíprocamente. Sería cosa materialmente imposible, contar el número exacto de las sectas protestantes. Además de eso la estadística de ellas, verdadera hoy, dejaría de serlo mañana, porque cada día nacen y mueren las sectas, á la manera de las moscas. Desde el año de 1743, decía el pastor Froereisein lo siguiente: "El protestantismo se parece á uno de esos gusanos cortados en fragmentos, que se agitan mientras les queda alguna fuerza; pero que insensiblemente pierden el movimiento con la vida." (\*)

Por otra parte. ¿Qué cosa es una secta protestante? En virtud del libre examen, cada uno de sus miembros puede considerarse, y aun debe hacerlo, como absolutamente independiente, rompiendo la unidad facticia del grupo á que se le cree que pertenece. Tantas religiones como sectas, tantas sectas como individuos, y en cada individuo tantas creencias como caprichos; he aquí la unidad protestante. "Al día siguiente de haber nacido la Reforma decía llorando el pastor protestante Vinet: hubo protestantes mas ya no hubo protestantismo."

Un periódico americano presenta la siguiente lista que todavía está incompleta, de las sectas que existen sólo en el Estado de Nueva-York. "Anabaptistas, baptistas, nuevos baptistas, baptistas libres, baptistas separados, baptistas rígidos, baptistas liberales, baptistas pacíficos, baptistas niños, baptistas de la gloria, baptistas aleluyas, baptistas cristianos, baptistas del brazo de hierro, baptistas generales, baptistas particulares, baptistas del séptimo día, baptistas escoceses, baptistas de la nueva comunión general, baptistas negros, independientes ó puritanos, cameronia-

(\*) Discurso pronunciado en su instalación como pastor de Strasburgo.

nos, crispitas ó frisados, cambellistas ó reformados, dunkaros, libres pensadores, uldamitas, huntingdonianos, irvingianos, ingkanitas, saltadores, cristianos bíblicos, glasitas ó sandomonianos, antiguos presbiterianos, nuevos presbiterianos, escoceses, congregacionalistas, cuákeros ó amigos, unitarios, socianos, morabos ó hermanos de la unidad, metodistas ó wesleyanos, metodistas primitivos, wesleyanos reformados, calvinistas metodistas franceses, originales conexiónistas, nuevos conexiónistas, swedemborgianos, hermano de plimouth, cristianos rebautizados, mormones, kelistas, muggletonianos, romanianos perfeccionalistas, metodistas rogesianos, buscadores, universalistas, marchadores, rothfieldistas, discípulos-amigos-libres-ó-agapemonistas, luteranos, protestantes franceses, reformados alemanes, protestantes alemanes reformados, católicos alemanes ó discípulos de Rouge, nuevos iluminados, anglicanos ingleses, anglicanos alemanes, anglicanos franceses, etc., etc.," ¡Qué fecundidad!

No creo que en Francia sea *tan rica la Reforma*. Ahí solamente hay reformados protestantes de la confesión de Augsburgo, metodistas, anabaptistas, baptistas pietistas, unitarios, latitudinarios, darbistas, irvingistas. Sin embargo, debo declarar que no conozco todas las riquezas de las variedades del protestantismo francés, porque sus pastores afectan ordinariamente una tierna fraternidad; y cuando disputan entre sí, lo hacen á puerta cerrada, procurando ocultar eso que uno de ellos el Sr. Baum, pastor protestante de Alsasia, ha llamado: *Comerse los unos pastores la carne de los otros.* (\*) Además, el protestantismo tiene miedo del buen sentido de los franceses, que sacaría sin dificultad por consecuencia de variaciones y divisiones, lo que Tertuliano decía al herejiarca Marción: *Tú varias, luego yerras.*

¡Cuán grande y magestuosa aparece la Santa Iglesia con su gerarquía, que custodia la unidad católica, al lado

(\*) El principio de legalidad y la conciencia profesional de algunos llamados pastores luteranos, por el Sr. G. Baum, parte I.

de esas discusiones intestinas y de esa subdivisión sin fin que trabaja al protestantismo!

Un autor antiguo dice comparando entre sí el catolicismo y el protestantismo: "El que ha visto un regimiento de soldados, marchando en buen orden, con su capitán bien armado á la cabeza, y éste seguido de mosqueteros, arcabuceros y toda clase de tropa, llevando el paso al compás de los tambores; y ve después un tropel de chiquillos, con espadas de palo y cartucheras de cartón, sirviéndoles de tambor un caldero, y sin que haya jefe que los ordene, porque cada cual quiere mandar á su compañero; el que esto ha visto, ya puede formar idea del catolicismo y del protestantismo. Aquel ejército es imagen de la Iglesia, y esta chusma representa á las sectas bastardas, que han querido remedarla." (1)

VII.

*Qué se debe pensar de la libertad de pensar.*

La libertad de pensar es un contrasentido. Tan poco libres somos para pensar sin regla, como para obrar sin ella. Bajo la pena de incurrir en el desorden, y de merecer la condenación, estamos obligados á pensar conforme á la *verdad* y nada más que la verdad; así como debemos hacer el bien, nada más que el bien. ¿No es esto evidente?

¿Quién es libre para pensar que cinco y cinco no son diez? ¿Quién es libre para pensar que la parte es mayor que el todo, que el vicio es mejor que la virtud, que Carlo Magno no ha existido, etc., etc? ¿Y porqué no se puede pensar esto, sino porque lo contrario es la verdad?

Este principio universal que gobierna á la inteligencia humana, se aplica en primer lugar y con toda su fuerza á las verdades religiosas, porque ellas son las más importantes de todas las verdades. Los misterios de la fe

(1) Florimond de Remón, Historia del nacimiento y de los progresos de la herejía.

cristiana, los dogmas católicos de la Santísima Trinidad, de la Encarnación del Hijo de Dios, del pecado original, de la redención, de la gracia, de la Iglesia, de la eternidad, del fuego del infierno y de la bienaventuranza del cielo, etc., etc.; en una palabra, todos los artículos del Catecismo católico, están *impuestos* á nuestro entendimiento, porque son *verdades*; y como en ningún orden podemos nosotros ser libres para discutir la verdad, una vez conocida, con mayor razón no podemos dejar de admitir las verdades católicas. Estamos seguros de que son verdades, porque Dios las ha revelado, porque Jesucristo ha encomendado la enseñanza de ellas á la Iglesia, y porque en esta enseñanza la ha hecho infalible, prometiéndola su continua asistencia. De consiguiente *esa libertad de pensar* que es el alma del protestantismo y de la moderna filosofía racionalista, no pasa de ser una de esas imposibilidades, que solo pueden ser admitidas por la ligereza y la superficialidad. Para un hombre de entendimiento claro y de un juicio sólido, que no se paga de meras palabras, esa libertad de pensar es en lógica un absurdo y en moral un pecado.

Lo mismo sucede con la libertad de conciencia y la libertad de decirlo todo y hacerlo todo. ¡Libertades! Sí, son libertades, pero que conducen derechamente al infierno, si no se las sujeta á la regla trazada en su divina enseñanza por Cristo y su Iglesia.

La autoridad católica, lejos de destruir el pensamiento humano, le protege y vivifica. Esa autoridad es la de la verdad cuya inmutabilidad no corta el vuelo de la razón, pues no hace otra cosa que evitar sus extravíos. La autoridad de la Iglesia en lo tocante á la religión hace con el entendimiento humano siempre expuesto á descaminarse, ya porque engañe al hombre su imaginación, siempre loca, ya porque le arrastre el corazón subyugado por las pasiones, lo que un ayo hace con los niños, lo que un tutor con los jóvenes, y lo que todo buen gobierno con sus subordinados; esto es, impedirles el mal para el que ni hay ni puede haber libertad. Y entiéndase que al decir religión, se comprende toda clase de doctrinas que directa ó indirecta-

mente se relacionan con ella, ya sean filosóficas, ó científicas, políticas, etc.

En la Iglesia es donde únicamente encuentra el espíritu humano, al abrigo de la autoridad, la verdadera libertad de pensar.

## VIII.

*Divisiones religiosas de los católicos.*

En el seno de la unidad católica sucede á veces que se suscitan cuestiones religiosas sobre las cuales se disputa y se escribe, ya en pro, ya en contra. Los impíos, que no comprenden esos debates, sacan de ellos consecuencias contra la religión. Pero, ¿acaso tienen esas cuestiones el alcance que se las quiere dar? ¿Por ventura se parecen ellas á las divisiones religiosas de los protestantes?

De ninguna manera. Todos los católicos tienen una misma fe, porque profesan un mismo principio de fe, que es la obediencia á la enseñanza de la Iglesia. Sobre el dogma propiamente dicho, todos ellos están absolutamente de acuerdo, mientras que el dogma es precisamente aquello en que los protestantes se dividen. Su pretensión de reunirse en un terreno común, ó como ellos dicen en los *puntos fundamentales*, es entre ellos una ilusión desmentida por los hechos. Las sectas no están de acuerdo sobre nada, fuera de la existencia de Dios. Entre los setecientos ministros protestantes que en Francia predicaban la herejía y atacan á la Iglesia católica, había quinientos que no creían en la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, en la Santísima Trinidad, en la regeneración bautismal, etc., según lo hacía constar el protestante Gasparin. Hay muchos que siguiendo al profesor Shœver, teólogo de Ginebra, no creen que la Biblia sea un libro divino. De manera, que cabalmente los *puntos fundamentales*, los solo fundamentales, son aquellos en que los protestantes están separados entre sí, como lo demostraba el gran Bossuet hace ya dos siglos.

Los católicos, por el contrario, no entran ni pueden en-

trar en la discusión; sino sobre puntos de doctrina que la Iglesia no propone obligatoriamente á la creencia de sus hijos, por lo que justamente se les llama *opiniones*. Toda opinión es libre, en lo cual difiere de los dogmas. En cuanto á opiniones, habiendo dejado la Iglesia libertad para adoptar las unas ó las otras, de ahí es que á veces abrazan y defienden pareceres opuestos los simples fieles, los doctores particulares y hasta los obispos. De estas cuestiones doctrinales nacen ordinariamente luces preciosas, enriqueciendo el conjunto de ellas la ciencia teológica, ciencia, que no es el Catecismo de la fe, sino el resultado de los trabajos del talento humano sobre las innobles y magníficas bases puestas por la fe.

Si en su sabiduría, toda divina, la Iglesia juzga oportuno definir como punto de fe algunas de aquellas opiniones, los católicos; cesando de discutir, *creen*. Elevada la opinión á dogma, lo que antes era dudoso, porque aun no había hablado la Iglesia, luego que ella lo define, se hace *cierto*.

Los diversos pareceres de los católicos tienen especialmente por objeto las apreciaciones de conducta. Los unos creen, por ejemplo, que para el bien de la religión conviene atacar á sus enemigos de frente, sin negociar jamás con ellos, repeliendo con energía sus ataques y sus errores, mientras que otros llaman á eso violencia ó imprudencia, entendiendo de otro modo la caridad, pues creen que se puede domesticar á los lobos.

¿Quién no ve que estas divisiones dejan completamente intacta nuestra unidad religiosa? Sin embargo, esto es lo que escandaliza profundamente á los pastores protestantes, *tan amigos* de la verdad, de la unidad y de la caridad como se ha visto. ¡Pobres hombres que ven la paja en el ojo ajeno y olvidan la viga que les atraviesa el propio!

## IX

*De como la enseñanza de la Iglesia es la verdadera regla de fe.*

Entiéndese por regla de fe aquella, según la cual los

cristianos admiten tal ó cual doctrina y rechazan tal ó cual otra.

Ahora bien. ¿Cuál es esa regla de fe á la cual debemos conformarnos para fijar nuestras creencias? ¿Cuál es la verdadera regla de fe?

En esto, como en todo, los protestantes están en desacuerdo con la Iglesia católica. Mil y quinientos años después de la predicación de los Apóstoles, descubrió Lutero en su cabeza, que todo el mundo se había equivocado hasta entonces, y que la verdadera, la única regla de fe para los cristianos, era la Biblia. Todos los protestantes admiten este principio, que yo examinaré más adelante. Por ahora veamos lo que todos los cristianos han creído desde los tiempos de los Apóstoles, hasta el de Lutero, que es lo que nosotros creemos imitando á nuestros mayores, y que será lo que creerán los venideros hasta el fin de los tiempos.

Nuestro Señor Jesucristo escogió doce hombres entre sus discípulos y los envió al mundo, para enseñar en su nombre la religión cristiana. "Todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra, les dijo: id, pues, enseñad á todas las naciones, instruyéndolas para que guarden mis mandamientos. Predicad el Evangelio á toda criatura. El que os oye me oye, y el que os desprecia me desprecia. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo." (San Mateo, cap. 28, San Lucas, cap. 10; y San Márcos, cap. 16.)

Esta última palabra del Hijo de Dios, prueba claramente que la autoridad espiritual y la misión de los Apóstoles, deben permanecer en la Iglesia, como un ministerio perpetuo, hasta el fin de los siglos. Además es un hecho histórico irrecusable, que desde los Apóstoles hasta el día de hoy, los supremos pastores de la Iglesia católica, cuya sucesión remonta sin interrumpirse hasta San Pedro y sus colegas en el Apotolado, han ejercido y ejercen aun ese ministerio.

Pero ¿cuál es ese ministerio? ¿Cuál es esa autoridad que viene del mismo Jesucristo por la que hombres que como tales hombres son *fallibles*, nos enseñan *infalliblemente*

*é infaliblemente* nos conducen por el camino de la salvación? Esa autoridad es la de la Iglesia, es decir la del Sumo Pontífice, sucesor de San Pedro, cabeza de la Iglesia; y la autoridad de los Obispos, que son los auxiliares del Papa, en la grande obra de la santificación de las almas.

Esa autoridad divina si bien confiada á hombres, es la verdadera y la única regla de la fe. Así lo han creído los siglos cristianos, así lo han enseñado todos los doctores y Padres de la Iglesia. Lo que debemos creer, es lo que el Papa y los Obispos enseñan; y lo que debemos rechazar, es lo que el Papa y los Obispos condenan y rechazan. Cuando una doctrina es dudosa, debemos dirigirnos al Tribunal del Papa y los Obispos, para saber á que atenemos respecto á ella; pues solamente de ese Tribunal, siempre vivo y siempre asistido por el espíritu de Dios, pueden emanar los juicios exactos sobre las cosas de la religión, y particularmente sobre el verdadero sentido de las santas escrituras.

Tal es la regla de fe para todos los verdaderos cristianos, regla de institución divina que ninguno puede rechazar á sabiendas, bajo la pena de perder su alma. Quien os *desprecia* me *desprecia*. Esto dijo Nuestro Señor Jesucristo, estableciendo aquel principio inmutable de unidad y de vida en su Iglesia. Gracias á ese principio, hace diez y ocho siglos que los católicos han tenido y tienen una misma creencia. Los protestantes, al contrario, privados de esa regla divina, "fluctúan, como dice San Pablo, á todo viento de doctrina;" y á pesar de la Biblia que manosean con frecuencia, ellos creen hoy lo que negaban ayer, negarán mañana lo que creen hoy, y acaban por no creer nada absolutamente.

Examinemos ahora con pocas palabras la pretensión protestante de sustituir á la autoridad, invariable y siempre viva de la Iglesia, un libro, divino sin duda, pero mudo é inanimado, como lo son todos los libros; libro que cada uno interpreta á su manera, sin que él pueda decir á nadie porque no habla: "Detente que te engañas."



*La Biblia no es ni puede ser la regla de fe.*

La Biblia es verdaderamente la palabra de Dios. Nosotros los católicos lo sabemos tanto y aun mejor que los protestantes. Todo lo que contiene la Biblia, es una enseñanza divina; y sin embargo la Biblia no es ni puede ser regla de fe, en el sentido que lo pretenden los protestantes.

1º La Biblia no puede ser la regla de fe, porque Jesucristo no ha dicho á los Apóstoles: "Id y distribuir Biblias," sino lo siguiente: "Id y enseñad a todas las naciones; quien os oye á mí me oye." "El Cristianismo, dice el protestante Lessing estaba ya propagado, antes de que ninguno de los Evangelistas se pusiese á escribir la vida de Jesucristo. Rezábase el *Padre nuestro* antes que lo escribiese San Mateo, porque el Divino Maestro le había enseñado de *palabra* á sus discípulos, quienes de *palabra* le habían trasmitido á los primeros cristianos. Bautizábase en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, antes de que el mismo San Mateo consignase esta fórmula por escrito en su Evangelio; y se hacía así porque Jesucristo la había prescrito verbalmente á sus Apóstoles." (\*)

Esta primera prueba, que es una prueba de hecho, vale bien por cualquiera otra; y los protestantes no han encontrado nunca nada razonable que oponer á ella.

2º La Biblia no puede ser la regla de la fe, porque basta repasar los libros santos y especialmente los del Nuevo Testamento, para conocer que ellos no son un Catecismo, es decir, una enseñanza religiosa, clara y completa. Los Evangelios, los hechos de los Apóstoles, y en general todos los libros históricos, son únicamente relaciones religiosas, presentadas á la edificación de los fieles.

Las epístolas de San Pablo y de otros Apóstoles, son fragmentos particulares que tratan éste ó el otro punto de doctrina separadamente; y las más de las veces son res-

(\*) Lessing, *Bestrage fur Leschichte nud.* Tomo IV, pag. 182.

puestas á preguntas particulares ó alusiones á ciertos errores que ya no existen en el día. Los salmos, son ante todo, preces; y los libros de los profetas anuncios de la venida de Jesucristo y de los grandes destinos de su Iglesia. Jamás pretendieron los Apóstoles ni los demás autores sagrados, dar estos fragmentos escritos como un código de completa enseñanza, ni como fórmula de creencia. Esto es evidente, y salta á los ojos desde la primera lectura.

"Los Apóstoles, dice el célebre protestante Grocio, no tuvieron la intención de exponer detalladamente en sus Epístolas las doctrinas necesarias para salvarse. Las escribían *ocasionalmente* con motivo de las cuestiones que se les presentaban." (1)

3º La Biblia no puede ser la regla de fe, porque ella contiene una multitud de pasajes difíciles, los cuales por su divina profundidad, superan aun á las inteligencias más ilustradas. Los esfuerzos de los doctores de la Iglesia para penetrar el sentido de aquellos pasajes, esfuerzos que frecuentemente no han dado el apetecido resultado, son prueba suficiente de cuan difícil es comprender las Santas Escrituras. El mismo Lutero dijo: "Es cosa *imposible* profundizar el sentido de las Escrituras. Solamente podemos tocar en su superficie. Comprender su sentido, fuera maravilla. Hagan los teólogos cuanto quieran y puedan, siempre será una empresa superior á nuestra inteligencia, penetrar el misterio de la palabra divina. Sus sentencias son el soplo del Espíritu de Dios, por lo que desafían á la inteligencia del hombre." (2)

¿Pues qué se debe pensar de una regla de fe que por confesión de Lutero y de una multitud de protestantes, en lugar de explicar la fe, tiene ella misma necesidad de difíciles y largas explicaciones? Por lo demás, si les ocurriere á los protestantes negar las dificultades inherentes á la interpretación de la Biblia, sus mismas interminables disputas y disidencias sobre casi todos los textos del sagrado libro,

(1) Hugo Grocio, Ep. 582.

(2) Audin, *VIDA DE LUTERO*, tomo II, pag. 339.

hablarían con demasiada claridad. Pero aun hay otra cosa todavía más notable; y es que los pasajes más sencillos y más claros de las Santas Escrituras, son cabalmente los que han suscitado entre los protestantes más disputas y divisiones. Se han contado más de doscientas interpretaciones protestantes de estas cuatro palabras dichas por Nuestro Señor Jesucristo en la noche de la cena: *Este es mi cuerpo.*

4º En fin, la palabra de Dios contenida en la Biblia, no es ni puede ser la regla de fe para los cristianos: porque si lo fuera, la religión cristiana no sería la religión de los pobres y pequeñuelos, que cabalmente son aquellos á quienes Nuestro Señor Jesucristo amó con predilección. Pero este punto es digno de tratarse aparte.

XI

*El protestantismo no es ni puede ser la religión del pueblo.*

No, el protestantismo no se ha hecho para el pueblo. Jesús ama á los pobres y á los humildes; pero el protestantismo, dando por regla fundamental de fe la lectura de la Biblia, excluye del cristianismo al pueblo. En efecto, los pobres ó no saben leer y entoncés ¿de qué les sirve un libro? ó saben leer, pero no tienen tiempo para hacerlo, porque el trabajo de mano les absorbe todo su tiempo. Y ¿qué es un libro para el que no tiene tiempo de leer? Si el protestantismo tuviera razón: si para salvarse fuera necesario leer la Biblia, "en tal caso, dice el citado Luterano Lessing, cuanto os compadezco ¡oh hombres nacidos en países á cuya lengua no ha sido traducida la Biblia, ó que estais en tal condición social que por falta de conocimiento no podeis leerla, aunque la tengais traducida á vuestro idioma! Os creéis cristianos, porque estais bautizados. ¡Infelices! ¿No veis que es tan necesario saber leer como haber recibido el bautismo? Además temo que neciteis aprender el hebreo para estar seguros de que salvareis vuestras almas."

Nótese que durante los quince primeros siglos del cris-

tianismo, es decir hasta la invención de la imprenta, casi nadie sabía leer en el pueblo; [1] y que sería absurdo suponer que todos los que hallándose en ese caso vivieron hasta entonces, carecieron de los medios de llegar á la fe. Nótese además que según informes de las mismas sociedades protestantes, *es absolutamente imposible* traducir la Biblia en ciertos idiomas, porque éstos no tienen palabras para representar la mayor parte de las ideas contenidas en los libros santos. De manera que según esta confesión de los mismos protestantes, resultarían naciones enteras, que jamás pudieran llegar á la fe, si la fe se ha de formar por la lectura de la Biblia. ¡Qué absurdo!

Pero aun cuando todos los pobres supiesen leer ¿habrían con eso adelantado gran cosa? A cada paso, como acabo de demostrar, se verían embarazados en cada verso. Ni se diga que basta al pueblo que los pastores le lean y expliquen una vez por semana la Sagrada Escritura en sus prédicas. Las explicaciones no son más que opiniones personales, que no descansan en ninguna autoridad y que varían según el capricho de cada cual. Esa no es la palabra de Dios, sino la palabra del ministro protestante Fulano ó la del ministro protestante Zutano, cosa muy diferente.

Que el pueblo, pues, sepa ó no sepa leer, resulta siempre ser imposible que la Biblia le sirva de regla de fe. Si Dios hubiera establecido semejante regla, habría excluido de su Iglesia y de la salvación eterna á casi todos los hombres. Pensar así es una impiedad en que ningún verdadero cristiano incurrirá nunca.

Luego el protestantismo que nos viene á decir: "Tomad y leed mi Biblia: no necesitais ni Iglesia ni sacerdote: contentaos con sola la palabra de Dios contenida en la Escritura," no puede ser la religión del pueblo; y por consiguiente no puede ser ni es el verdadero cristianismo, porque el verdadero cristianismo es la religión para todos.

(1) En la misma Inglaterra, hasta el siglo XIII, eran tan pocos los que sabían leer, que para obtener el indulto de algún reo de la pena de muerte, bastaba alegar: "SABE LEER COMO UN CLERIGO. (Traductor.)

XII.

*Es imposible para un protestante saber si la biblia que lee es la palabra de Dios.*

Desafío á todos los protestantes pasados, presentes futuros á que me demuestren, sin faltar á sus propios principios, que la Biblia es verdaderamente la palabra de Dios.

Para mí que soy católico, la cuestión está resuelta. Yo sé lo que es la Sagrada Escritura. La Iglesia de Dios, autoridad infalible y viva, que Jesucristo ha establecido sobre la tierra, para hacerme conocer y practicar la verdadera fe, me presenta los libros santos y me dice en nombre de Jesucristo: "Estos libros son escritos por los Profetas y los Apóstoles. Ellos no solamente son auténticos, es decir, que no sólo son de los autores á quienes se atribuyen sino que son inspirados; es decir, que están escritos con la asistencia del Espíritu Santo; y contienen verdaderamente la palabra de Dios." Esto me dice la Iglesia; y yo, lógicamente en mi fe, digo y creo que la Biblia es la palabra de Dios.

Pero el protestante que rechaza la autoridad de la Iglesia, no puede discurrir así. Mudo se queda con la Biblia en la mano, cuando se le pregunta, porque cree lo que ese libro se contiene.

I. Preguntémosle primero ¿si los libros de la Biblia son auténticos, y cómo sabe él que están escritos por los Profetas y Apóstoles cuyos nombres llevan?

Sobre este punto nacen cuestiones históricas, muy embrolladas, y muchas de ellas, insolubles para la simple ciencia humana. "Cada individuo, dice el profesor protestante Schoerer, es invitado aquí á fallar en materias sobre las cuales difieren los doctores." El más sencillo de los fieles, antes de estar seguro de su fé, debe resolver cuestiones de *autenticidad, de crítica, y de historia*. . . . ¿Qué base para la sólida fe de los fieles! ¿Qué regla para la masa del pueblo cristiano." (\*) Nosotros los católicos no tenemos n

(\*) Schoerer, LA CRITICA Y LA FE.

cesidad de entrar en ese laberinto; pues la Iglesia nos afirma la autenticidad de la Sagrada Escritura, recibida y transmitida de siglo en siglo por la tradición de la misma Iglesia.

II. Pero aun en la hipótesis imposible, de que un protestante, pudiera saber ciertamente que los libros santos son auténticos, esto es, que todos ellos están escritos por los sagrados autores á quienes se atribuyen; ¿cómo sabrá este protestante que esos libros, son verdaderamente inspirados, que no son libros como cualesquiera otros?

No es imposible que San Pablo, San Juan ó San Mateo, hayan escrito una porción de cartas, y aun otros tratados de religión, que no fuesen inspirados. En este supuesto, sin el juicio infalible de la Iglesia, ¿cómo se distingue lo inspirado de lo no inspirado?

Si dice el protestante, que el Espíritu Santo asiste á todos los cristianos para hacer este discernimiento, yo le replicaré: ¿entonces cómo es que entre los mismos protestantes hay tan poco acuerdo sobre este punto? ¿cómo es que Lutero rechaza tal ó cual libro que venera Calvino? Y ¿cómo los sectarios de hoy admiten libros que desprecian sus mayores, por ejemplo el de Tobías, el de Ruth, el de Esther, la Epístola de Santiago, la de San Pablo á los hebreos etc? Aun sobre los cuatro Evangelios, no hay concordia entre los protestantes; y actualmente sucede que uno de sus ministros sólo admite el Evangelio de San Mateo y otro solo el de San Juan.

Si hay alguna cuestión fundamental, es esta de la *certidumbre* de la inspiración de los libros santos; y ella valdrá á cortar el paso á los protestantes, desde que ellos quisieran raciocinar con arreglo á la lógica. He aquí un *ance mortal*, para el protestantismo.

Así es que muchos protestantes que quieren ser lógicos, al derribar todo el edificio de su pretendida religión basado en un dudoso cimiento, pierden poco á poco las creencias que les quedaban y caen en el racionalismo ó en la indiferencia.

III. Concluyamos con una tercera reflexión. Aun suponiendo gratuitamente que un protestante pudiera llegar

á tener certidumbre de la autenticidad y de la inspiración de la Biblia, ¿cómo sabrá él que la traducción de que hace uso, y de la cual él mismo distribuye ejemplares, es *perfectamente* fiel; ó que por el contrario en esa traducción, cosa que frecuentemente sucede, no se dá el sentir erróneo del traductor, en vez del sentido verdadero y no comprendido del original?

Sobre esto hay que notar dos cosas: la primera que pocas personas saben el hebreo, á lo menos lo necesario para traducirle; y la segunda, que se ignora cual era la lengua en que algunos de los libros santos fueron originalmente escritos.

Lo repito, para nosotros los católicos, ninguna de éstas es dificultad, porque tenemos á la Iglesia que nos las ha resuelto; pero á los pobres protestantes, no sabiendo como salir del paso, no les quedan más que dos callejuelas, ó abandonar la partida, no ocupándose más de Biblia, de fe ni de religión; ó entregarse á largos y pesados estudios, en que careciendo de guía, llegan en fin por la senda de la duda á la negación de toda verdad. Esto es si quieren ser consecuentes á su falso principio del libre examen. Si no, echándole á un lado, creen en la inspiración de la Biblia, que el protestantismo es impotente para demostrarles, nada mas que por la *tradición católica*. Estos tales, cuyo número es grande, en cierto modo y hasta cierto punto, son católicos sin saberlo.

Cada vez que un protestante apela á la autoridad de la Biblia, invoca á su pesar la autoridad de la santa Iglesia católica, porque sin el infalible testimonio de esta Iglesia, es imposible demostrar la inspiración divina de la Escritura. *Evangelium non crederem, decía San Agustín en el siglo IV, nisi me commoveret Ecclesiae Catholicae auctoritas.* “Yo no creería en los Evangelios, si no, me obligase á ella la autoridad de la Iglesia católica.”

XIII.

*Hasta donde puede llevar el principio protestante que dá la Biblia como regla de fe.*

Si la Biblia interpretada, conforme á la pretendida inspiración de cada lector, fuese la regla de fe, cada cual estaría obligado á creer y hacer aquello que se le figurase encontrar en la Biblia.

De consiguiente, según ese falso principio, que es la base del protestantismo, los protestantes no pueden menos de aprobar las abominables y torpes locuras de tantas sectas que se apellidan evangélicas, desde la de los *anabaptistas*, hasta la de los *mormones*; las cuales se atreven á apollar sus infamias, en textos no comprendidos de la Sagrada Escritura. Además, los protestantes están obligados á reconocer por legítimos hermanos suyos, por buenos y lógicos protestantes, á esos anabaptistas, á esos Mormones, á esos innobles sectarios que son el oprobio de la humanidad.

¡Cuántas torpezas no han tomado por pretexto aquella palabra: “Creced y multiplicaos!” Los anabaptistas de Munster, y tras ellos otros muchos, sacaron de allí que podían ejercer la poligamia. Lutero, Bucero y Melancton, sacaron de no sé que otro pasaje del Evangelio, que podían permitir á Felipe, landgrave de Hesse, tener dos mujeres á la vez.

Siempre en nombre de la Escritura y de la palabra de Dios, Lutero excitó á los campesinos de Alemania á rebelarse contra los príncipes; y después, espantado de su propia obra, excitó á los príncipes para matar á los campesinos. Juan de Leyde descubrió, leyendo la Biblia, que debía casarse con once mujeres simultaneamente. Hermann vió en ella, que él era el Mesías enviado de Dios. Nicolás, que todo lo que se refiere á fe no es necesario; y que es necesario vivir en pecado, para que sobreabunde la gracia. Sympson pretende leer en la Biblia, que se debe andar desnudo por las calles, para mostrar á los ricos que deben despojarse de todo. Ricardo Hill, halla también en ella, que el

adulterio y el homicidio son cosas que operan para el bien; añadiendo que si á estos crímenes se añade el incesto, el que los cometa se hace más santo en la tierra y goza más en el cielo.

Lo confiesan los mismos protestantes honrados; no hay crimen ni abominación que no haya encontrado justificación en algún texto de la Sagrada Escritura, cuando se la interpreta sin sujeción á la tutelar autoridad de la Iglesia.

¿Pues qué debemos pensar de un principio, como este principio del protestantismo, que produce tales consecuencias?

XIV.

*¿Prohíbe la Iglesia católica que se lea la Biblia?*

La Iglesia, que ha recibido de las manos de Dios las Santas Escrituras, no tiene deseo más grande que el de ver á sus hijos nutriéndose de la divina palabra y meditando sus oráculos. Sin embargo, ella quiere que esta lectura excelente, vaya acompañada de ciertas precauciones, que la fe y la experiencia prescriben igualmente á su maternal prudencia. La Iglesia se acuerda de que Satanás se sirvió de la Sagrada Escritura para tentar á Jesucristo en el desierto; como también de que los escribas y fariseos combatían al Divino Maestro y á sus Apóstoles, en nombre de la palabra de Dios. No olvida tampoco la Iglesia, que el príncipe de los Apóstoles San Pedro, el primer Papa, hablando de las Escrituras divinamente inspiradas, enseñaba: "Que hay en ellas pasajes difíciles de comprender, los cuales hacen servir para su propia ruina, depravándolos algunos hombres sin doctrina y de voluble espíritu, y que lo mismo sucede con todas las Escrituras." (Ep. 2<sup>a</sup> de San Pedro, cap. 3<sup>o</sup> ver. 16.) Más aún: la misma Sagrada Escritura es la que obliga á la Iglesia á dar con prudencia este divino alimento á sus hijos. La experiencia se une á la fe en esta materia tan grave; y el ejemplo de lo sucedido

con todos los herejes, especialmente con los herejes modernos, la ha hecho ver que esa lectura de la Biblia pudiera ser muy peligrosa en ciertas condiciones, y especialmente en las traducciones hechas á la lengua vulgar. De todo esto ha sacado la Iglesia algunas reglas muy sencillas y muy sábias, las cuales han sido impuestas por ella, no para impedir la lectura de la Biblia, sino para evitar los peligros que la acompañan.

La primera de esas reglas es que debemos recibir de los legítimos pastores de la Iglesia, solamente ellos, el texto y la interpretación de la Sagrada Escritura, no sea que, como añade el Apóstol San Pedro: "hechos juguete de los errores de falsos doctores, los cristianos pierdan aquella solidez de doctrina que les es propia." (*Ne insipientium errore traducti, excidatis á propria firmitate.*)

Luego la Iglesia ordena que no se haga uso de ciertas traducciones de la Sagrada Escritura, cuidadosamente examinadas y aprobadas por la autoridad eclesiástica, para que así los fieles, cuando la lean, estén seguros de que leen la palabra de Dios y no la humana palabra de algún traductor ignorante ó pérfido. Además, quiere la Iglesia que se consulte su autoridad, antes de leer la Escritura, para saber si el que pretende hacer esa lectura, está con las disposiciones convenientes de inteligencia y de corazón, para sacar provecho de semejante lectura. Basta referir estas reglas prácticas, para hacer comprender la profunda sabiduría que las ha dictado. Pero ellas son, no solamente sábias, sino también necesarias.

Con esto la Iglesia muestra cuanto más caso hace ella de la santa palabra de Dios, que no esos temerarios novatores; los cuales bajo pretexto de poner aquella divina palabra al alcance de todos, la han arrojado al cieno y profanado indignamente. La Iglesia católica sola respeta la Biblia, porque ella es la única que conoce su santidad y comprende su verdadero uso.

Pero añadiré aquí un hecho que muchos ignoran, á saber, que se lee mucho más la Sagrada Escritura en el seno de la Iglesia católica, que entre los protestantes, á lo me-

nos los de Francia. En la misa se leen cada día pasajes del Antiguo Testamento, ó de las Epístolas de los Apóstoles, como también los textos más notables é importantes del Evangelio. Muchos católicos llevan consigo el Nuevo Testamento, ó por lo menos los cuatro Evangelios, cuya práctica piadosa es de regla en los Seminarios. Pocos sacerdotes hay que no consagren cada día cierto tiempo, á la lectura y meditación de la Sagrada Escritura. Yo no sé si los pastores protestantes leen mucho la Biblia; pero me consta que no la leen sus ovejas. En muchas familias protestantes los padres prohíben, y por cierto no sin razón, esa lectura á sus hijos, pues hay muchos pasajes que prudentemente no se pueden poner á la vista de los jóvenes de ambos sexos.

La Sagrada Escritura es ante todo un libro sacerdotal, el libro de los presbíteros; los cuales como encargados de enseñar y santificar á los fieles, reciben este depósito, el más precioso después de la Eucaristía. Ellos le explican al pueblo, alimentando á las almas con las divinas verdades, de que ellos se han nutrido previamente á sí mismos. Ellos son los que tienen la misión de hacer amar y respetar la Sagrada Escritura, distribuyendo su contenido á cada uno según sus necesidades, conservando así la palabra de Dios su caracter esencial, que es el de ser *luz y vida*.

Los sacerdotes santos, y los verdaderos cristianos, tienen á la Sagrada Escritura un respeto y un amor inefables. El grande Arzobispo de Milán, San Carlos Borromeo, que fué el ilustre reformador del clero en Italia durante el siglo XVI, no leía la Biblia sino de rodillas y con la cabeza descubierta, habiéndosele visto alguna vez hasta cuatro horas seguidas, ocupado en este divino trabajo. San Felipe Neri regaba con sus lágrimas las sagradas páginas, que sabía de memoria. Lo mismo le sucedía á San Francisco de Sales y á San Vicente de Paul. El Sr. Olier, reformador de la disciplina eclesiástica en Francia, tenía á la Biblia en una veneración admirable. Había hecho empastar un ejemplar en plata maciza y jamás le ponía al lado de los otros libros. Antes de abrirle se vestía de sobrepelliz y leía de rodillas, como

San Carlos, á pesar de sus enfermedades. La piadosa compañía de San Sulpicio, que dirige una gran parte de los Seminarios de Francia, inspira esos mismos sentimientos de religión á los jóvenes eclesiásticos, los cuales se apresuran á seguir esa dirección tan católica. *Jesús es el Maná oculto de las Escrituras.* ¡Bienaventurado el que le encuentra! ¡Dichosa el alma fiel que con la luz de la Santa Iglesia y de la verdadera fe, estudia con espíritu de piedad, con amor y con deseo de santificarse, la adorable palabra de Dios, haciendo de ella después del Santísimo Sacramento del Altar, el sólido alimento de una virtud positiva y verdadera!

### XV.

#### *Por qué las sociedades bíblicas están condenadas por la Iglesia.*

Preguntábame un católico muy piadoso, que medita la Sagrada Escritura para robustecer su vida religiosa: ¿si las sociedades bíblicas no hacían una cosa útil á las almas, sirviendo de auxiliares á la Iglesia católica, sin saberlo cuando, distribuyen á racimos los ejemplares de la Biblia? Este buen hombre se maravillaba de que el Papa Gregorio XVI, hubiese marcado indeleblemente á esas sociedades, con un sello de reprobación, llamándolas *Pestes*.

La respuesta está dada por un protestante alemán, hombre de claro talento, el Doctor Leo, el cual dice sobre este particular: "El Papa ha llamado *Pestes* á las sociedades bíblicas; y si yo fuera Papa é italiano, confieso que haría lo mismo. Tengamos la buena fe de examinar un poco lo que van á hacer en los países católicos esos emisarios de las sociedades protestantes inglesas, con una falta sin límites de delicadeza y pudor. Todos los medios les parecen buenos para propagar la Biblia. La ponen, sin discernimiento en las manos de los hombres menos aptos para comprenderla. Siembran doctrinas que infunden confusión en los espíritus, hieren la moralidad, minan la autoridad social y el órden eclesiástico; y en resúmen, son

una acción revolucionaria. Las sociedades bíblicas en estos últimos tiempos, han servido de instrumento á los autores de las maquinaciones execrables, que han trastornado la Italia: además, el celo protestante abre un camino á la política y al comercio inglés, que se introducen en Italia con una Biblia en la mano. La Biblia es la piel de oveja con que se disfraza el lobo.”

He aquí la cuestión juzgada por un protestante. La Biblia protestante no es mas que una hipócrita piel de oveja, con que se disfrazan á la vez la ineredulidad y la revolución.

XVI.

*La Biblia, toda la Biblia, nada mas que la Biblia.*

He aquí el grito que el vulgo protestante, así como sus grandes doctores no cesan de dirigir á los católicos. “La Biblia es toda la religión. Si leéis la Biblia, estais seguro de encontrar en ella la fe y la salvación. Si quereis quitarnos de las supersticiones romanas, leed la Biblia. Si aspirais á tener una religión cómoda, fácil y sin prácticas severas, haceos de una Biblia. Si deseais contaros por convertido y predestinado, aceptad una Biblia.” He aquí la charla protestante.

Pero aunque es falso é imposible un principio, según el cual un libro, diversamente interpretado, pueda ser la regla de la fe, todavía los protestantes que lo han inventado, si fueran menos ilógicos, deberían respetarle y tomarle por lo sério. Sin embargo, nada de eso; y no hay mas que abrir una Biblia, para encontrar entre el texto sagrado y las doctrinas protestantes, enormes contradicciones sobre los puntos más importantes. Véamoslo.

*Creencias y prácticas protestantes.*

Los ministros protestantes dicen: “No hay otra autoridad en religión que la Biblia. A ella sola se debe creer. Toda enseñanza que viene por medio del hombre, si es que no reproduce el texto de la Biblia, es usurpación y mentira.”

Los ministros protestantes dicen: “En religión no hay que obedecer á nadie, sino á la Biblia, á la pura palabra de Dios.”

Los ministros protestantes dicen: “Los obispos están de sobra, su ministerio es usurpado.”

Los ministros protestantes dicen: “La Escritura es fácil de entender; y leyéndola está uno al abrigo de todo error.”

El Divino Salvador, como es sabido, nada escribió, ni recomendó á los Apóstoles que escribieran, ni dijo palabra alguna que indicara á los cristianos, que ellos deberían leer

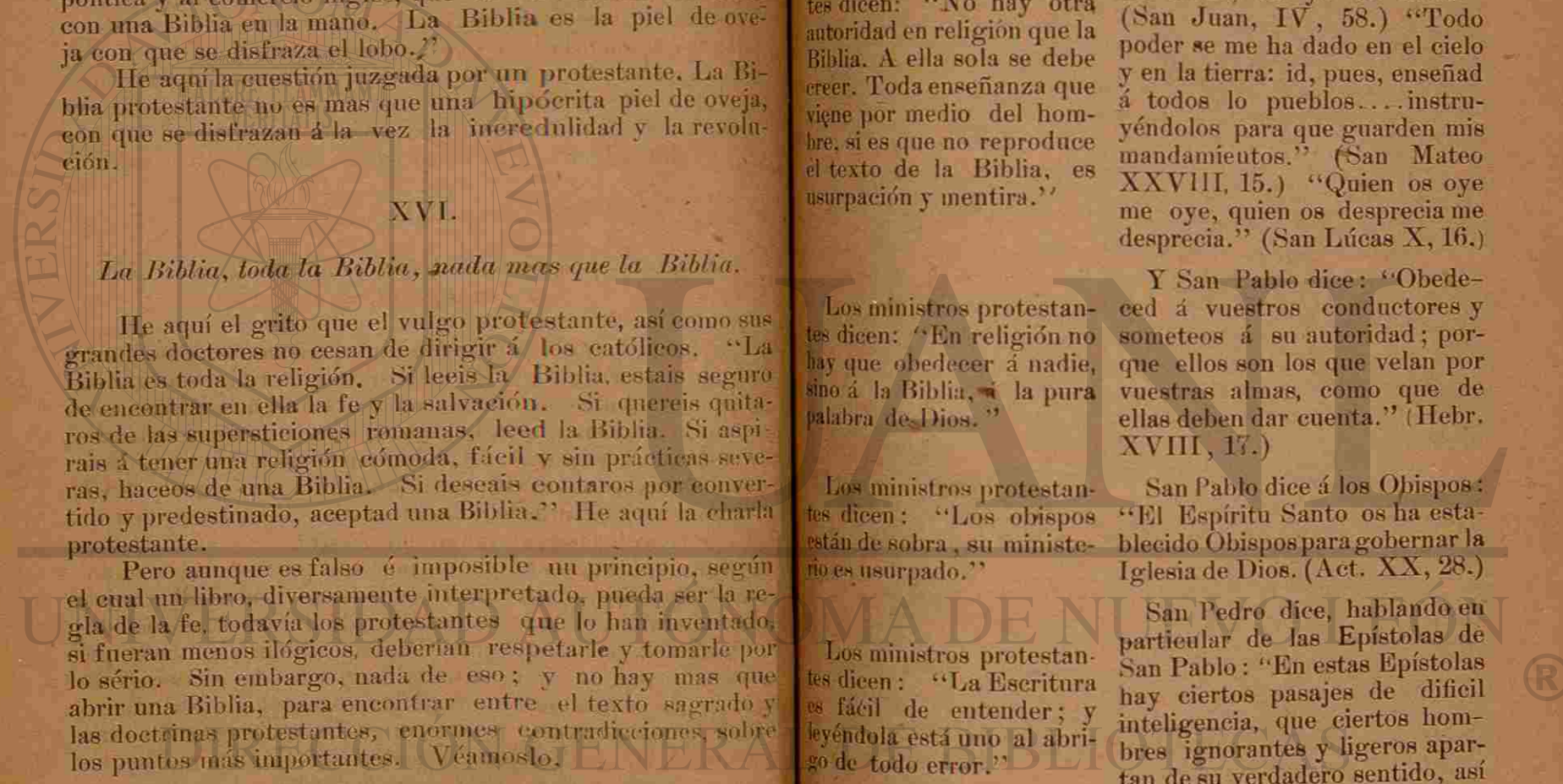
*Textos de la sagrada Escritura*

Jesucristo dijo á los doce Apóstoles: “Como mi Padre me envió, así yo os envié.” (San Juan, IV, 58.) “Todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra: id, pues, enseñad á todos lo pueblos... instruyéndolos para que guarden mis mandamientos.” (San Mateo XXVIII, 15.) “Quien os oye me oye, quien os desprecia me desprecia.” (San Lucas X, 16.)

Y San Pablo dice: “Obedeced á vuestros conductores y someteos á su autoridad; porque ellos son los que velan por vuestras almas, como que de ellas deben dar cuenta.” (Hebr. XVIII, 17.)

San Pablo dice á los Obispos: “El Espíritu Santo os ha establecido Obispos para gobernar la Iglesia de Dios. (Act. XX, 28.)

San Pedro dice, hablando en particular de las Epístolas de San Pablo: “En estas Epístolas hay ciertos pasajes de difícil inteligencia, que ciertos hombres ignorantes y ligeros apartan de su verdadero sentido, así como las otras criaturas, para su propia ruina.” (Pet. II, III, 16.)



lo que escribieran los Apóstoles. Así es que en la primitiva Iglesia se oraba, se ayunaba, se recibía el bautismo y la santa comunión, se practicaba la religión entera y se obtenía la salvación, sin leer el Evangelio, que aun no estaba escrito. Esta pequeña observación, que ya he sometido al juicio del lector en otra parte, echa por tierra el gran dogma protestante, de que es necesario leer la Escritura, para conocer la religión y salvarse. ¿Pues qué ha hecho Nuestro Señor Jesucristo para establecer y conservar la religión? Ha mandado á los Apóstoles que la prediquen y esto es todo. Los Apóstoles juzgaron útil poner por escrito una parte de su enseñanza, y los rasgos principales de la vida de su Divino Maestro, que son los que forman el Evangelio. Por lo demás, ellos continuaron enseñando de viva voz, y esta es la *tradicción*. Así es que la *tradicción* tiene una autoridad divina, lo mismo que el Evangelio. Pero volvamos á los testos, para ver si lo que dicen los ministros protestantes concuerda con la Sagrada Escritura.

Los ministros protestantes dicen: "No queremos tradiciones."

Los ministros protestantes dicen: "Todo lo que Jesús ha hecho y dicho se encuentra en el Evangelio."

Los ministros protestantes dicen: No hay otra doctrina de los Apóstoles, sino la que nos dejaron escrita."

San Pablo dice: "Conservad las tradiciones que habeis recibido, ya por mis discursos, ya por mis cartas." (Thess. II, 14.)

San Juan dice al concluir su Evangelio: "Jesús ha hecho aún otras muchas cosas." (Joan XXI, 25.)

San Pablo dice al Obispo Timoteo: "Lo que has aprendido de mí delante de muchos testigos, dalo en depósito á hombres fieles, que sean capaces de instruir á otros." [II, Tim. II, 2.] Y San Juan dice: "Aunque tuviera muchas cosas todavía que escribieron, no he querido hacerlo con papel y tinta, esperando ir á veros y hablaros de viva voz."

Los ministros protestantes dicen: "La justificación y la salvación del hombre se alcanza por la fe sola. Las obras son inútiles y sin eficacia."

Santiago <sup>Ande 1625 MONTELEONE, MEXICO</sup> dice: Hermanos míos. ¿De qué os servirá haber tenido la fe sin las obras? ¿La fe sola podrá salvaros? Así es, que la fe sin la obra es fe muerta.... Nuestro Padre Abraham ¿no se justificó por las obras cuando ofreció á su hijo Isaac? Ya veis, pues, que por las obras se justifica el hombre y no solamente por la fe." [II, 14 y sig.]

Cuando se emprendió la pretendida Reforma, un pintor tuvo la ocurrencia de pintar un cuadro del Santísimo Sacramento. En medio estaba Nuestro Señor Jesucristo, dando la comunión á los Apóstoles y pronunciando las sagradas palabras: "Este es mi cuerpo." Un poco más abajo, estaba á un lado Lutero, dando la cena á los suyos y diciendo: "Este contiene mi cuerpo;" y Calvino al otro lado hacía lo mismo, diciendo: "Esta es la figura de mi cuerpo." En el fondo escribió el artista: ¿A cuál de los tres debemos creer? Este cuadro era más elocuente que los largos discursos.

Los ministros protestantes dicen: "El Salvador no ha querido dar su carne á comer; ese es un error forjado por la Iglesia Romana."

Nuestro Señor Jesucristo dice por S. Juan, cap. VI, vers. 48 y siguiente: "Yo soy el pan vivo bajado del cielo... El que coma de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo." Los judíos disputaban entre sí, diciendo: ¿Cómo nos dará éste su carne á comer? Y Jesús les dijo: "En verdad, en verdad os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebeis su sangre, no tendreis vida en vosotros, porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre verdaderamente bebida."



Los ministros protestantes dicen: "Solo Dios perdona los pecados. El no ha comunicado á los hombres el poder de perdonarlos."

Fácil sería proseguir en esta confrontación, que hace evidente la oposición que reina sobre una multitud de puntos, entre la enseñanza de los pastores protestantes y la palabra de Dios, á la cual dicen ellos que altamente veneran, protestando que la aceptan en su totalidad. En vista de esta demostración ¿á qué queda reducido el famoso tema de los protestantes "La Biblia y toda la Biblia?"

De ahí es que muchos protestantes, viendo esas consecuencias, se avanzan hasta desechar enteramente la Biblia, sobre la cual no pueden apoyar sus doctrinas. Una turba de pastores protestantes, la considera como un libro puramente humano. El Magistrado de Berlín decía al rey de Prusia, en una alocución que le dirigió á nombre del protestantismo berlinés: "Para la mayoría de los protestantes, la Escritura y los libros simbólicos, son testimonios sobre el trabajo de formación del cristianismo *son obras puramente humanas*; más no está ahí la verdad absoluta." [1]

Para dar el último toque á este cuadro, el profesor Schoerer, de Ginebra, adversario declarado de la inspiración de la Biblia, llama á las Santas Escrituras: *Una ventrílocua cabalística*. [2]

¡He aquí lo que el protestantismo ha hecho por la Biblia!

(1) Memoria sobre la instrucción pública en Alemania, por E. Rendu.

(2) La crítica y la fe, pags. 20 y 22.

## XVII.

### *Los sacerdotes católicos y los ministros protestantes.*

Se forma frecuentemente, á lo menos en Francia, una idea muy errada de los ministros protestantes, considerándolos como una especie de sacerdotes revestidos de un carácter sagrado y especial, que distinguiéndolos de los demás sectarios, les dá sobre éstos autoridad en materia de religión. Gracias á esta equivocación, que dichos ministros conocen y explotan, se suele poner en paralelo al protestantismo y sus ministros, con la Iglesia y sus sacerdotes. Pero la base de esa idea es radicalmente falsa y es bueno aclarar estas cosas.

¿Qué es un sacerdote?

Un sacerdote es un hombre consagrado á Dios exclusivamente, por medio del sacramento del orden que ha recibido, y este sacramento le imprime, en nombre de Jesucristo, un carácter inviolable y santo; le da la potestad, al mismo tiempo que le impone el deber de enseñar á los hombres, de celebrar el sacrificio de la Misa, de perdonar los pecados y de santificar al pueblo fiel. Por este sacramento, el sacerdote participa de la autoridad de Jesucristo sobre las almas. Por ese mismo sacramento se hace sacerdote para siempre, tanto, que siempre es y será sacerdote, aun cuando no quisiera serlo; de manera que el poder y la santidad de su ministerio, son absolutamente independientes de sus cualidades personales.

Veamos ahora lo que es un ministro protestante. Es difícil definirle, porque el ministro protestante, lo mismo que el protestantismo, es un Proteo, que siempre se desliza entre las manos, cuando se cree tenerle aprehendido. Lo que respecto de él es verdad en París, no lo es en Londres; y si se llega á dar de él una buena definición en la capital de Inglaterra, esa definición resultará defectuosa en la capital de Prusia, y así sucesivamente.

Sin embargo, en medio de esa variedad de especies, queda el género; y éste, visto en conjunto, ha sido defini-

nido por el conde de Maistre, en los siguientes términos: "Un pastor protestante es un señor vestido de negro, que los domingos dice en el púlpito ocurrencias decentes."

Yo, con mayor severidad, diría que el ministro herético es un hombre que se toma la culpable misión de atacar, en nombre del Evangelio, á la Iglesia de Jesucristo, y de propagar ó de conservar el error entre los hombres.

Digo que él se toma esta misión, porque Dios no se la dá. Dios ha enviado á los hombres, los Apóstoles y los sucesores de los Apóstoles, que son los pastores de la Iglesia católica, con la cual está de continuo el mismo Dios. He aquí la misión divina, la única misión pastoral y evangélica. La imposición de manos, los nombramientos de los consistorios protestantes y los sueldos pagados por el gobierno, no pueden conferir un carácter religioso, ni pueden dar una misión divina. Nada reemplaza al Espíritu Santo, ni suple al sacramento del orden.

Digo además, que el ministro protestante es culpable y muy culpable, porque él ataca la obra de Jesucristo, combate á la verdadera fe, é incurre en el anatema de San Pablo, lanzado contra todo hombre que predica una doctrina opuesta á la de la Iglesia. Quiéralo ó nó, esté ó no esté en la buena fe, el ministro herético hace la obra del demonio, arrebatando á los cristianos la fe, que es el fundamento de la salvación.

Las buenas cualidades que pueden tener los ministros protestantes, en nada cambian la cuestión, porque su oficio es el perverso, no su persona. Si tienen regularidad de conducta y talento, apreciamos su persona; más no por eso su obra anticatólica es menos detestable, ni menos digna de que toda alma cristiana la abomine. Los hombres superficiales confunden ordinariamente dos cosas: olvidan el fondo por la forma, el hombre les hace olvidar al hereje.

¿Sabeis en qué consiste realmente la fuerza, si alguna tienen, de los pastores protestantes? No está esa fuerza ni en sus palabras, ni en sus doctrinas, ni en sus virtudes, sino que por un instinto católico, en sí verdadero, pero ilógico en ellos, han conservado los protestantes, á su pesar,

una autoridad visible, viva y elocuente en materia de religión. En esto se ve, como en todo, que en el protestantismo no hay nada vivo, sino lo que usurpa al catolicismo. Pero es cosa deplorable ver algunas pobres almas, á veces buenas y honradas, entregadas á la dirección de hombres sin creencias fijas, que cambian á cada viento de doctrina, y que frecuentemente no creen en nuestro Señor Jesucristo.

Se injuria al sacerdocio católico, comparándole con los ministros de las sectas protestantes. Así como el protestantismo no es una religión, dígase lo que se quiera, tampoco sus ministros tienen la autoridad de *sacerdotes*, por más que ellos hagan para darse aires de tales.

Me parece inútil hacer aquí un paralelo, entre los misioneros católicos y esos que se llaman misioneros protestantes. Todo el mundo conoce la nulidad religiosa de esas pretendidas misiones, que más se ocupan del comercio inglés del algodón y del opio, que de la gloria de Dios. Su principal resultado, bajo el punto de vista de la fe, es contrariar el celo de nuestros Apóstoles mártires.

### XVIII.

*En qué sentido el sacerdote católico es mediador entre Dios y los hombres.*

Sucede con frecuencia que los ministros protestantes, imitando á Rousseau y Voltaire, echan en cara á los sacerdotes católicos, que se ponen entre Dios y el hombre, interceptando las comunicaciones del Criador con la criatura. Fundado sería este reproche, si los sacerdotes católicos se colocasen en esa posición sin orden del cielo, como efectivamente lo hacen los pastores protestantes. Pero los sacerdotes católicos no cometen en esto una usurpación, pues no hacen más que obedecer á Aquel que los ha enviado para predicar la religión verdadera, para combatir los errores, para santificar y salvar las almas, para absolver los pecados y para dispensar á los fieles los divinos misterios.

nido por el conde de Maistre, en los siguientes términos: "Un pastor protestante es un señor vestido de negro, que los domingos dice en el púlpito ocurrencias decentes."

Yo, con mayor severidad, diría que el ministro herético es un hombre que se toma la culpable misión de atacar, en nombre del Evangelio, á la Iglesia de Jesucristo, y de propagar ó de conservar el error entre los hombres.

Digo que él se toma esta misión, porque Dios no se la dá. Dios ha enviado á los hombres, los Apóstoles y los sucesores de los Apóstoles, que son los pastores de la Iglesia católica, con la cual está de continuo el mismo Dios. He aquí la misión divina, la única misión pastoral y evangélica. La imposición de manos, los nombramientos de los consistorios protestantes y los sueldos pagados por el gobierno, no pueden conferir un carácter religioso, ni pueden dar una misión divina. Nada reemplaza al Espíritu Santo, ni suple al sacramento del orden.

Digo además, que el ministro protestante es culpable y muy culpable, porque él ataca la obra de Jesucristo, combate á la verdadera fe, é incurre en el anatema de San Pablo, lanzado contra todo hombre que predica una doctrina opuesta á la de la Iglesia. Quiéralo ó nó, esté ó no esté en la buena fe, el ministro herético hace la obra del demonio, arrebatando á los cristianos la fe, que es el fundamento de la salvación.

Las buenas cualidades que pueden tener los ministros protestantes, en nada cambian la cuestión, porque su oficio es el perverso, no su persona. Si tienen regularidad de conducta y talento, apreciamos su persona; más no por eso su obra anticatólica es menos detestable, ni menos digna de que toda alma cristiana la abomine. Los hombres superficiales confunden ordinariamente dos cosas: olvidan el fondo por la forma, el hombre les hace olvidar al hereje.

¿Sabeis en qué consiste realmente la fuerza, si alguna tienen, de los pastores protestantes? No está esa fuerza ni en sus palabras, ni en sus doctrinas, ni en sus virtudes, sino que por un instinto católico, en sí verdadero, pero ilógico en ellos, han conservado los protestantes, á su pesar,

una autoridad visible, viva y elocuente en materia de religión. En esto se ve, como en todo, que en el protestantismo no hay nada vivo, sino lo que usurpa al catolicismo. Pero es cosa deplorable ver algunas pobres almas, á veces buenas y honradas, entregadas á la dirección de hombres sin creencias fijas, que cambian á cada viento de doctrina, y que frecuentemente no creen en nuestro Señor Jesucristo.

Se injuria al sacerdocio católico, comparándole con los ministros de las sectas protestantes. Así como el protestantismo no es una religión, dígame lo que se quiera, tampoco sus ministros tienen la autoridad de *sacerdotes*, por más que ellos hagan para darse aires de tales.

Me parece inútil hacer aquí un paralelo, entre los misioneros católicos y esos que se llaman misioneros protestantes. Todo el mundo conoce la nulidad religiosa de esas pretendidas misiones, que más se ocupan del comercio inglés del algodón y del opio, que de la gloria de Dios. Su principal resultado, bajo el punto de vista de la fe, es contrariar el celo de nuestros Apóstoles mártires.

### XVIII.

*En qué sentido el sacerdote católico es mediador entre Dios y los hombres.*

Sucede con frecuencia que los ministros protestantes, imitando á Rousseau y Voltaire, echan en cara á los sacerdotes católicos, que se ponen entre Dios y el hombre, interceptando las comunicaciones del Criador con la criatura. Fundado sería este reproche, si los sacerdotes católicos se colocasen en esa posición sin orden del cielo, como efectivamente lo hacen los pastores protestantes. Pero los sacerdotes católicos no cometen en esto una usurpación, pues no hacen más que obedecer á Aquel que los ha enviado para predicar la religión verdadera, para combatir los errores, para santificar y salvar las almas, para absolver los pecados y para dispensar á los fieles los divinos misterios.

Así como la Santa y admirable humanidad del Salvador, mientras El vivía en carne mortal, no interceptaba la comunicación de la Divinidad con el mundo; tampoco la intervención de los sacerdotes, después de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo al cielo, intercepta sus comunicaciones con las almas. Al contrario el Dios hecho hombre enseñaba y bendecía á los hombres; siendo su santa y adorable humanidad el medio instituido divinamente para establecer la religión, es decir, el vínculo para unir al hombre con Dios. Como el misterio de la Iglesia subsistente sobre la tierra, es la continuación del misterio de la Encarnación, nada tiene de extraño que nuestro Señor Jesucristo, vuelto á su Eterno Padre que le había enviado, envíe á otros para que continúen su misión. Esta es la misión del sacerdocio católico. Dios se sirve de hombres para cumplir su obra entre los hombres.

Nuestro Señor Jesucristo ejerce su autoridad, por medio de sus legítimos sacerdotes, y éstos no tienen nada, sino lo que Aquel ha dado. Por medio de su Vicario el Papa, gobierna y enseña Jesucristo infaliblemente á su Iglesia: por medio de los obispos y sacerdotes subordinados al Papa, Jesucristo apacienta á las almas; de modo, que cuando los protestantes acusan á la Iglesia de usurpar los derechos de Dios, estos pobres extraviados dan prueba de que no entienden el misterio de la humana redención y salud.

### XIX.

#### *De las ciencias y de las controversias de los ministros protestantes.*

A primera vista los ministros protestantes parecen muy instruidos en materia de religión; pero haciendo con ellos una prueba algo minuciosa, se descubre la poca solidez de su saber, el cual es casi siempre un saber protestante, es decir, negativo. Ellos tienen una erudición belicosa, puramente belicosa, que no está animada del santificante amor á la verdad, sino del ódio nada santificante, de todo lo que es católico.

En las disputas y controversias, se les ve llegar con un lujo increíble de libros, de citas, de textos, de hechos y fechas; con lo cual la mayor parte de los oyentes, deslumbrados por aquel artificio, están tentados á tomar por verdaderos sabios á aquellos señores.

Pero no es nada. Algunos de ellos, bien lo sé, forman una excepción, porque realmente estudian y se distinguen. Tales son, particularmente algunos alemanes, y muchos individuos de la que en Inglaterra se llama *alta Iglesia Anglicana*, los cuales, por sus muchos estudios, se acercan cada día más á la fe católica. (\*) Pero haciendo este homenaje á los hombres doctos y amigos de la verdad que haya entre los ministros protestantes, es necesario reconocer que su número es corto, especialmente entre los de Francia. La erudición de estos últimos, se compone, en general, de un cierto número de pasajes de los Santos Padres, alterados ó torcidamente interpretados: de algunos hechos más ó menos auténticos que á primera vista parecen contradecir algunos dogmas ó algunas prácticas de la Iglesia; y en fin, de una lluvia de textos de la Biblia, que ellos no comprenden. Es inútil decir que esas armas se les han roto y pulverizado veinte veces, por los grandes controversistas católicos, como Belarmino, el docto Suárez, San Francisco de Sales, Fenelón, Bossuet, etc. Las armas son las mismas desde el tiempo de Lutero. A falta de otras, los sectarios las usan siempre con un nuevo gusto.

Concíbese que cuando no se ha estudiado esta materia en particular, un católico y aún algún eclesiástico, de pronto se halle embarazado con las objeciones de los herejes; pero el más ligero examen, la más mediana investigación,

(\*) De entre esos ministros protestantes, distinguidos por su saber, han salido la mayor parte de los convertidos al catolicismo, cuyo número es muy crecido. El Padre Ventura le calculaba en dos MIL. Además de eso, los que no han abjurado la herejía para entrar en la comunión católica, van abandonando paulatinamente sus errores; pues públicamente, como puede verse en su órgano, el semanario THE UNION, predicán la presencia real, la confesión auricular, el celibato eclesiástico, etc.— [Traductor.]

basta para resolver todas sus dificultades. Sin embargo, ellos son astutos; y cuando sorprenden á alguien desprevenido, no dejándole tiempo para ocurrir á las fuentes, atribuyen á derrota su momentáneo embarazo.

Estas observaciones hacen comprender porqué la Iglesia, aunque está tan segura de la verdad de su doctrina y de la futilidad de las aserciones de los herejes, ordena á los fieles anden con reserva, en cuanto á entrar en debates con los ministros protestantes; y prohíbe asistir á sus prédicas, como también leer sin licencia competente los libros heréticos. No es esto por miedo, sino por prudencia. La prudencia es madre segura.

XX.

*Por qué no se casan los sacerdotes católicos como los ministros protestantes.*

Un día, echaba en cara cierto ministro protestante á un estudiante joven, su mala conducta, y éste le contestó: "Hablar cuesta poco, señor ministro; pero recuerde Vd. que Lutero, dijo: que era tan imposible dejar de casarse como dejar de comer, por lo cual Vd. mismo está casado. Yo también me casaría, si tuviera con qué soportar las cargas del matrimonio; pero es el caso, que no tengo sino veinte años de edad, y que ni el gobierno ni las sociedades evangélicas me dan, como le dan á Vd., con que mantener á su familia. Pues mientras que mejoro de fortuna me arreglo como puedo."

Curioso sería saber qué contestó á este argumento el ministro protestante, casado en virtud del falso y herético principio, de que el celibato es contra la naturaleza.

Si á un sacerdote católico se le hubiera hecho semejante argumento, él habría contestado con las palabras de San Pablo: "*Imitatores mei estote, sicut et ego Christi.*" "Imitadme como yo imito á Cristo." Sed casto como yo lo soy, con la gracia de Dios, y no digais que eso es im-

posible, porque lo que yo puedo hacer, lo podeis hacer vosotros, mediante esa gracia, que el Señor no niega á quien la necesita y se la pide.

Por lo demas, el celibato es el que permite á los sacerdotes entregarse enteramente al ejercicio del sagrado ministerio. Abrazándole el estado eclesiástico, ellos se obligan, por su entera libertad y después de una larga prueba, á guardar continencia perfecta; y aunque esta obligación no sea de institución divina, ella entraña una admirable sabiduría. La Iglesia ha sabido bien lo que hacía, estableciendo como precepto para los eclesiásticos de orden sacro, lo que era de consejo evangélico y apostólico, (\*) el celibato; así como el demonio sabe bien lo que hace, cuando trabaja y hace declamar contra esta saludable institución.

Si los sacerdotes católicos fueran casados, ¿creeis que se sacrificarían como muchos de ellos lo hacen todos los días? ¿Creeis que no lo pensarían mucho, antes de ir á ponerse al lado de un enfermo atacado de un mal contagioso, antes de dar en limosnas al prójimo las últimas economías de su escasa renta. El primer prójimo del hombre casado, son su mujer y su hijo.

Por otra parte, jamás se admitirá en países católicos por el pueblo, la idea de un sacerdote casado. El sacerdocio y el matrimonio no van á la par. Aun los pastores protestantes, á pesar de saberse que su oficio es una caricatura del verdadero sacerdocio, se hacen ridículos por el tren que van arrastrando. Nada más grotesco que lo que de sí mismo refiere un ministro protestante, M. Bost. La relación de sus correrías apostólicas, de sus predicaciones, de sus vocaciones diversas y de sus cambios de convicciones, va entreverada con necias historias de sus cuidados matrimoniales, de sus calderos y de su batería de cocina. Con su mujer, once hijos, dos criados, un piano y unos canarios, el

(\*) Es bueno hacer observar, que si en los primeros siglos la Iglesia permitió algunas veces ordenar á hombres ya casados, nunca permitió que el ya ordenado se casase.

malhadado apóstol se pasea, llevando en todo *trece mil libras*, (expresión textual) de bagajes evangélicos.

¡Cómo recuerda esto al cristianismo primitivo de San Pablo y su bordón!

XXI.

*De como Nuestro Señor Jesucristo y sus Apóstoles, no son del mismo modo de pensar que los ministros protestantes, sobre el celibato religioso.*

Pocas cuestiones hay tan claramente resueltas en la *Biblia* como la cuestión del celibato religioso. La Iglesia no hace más que repetir al pié de la letra, sobre este punto delicado, lo que enseñan el Divino Salvador y el grande Apóstol San Pablo.

Los fariseos habían ido á preguntar á Nuestro Señor Jesucristo, sobre el matrimonio; y el Divino Maestro declaró solemnemente, que es indisoluble. Los Apóstoles espantados de la dura condición de las personas casadas, le hablan á su vez. Si es tal, le dicen, la condición del hombre con su esposa, es mejor no casarse: "*Non expedit nubere.*" Jesús les responde: "No todos comprenden esta palabra, sino solamente aquellos á quienes ha sido dado comprenderla. "*Non omnes capiunt verbum istud sed quibus datum est.*" Y añade: "Hay quienes se abstienen del matrimonio para ganar el reino de los cielos: que lo entienda el que pueda entenderlo: "*Sunt qui eunuchi facti sunt propter regnum caelorum; qui potest capere capiat.*" (San Mateo, cap. XIV, vers. 10 y siguientes.)

Parece que los ministros protestantes, aunque se den el título de evangélicos, no son del número de los que lo entienden; *quibus datum est*; y que nuestros sacerdotes, aunque Papistas é ignorantes de la pura palabra de Dios, como suelen llamarlos los herejes, sí comprenden el consejo del Divino Maestro y tienen corazón para practicarle.

San Pablo expone con igual exactitud la doctrina de la virginidad y del celibato, en su primera Epístola á los Co-

rintios. (Cap. VII.) Está allí también formada esa doctrina, que la protestante señora de Gasparin, animada de su celo anti-católico, declaró con una ingenuidad risible: "que es *evidente* que los pasajes de esa Epístola, relativos al celibato, no le fueron inspirados por Dios al Apóstol." La inspiración le volvió á San Pablo, según aquella original señora, cuando pasó á tratar de otras cosas en su epístola.

El Apóstol dice lo siguiente, con todas sus letras: "En cuanto á las vírgenes, yo no tengo precepto del Señor; pero doyo lo como un consejo, pues yo mismo he obtenido esta misericordia á fin de ser fiel." Esto mismo es lo que enseña la Iglesia católica. Ella no impone á ningún hombre ó mujer, ningún oficio ó profesión que tenga anexa la carga del celibato. Le aconseja á todos, como estado más perfecto; y si le impone como ley á los eclesiásticos, nótese que ella no obliga á nadie á recibir los sagrados órdenes. Cuando un cristiano tiene la intención de abrazar esta carrera, lo hace con entera libertad, aceptando con espontaneidad completa la condición de guardar castidad perfecta.

La razón de la Iglesia para conducirse así, la dá también san Pablo. Después de haber dicho que el matrimonio es bueno y honroso, añade el Apóstol: "Deseo que estéis libres de cuidados: el que no tiene mujer se ocupa de lo que mira al Señor, de ver como le agrada. El que tiene mujer, tiene que cuidar de lo que pertenece al mundo, de ver cómo agradará á su mujer, y así es que está dividido. Y la mujer no casada, tal como la virgen, piensa en lo que es del Señor, para ser santa de cuerpo y alma; más la casada piensa en lo que es del mundo, en ver cómo agrada á su marido." El Apóstol concluye: "De consiguiente, el que casa á su hija hace bien: el que no la casa, *hace mejor.*" *Bene facit; melius facit.*

He aquí un admirable resumen de la cuestión. El matrimonio es bueno, pero el celibato es mejor. ¿Qué responden á esto los ministros? No soy yo quien habla, es la *Biblia*; mas sí detestan de corazón á los sacerdotes católicos, verdaderos ministros del Evangelio. Quisieran casarlos para humanizarlos para *desacerdotizarlos*, pues se llenan de pena por no poder arrebatárles esa corona santa del

celibato, que con tan justo título les atrae la confianza y la veneración de los pueblos. A imitación de los filisteos, que por medio de Dálila, arrebataron á Sansón su fuerza, cortándole los cabellos, los protestantes y los incrédulos querían quitar al sacerdocio católico el poder inmenso que le dá el celibato, angélicamente guardado. Pero el nuevo Sansón no cae en el lazo que el antiguo, pues aunque algunos malos sacerdotes, ó falten á sus deberes en esta parte sin pudor, ó se degraden aspirando al matrimonio, el sacerdocio, como cuerpo, se mantendrá fiel á aquella santa disciplina. El rechaza á Dálila y libra á los enemigos del pueblo de Dios, los combates indomables de la fe. (\*)

(\*) A los que sobre este punto arguyan con los escándalos de algunos sacerdotes católicos, bastará hacerles observar: 1.º Que ordinariamente los que censuran y divulgan esos escándalos, viven más escandalosamente; y así al pedir el matrimonio de los eclesiásticos, debe creerse que no lo hacen por amor á la moral, sino con el fin dañado de perjudicar á la Iglesia: 2.º Que los multiplicados casos en que los casados faltan á sus deberes, prueban que el matrimonio, por sí solo, no es remedio para este mal, si no se procura el auxilio de la gracia de Dios; y que con esta gracia, tan posible es guardar el celibato perfecto, como la continencia conyugal; y 3.º Que entre los protestantes, no por ser casados los ministros, deja de haber escándalos: y aun los habría mayores, si en ellos no hubiesen abolido el sacramento de la penitencia. A este propósito consignaré aquí lo que refiere una carta de Nueva-York, inserta en el "Standard" de Londres, de 11 de Octubre de 1862. "El reverendo Jaime H. Cook, clérigo de color, de esta ciudad, cayó muerto ayer de un tiro que le disparó una señorita, miembro de su Iglesia. El la había seducido y luego rehusó casarse con ella. Prevíole ella el resultado probable de sus relaciones, pero él la contestó: podía ser provechoso á su alma un poco de desengaño; y que si ponía su confianza en la Providencia, Dios la libraría de todos sus disgustos. No lo vió así la interesada; y antes bien, rabiosa por la hiporesía de su reverendo ofensor, le disparó un balazo." Al lado de esta lamentable tragedia citaremos la comedia de los ministros protestantes, que huyendo del racionalismo y convencidos de la divinidad de la confesión, quieren restablecer esta práctica entre los sectarios. Decíame un caballero en Londres, que visitando él á uno de esos ministros, éste oía de Penitencia á una señora, pero que su propia mujer estaba presente, temiendo, sin duda, que pasasen á mayores.—[Traductor.]

## XXII.

*Los Jesuitas.*

Calvino veía á los Padres de la Compañía de Jesús como á sus más temibles adversarios, por lo cual decía que era necesario deshacerse de ellos. "Es necesario matarlos, escribía el heresiarca desvergonzadamente; y si esto no se puede hacer cómodamente, entónces es preciso lanzarlos, ó por lo menos oprimirlos con el peso de nuestras mentiras y calumnias." *Jesuita vero qui se maxime nobis opponunt, aut necandi, aut si hoc commode fieri non potest, ejiciendi, aut certe mendaciis et calumniis opprimendi sunt.*

Los hijos de Calvino y más tarde los de Voltaire, han recogido con edificante fidelidad, esa piadosa doctrina y la han puesto tan bien en práctica, han mentido tanto y han calumniado tan impudentemente á los jesuitas, que han llegado á hacer creer á muchas gentes, que estos santos sacerdotes no son más que impostores, hipócritas pícaros, conspiradores, traidores oscurantistas, asesinos y hombres perversos y peligrosos.

¿Hay necesidad de decir que los jesuitas no son nada de eso? Ellos son unos religiosos graves y admirables, que arden en celo por la gloria de Dios y el bien de las almas, infatigables en el servicio de la Iglesia, siempre prontos para ocuparse en todas las buenas obras. Los jesuitas son en la Iglesia, lo que en un ejército son las tropas selectas. Bien lo saben los protestantes y los impíos, pues por eso cabalmente los detestan con todo su corazón y con toda su alma, calumniándolos con todas sus fuerzas, desde hace tres siglos á esta parte. Yo pudiera citar en favor de la Compañía de Jesús una multitud de testimonios, dados por protestantes no sospechosos; pero me contentaré con uno solo, por ser tan gracioso como concluyente. Es la respuesta que Enrique IV, rey de Francia, dió al Parlamento y á la Universidad de París, que en Noviembre de 1603, había acusado ante S. M. á los padres jesuitas, de todos los crímenes que siempre les han atribuido imperturbablemente sus enemigos.

“Os agradezco, dijo el rey, con su buen sentido y satírico talento, os agradezco el cuidado que teneis por nuestra persona y estado. Decís que la Sorbona ha condenado á los jesuitas, pero eso fué antes de conocerlos; y si la antigua Sorbona no los quería por envidia, la nueva estudia con ellos y se felicita por ello.

“Decís que en vuestro Parlamento los más doctos no han aprendido con estos Padres. Si los más doctos son los más viejos, el hecho es cierto, porque hicieron sus estudios antes que los jesuitas fuesen conocidos en Francia. Pero si entre vosotros se aprende mejor que en otra parte, ¿por qué sucede que por la ausencia de los jesuitas, vuestra universidad ha quedado desierta; y que á esos padres se les va á buscar, no obstante todos vuestros decretos, ya en Douai, ya en Pourta-Mouson, ya fuera del reino?

“Añadís que los jesuitas se atraen á los niños de talento, escogiéndolos para su Compañía los mejores; pero eso es cabalmente lo que me hace estimarlos. Pues qué ¿no se escojen los mejores soldados para la guerra?

“Decís que ellos se introducen como pueden. También otros lo hacen, y yo mismo he entrado como he podido en mi reino; pero es necesario confesar que su paciencia es grande, y yo la admiro, porque con paciencia y buena vida ellos llevan al cabo todas las cosas.

“Decís que son muy observantes de su instituto; pues eso los mantendrá. Por eso no he querido yo cambiar ninguna de sus reglas, sino más bien conservarlas.

“En cuanto á los eclesiásticos que no los quieren, siempre ha sucedido que la ignorancia ve de reojo á la ciencia; y yo he conocido, cuando se ha tratado de restablecer á los jesuitas, que dos clases de personas se oponían á ello particularmente: los de la pretendida religión reformada (protestantes), y los eclesiásticos de mala vida. Y eso<sup>a</sup> hace que yo estime más á los jesuitas.” Hasta aquí Enrique IV.

Los jesuitas han sido calunniados y perseguidos y lo serán hasta el fin, porque su santo fundador ha pedido para ellos al morir, aquella corona que el Señor prometió co-

mo la octava Bienaventuranza, en el sermón del monte: “Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien y persigan, diciendo con mentira toda clase de mal contra vosotros y rechazando vuestro nombre como malo, por mi causa y la del Evangelio. Alegraos y glorificaos en ese día, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.”

He aquí la historia de los jesuitas, escrita anticipadamente. El odio especial que les tienen los impíos y los herejes, es su más magnífico elogio.

### XXIII.

#### *Los matrimonios mixtos.*

Llábase matrimonio mixto, el que se celebra entre un católico y una protestante, ó entre un protestante y una católica.

La Iglesia ve con dolor esta clase de matrimonios, los cuales ordinariamente demuestran una grande indiferencia en materia de religión; y tienen frecuentemente por consecuencia, la educación herética de los hijos que nazcan. Por mi parte confieso que no comprendo á un cristiano, á un católico, tan poco delicado en cuanto á las cosas divinas, como lo prueba el hecho de escoger á una hereje por compañera de toda su vida, por madre de su familia, por directora de su hogar.

La Iglesia hace ver por todos los medios posibles, cuanto la repugnan semejantes enlaces. No solamente los priva de la acostumbrada majestad de las pompas nupciales, sino que prohíbe expresamente á los sacerdotes, tomar en estos casos otra parte que la de un *simple testigo*; y es por eso que estos matrimonios mixtos se celebran fuera de la Iglesia, en la sacristía, sin ninguna bendición, ni preces, delante del sacerdote, revestido solamente de su sotana, sin sobrepelliz ni estola. Y aún así es necesario que los dos futuros consortes, tanto el contrayente hereje como el ca-



tólico, previamente se obliguen, bajo el sello del más solemne juramento, á educar en la religión católica todos los hijos é hijas que puedan nacer de este matrimonio. Sin que preceda este juramento, la Iglesia se niega del todo á los matrimonios mixtos.

Así es que cuantas veces veais á los hijos de un matrimonio mixto, educándose en el protestantismo, podeis tener por seguro que ese es el fruto de un perjurio.

Cuando se han llenado todas las condiciones exigidas para estas uniones lastimosas, una vez celebrado el matrimonio en presencia del sacerdote católico, bueno es que se sepa estar prohibido á la parte católica ir á presentarse, como se hace algunas veces, al pastor protestante. Esto sería comunicar con los herejes *in sacris*, es decir, en las cosas santas, y hacer una culpable concesion á la herejía. Una vez casado en la Iglesia católica ¿qué va el católico á buscar en el templo protestante? No el vínculo conyugal, porque el matrimonio ya está hecho; y si se va al templo protestante para oír leer algunos pasajes de la Biblia, relativos á los deberes de los casados, eso no merece la pena de cometer un pecado de escándalo. Si se quiere leer, léase en casa.

Es sabido que los protestantes no consideran el matrimonio como sacramento, de modo que si los ministros de esa secta hacen venir á los esposos al templo, es porque esta ceremonia, inútil por aquella razón, les produce sendas pesetas.

El debilitamiento de la fe es lo que produce los matrimonios mixtos. Para que un cristiano descienda á formar alianza tan desigual, es necesario que haya perdido el sentimiento de la dignidad católica.

El matrimonio es un gran sacramento, del cual dependen la felicidad y la salvación del esposo y de la esposa. ¡Ay! de aquellos que no lo contraen según Dios; y que prefieren á su fe los arreglos de familia y de fortuna, ó el capricho del sentimentalismo!

## TERCERA PARTE.

### I.

*Que es lo que impide á los protestantes honrados hacerse católicos.*

La ignorancia de la doctrina católica. He aquí lo que impide la conversión de la mayor parte de los protestantes de buena fe.

Sus preocupaciones anti-católicas son casi invencibles. Esas preocupaciones son tanto más fuertes, cuanto que ellos las han mamado con la leche. Su educación toda la ha desarrollado, y nunca han raciocinado acerca de ellas. Con la mayor buena fe del mundo, esa clase de protestantes, miran á la religión católica como una escuela de superstición; su santa autoridad, como una tiranía y una usurpación puramente humana; á los sacerdotes, como impostores que engañan al pueblo; y al pueblo como imbécil, que cree ciegamente todo lo que se le dice.

Bossuet, después de sus controversias con los más célebres ministros protestantes de su tiempo, se había convencido de que el más formal, por no decir el único obstáculo para la conversión de los sectarios honrados, era su ignorancia. Por eso compuso su famosa *Exposición de la Doctrina católica*, que confundió á todos los ministros y predicantes. Quedaronse éstos estupefactos, al ver cuán sencillos, luminosos y grandes son los dogmas que ellos atacaban como ridículos y supersticiosos; y no pudiendo de otra manera salir del paso, acusaron á Bossuet de haber disfrazado la doctrina de la Iglesia católica, para triunfar del protestantismo. Bossuet sometió inmediatamente su exposición al exámen de la Santa Sede y de casi todos los

tólico, previamente se obliguen, bajo el sello del más solemne juramento, á educar en la religión católica todos los hijos é hijas que puedan nacer de este matrimonio. Sin que preceda este juramento, la Iglesia se niega del todo á los matrimonios mixtos.

Así es que cuantas veces veais á los hijos de un matrimonio mixto, educándose en el protestantismo, podeis tener por seguro que ese es el fruto de un perjurio.

Cuando se han llenado todas las condiciones exigidas para estas uniones lastimosas, una vez celebrado el matrimonio en presencia del sacerdote católico, bueno es que se sepa estar prohibido á la parte católica ir á presentarse, como se hace algunas veces, al pastor protestante. Esto sería comunicar con los herejes *in sacris*, es decir, en las cosas santas, y hacer una culpable concesion á la herejía. Una vez casado en la Iglesia católica ¿qué va el católico á buscar en el templo protestante? No el vínculo conyugal, porque el matrimonio ya está hecho; y si se va al templo protestante para oír leer algunos pasajes de la Biblia, relativos á los deberes de los casados, eso no merece la pena de cometer un pecado de escándalo. Si se quiere leer, léase en casa.

Es sabido que los protestantes no consideran el matrimonio como sacramento, de modo que si los ministros de esa secta hacen venir á los esposos al templo, es porque esta ceremonia, inútil por aquella razón, les produce sendas pesetas.

El debilitamiento de la fe es lo que produce los matrimonios mixtos. Para que un cristiano descienda á formar alianza tan desigual, es necesario que haya perdido el sentimiento de la dignidad católica.

El matrimonio es un gran sacramento, del cual dependen la felicidad y la salvación del esposo y de la esposa. ¡Ay! de aquellos que no lo contraen según Dios; y que prefieren á su fe los arreglos de familia y de fortuna, ó el capricho del sentimentalismo!

## TERCERA PARTE.

### I.

*Que es lo que impide á los protestantes honrados hacerse católicos.*

La ignorancia de la doctrina católica. He aquí lo que impide la conversión de la mayor parte de los protestantes de buena fe.

Sus preocupaciones anti-católicas son casi invencibles. Esas preocupaciones son tanto más fuertes, cuanto que ellos las han mamado con la leche. Su educación toda la ha desarrollado, y nunca han raciocinado acerca de ellas. Con la mayor buena fe del mundo, esa clase de protestantes, miran á la religión católica como una escuela de superstición; su santa autoridad, como una tiranía y una usurpación puramente humana; á los sacerdotes, como impostores que engañan al pueblo; y al pueblo como imbécil, que cree ciegamente todo lo que se le dice.

Bossuet, después de sus controversias con los más célebres ministros protestantes de su tiempo, se había convencido de que el más formal, por no decir el único obstáculo para la conversión de los sectarios honrados, era su ignorancia. Por eso compuso su famosa *Exposición de la Doctrina católica*, que confundió á todos los ministros y predicantes. Quedaronse éstos estupefactos, al ver cuán sencillos, luminosos y grandes son los dogmas que ellos atacaban como ridículos y supersticiosos; y no pudiendo de otra manera salir del paso, acusaron á Bossuet de haber disfrazado la doctrina de la Iglesia católica, para triunfar del protestantismo. Bossuet sometió inmediatamente su exposición al exámen de la Santa Sede y de casi todos los

Obispos de Francia; y la segunda edición de su obra, apareció revestida de la aprobación del Sumo Pontífice, á la cual se agregaba la de 40 ó 50 Obispos. No fué necesario más para que entrasen en la comunión católica el famoso Turena, hasta entonces protestante: y el marqués de Dangeau, nieto de aquel Duplessis Mornay, que por sobrenombre había sido llamado "El Papa de los hugonotes." Con éstos se convirtieron otros muchos personajes distinguidos.

Pasa de todos los límites la ignorancia de los protestantes respecto á la enseñanza católica. Casi todos ellos afirman que nosotros adoramos á la Virgen, que la vemos como una Diosa, y que le atribuimos la omnipotencia divina. Muchos de ellos nos acusan de *adorar* al Papa, de vender el cuerpo y sangre de Cristo, de tener una tarifa para la absolución de los pecados y de admitir otros absurdos, que les debería á ellos dar vergüenza de imputar á hombres razonables é instruidos.

El mejor libro que se puede poner en manos de un protestante, es el que se pone en las de los niños: el *Catecismo católico*.

## II.

### *De las adoraciones idolátricas que los protestantes atribuyen á los católicos.*

"Los católicos adoran á la criatura en lugar del Criador." Esta es una acusación familiar, que sin cesar se repite en los pulpitos, en los folletos y en los periódicos protestantes. Bien puede decirseles una y cien veces, que los católicos no adoran como Dios, más que á Dios. De nada sirve eso, nada les convence; y nosotros somos á los ojos de esos señores unos idólatras ni más ni menos que los Hotentotes y los Cochinchinos, según el fallo que pronuncian y ejecutorian por sí y ante sí los protestantes.

Sin embargo volvamos á decirlo. Nosotros adoramos como Dios, sólo á Dios. Adoramos á nuestro Señor Jesu-

cristo, porque es Dios. A la Santísima Virgen y á los Santos, los honramos, los veneramos y hacemos lo que es debido á la Madre y á los amigos de Dios. Les pedimos que pidan por nosotros, en razón de que sus oraciones son más puras y más agradables á Dios que las nuestras. ¿Qué cosa más sencilla? Verdaderamente se necesita tener un talento contrahecho, para encontrar en eso un motivo de condenar á la Iglesia.

Respecto á la acusación que nos hacen algunos sectarios más ignorantes que malévolos, de *adorar* al Papa, ella es tan extravagante, que no merece respuesta.

Ellos se esfuerzan por interpretar como una adoración todas nuestras genuflexiones. En esto no hay buen sentido. Nosotros nos ponemos de rodillas, para que la humilde postura de nuestro cuerpo, influyendo sobre el alma, la disponga á orar con mayor recogimiento y con un respeto más profundo. ¿Quién ignora lo que el cuerpo influye en el espíritu?

Además, es natural que un corazón penetrado de respeto, de humildad y de penitencia incline al cuerpo á humillarse y á participar, en su manera, del culto que rinde el espíritu.

Por eso es que nos arrodillamos con gusto, no solamente en la presencia del Señor, sino también delante de las imágenes de su Santísima Madre, venerando en ellas á su original: como también delante de la Santa Cruz, de las reliquias de los mártires y de las imágenes de todos los Santos, cuyo culto, no es tributado á la materia de que están hechas, sino que se refiere á sus originales, Dios no prohíbe en su ley venerar las imágenes de los Santos, con este culto subalterno y relativo que se llama de *dulia*. Lo que prohíbe es tributarles el culto supremo de *latria*, que es la verdadera y soberana adoración, propia exclusivamente de Dios. (\*)

(\*) Los protestantes tienen siempre en los labios el texto de Moisés: NO HARAS IMAGENES DE ESCULTURA; pero es raro que no trunquen el texto, que se completa diciendo: PARA ADORARLAS. Nosotros no las adoramos, como los Israelitas no adoraban los dos querubines de oro macizo, que el mismo Moisés, por orden del mismo Dios, puso á los lados del arca de la alianza.

¿Cuál es el católico que confunde con Dios, á María ó á los Santos, y menos á sus imágenes y reliquias?

Arrodillémonos, pues, con humilde amor delante de los venerandos objetos del culto verdadero del verdadero Dios; y tributemos este homenaje de respeto también al Vicario de Jesucristo, á los Obispos y á los sacerdotes, para recibir mejor sus santas bendiciones, las cuales no son del hombre sino del mismo Jesucristo, que reside en su Vicario y en sus ministros, y que por medio de ellos bendice, ilustra y santifica al mundo.

III.

*Una palabra sobre los folletos y hojas sueltas de los protestantes.*

Los folletos con que las sociedades bíblicas inundan los países católicos, son de dos clases. Los unos, cuyo número es el mayor, son historietas insignificantes, de una religiosidad insulsa y mal conocida, en las cuales se presentan siempre algunas gentes que se convierten á la sola vista de la Biblia, buenas mujeres que mueren santamente sin sacramentos y sin sacerdote que las asista; ó algún pastor protestante virtuoso ó tolerante, de lenguaje almbarado y bíblico; ó alguna piadosa dama, ardiendo en celo evangélico, que recorre las cabañas para consolar á los pobres con leerles la Biblia. En los opúsculos cuyo argumento es alguno de los citados, no se ataca de frente á la Iglesia católica. El peligro de esa clase de folletos es todo negativo, pues consiste en falsificar las ideas de los lectores, representándoles como objeto de admiración é imitación, los ejemplos de una pretendida religión, opuesta al verdadero cristianismo. El silencio mismo que se guarda en esos opúsculos acerca de la Iglesia católica, es un ataque pérfido. Ese silencio calculado, que se quiere calificar de moderación, es hostil y no pacífico. Con él se procura enseñar al pueblo á ver con indiferencia á la Iglesia, dejándo-

la fuera de la vida común. Felizmente esas historietas están tan mal escritas, que son mortalmente fastidiosas, de lo cual es necesario dar gracias á Dios.

Los folletos de la segunda clase, cuya distribución se hace con precauciones, atacan de frente á la Iglesia; y su contenido, la mayor parte de las veces, son diatribas violentas contra lo más venerable y sagrado de la religión. Calumnias impudentes contra el clero católico, blasfemias contra la Santísima Madre de Dios y mentiras tan groseras y tan odiosas, que es imposible atribuir las á la sola ignorancia; he aquí el contenido de esta segunda clase de folletos protestantes, que algunas veces, para mejor engañar á los simples, llevan un título católico y aun tienen en la portada alguna imagen de la Bienaventurada Virgen, como lo advertía en una pastoral reciente el Sr. Obispo de Strasburgo.

Tienen los protestantes por obra pía la distribución de estos folletos; y las sectas, entre sí divididas, la hacen en común. Cada año toma esta propaganda mayores incrementos. En 1856 una sociedad protestante llamada de los *Tratados religiosos* de París, hizo imprimir *un millón y veintiocho mil* ejemplares de folletos; y en 1857 la misma sociedad aumentó el número de éstos, dando á luz *un millón y quinientos mil* ejemplares. Otra sociedad establecida en Tolosa, se jactaba en 1856 de haber esparcido *veintidos millones* de libros de esta clase, desde su fundación. Los propagandistas que antes iban á pasos lentos, ahora se dan prisa, multiplicándose y transformándose. El bello sexo protestante toma una parte cada día más activa en esta propaganda; y los wagones se llenan de esta especie de *Evangelistas* con miriñaques, que llevan las bolsas, los sacos de noche y hasta las cajas de sus sombreros llenos de esos folletos, compuestos por sus ministros respectivos. Esas damas parten para la Cruzada, resueltas á destruir el imperio de la superstición; y para conseguir su objeto ofrecen sus papeluchos, los distribuyen, los lanzan los imponen, los deponen, los meten entre las persianas, los deslizan por las rendijas de las puertas, los fijan

con alfileres en las cercas de los caminos y en el tronco de los árboles.

Este género de apostolado no es nuevo; Lutero no lo despreciaba. Su genio no menos astuto que brutal, fabricaba el libelo difamatorio, para el cual era maestro, añadiéndole la caricatura. Su querido discípulo, el *evangélico* Melanctón, le ayudaba en este trabajo vergonzoso, en el cual se ocupaban los dos con esmero. Aquellos libelos y aquellas caricaturas *de tan santo origen*, eran obcenos hasta causar náusea. En la actualidad se procura encubrir un poco en los folletos de los protestantes, ciertos objetos escabrosos en que se entretenía Lutero, porque hacía allá le arrastraba su natural; pero con todo, no son tan limpios, que digamos, los papeluchos que las *piadosas* viajeras, agentes de las sectas, se encarnizan en distribuir. Creemos sin embargo, por caridad que ellas no los leen todos.

A nosotros los católicos, nos corresponde oponer á esa propaganda las buenas lecturas. ¡Quiera el cielo que el ardor de los protestantes, reanimando nuestro celo por la difusión de los buenos libros católicos, ceda en mayor gloria de Dios!

IV.

*De cómo ciertos folletistas protestantes, tendrían gran necesidad de aprender el arte de verificar las fechas.*

Entre los folletos protestantes que abiertamente atacan al catolicismo, hay algunos, cuyos autores pretenden confundir para siempre á la Iglesia católica, convenciéndola de innovación; y para eso citan la *fecha precisa y absolutamente verídica*, en que fué inventado cada uno de los dogmas que ella enseña.

No sería tan torpe esta maniobra, si los *sábios* ministros protestantes, autores de tales papeluchos, se tomaran siquiera el trabajo de entenderse entre sí antes de dirigirse al público. Por falta de esa precaución ellos se expo-

nen á contradecirse el uno al otro, lo cual es cosa de mal gusto y de peor efecto, para el objeto que se proponen. Como las fechas que indican son, por una y otra parte, tomadas al acaso, sería un verdadero milagro que concordaran entre sí; á menos, como he dicho, de que previamente convinieran los protestantes en elegir la una ó la otra. Tengo á la mano dos de esas cronologías. La una publicada en Inglaterra, tiene por título: "*Fechas de las adiciones de nuevas doctrinas por la Iglesia de Roma; Balington, Bolton. Horneastle,*" y la otra dada á luz en Angers, por el gracioso pastor protestante Paux, se titula: "*Fés de Baurismo.*" Pues bien, véase la perfecta concordancia de estos dos historiadores de *buena fe*.

*Fechas fabricadas por el anónimo Inglés. Fechas fabricadas por el pastor protestante francés.*

Invocación de los Santos, inventada en el año	700	Culto de los Santos, inventado en el año	375
Supremacía del Papa en	1215	Primado del Papa en	600
Libros apócrifos en	1547	Libros apócrifos en	1564
Los siete Sacramentos en	1547	Los siete Sacramentos en	1160

Así es lo demás. *Mentita est iniquitas sibi.* La iniquidad se mintió á sí misma.

Aparte de la cronología de Paux, hay ciertas fechas que los protestantes señalan con bastante uniformidad, á la pretendida *invención* de algunos de nuestros dogmas, ó de algunas de nuestras prácticas religiosas.

Por ejemplo, para la confesión, que ha sido para ellos siempre un cáustico; fijan los protestantes, con tono de triunfo, el año de 1215. Recientemente para la Inmaculada Concepción, señalan el año 1854. Estas fechas nos las presentan con aire de vencedores, gritándonos: "Así se hacen vuestros dogmas." No hay cosa más limitada y al mismo tiempo más impertinente que la semiciencia. Los protestantes verdaderamente instruidos, se guardan bien de aventurar semejantes necedades, pues saben ellos también como nosotros, que en 1215, el Papa Inocencio III no

hizo otra cosa, en el Concilio de Letrán, que reglamentar el uso anual del Sacramento de la Penitencia, instituido por Nuestro Señor Jesucristo y practicado desde el origen de la Iglesia. Saben ellos igualmente, que el 8 de Diciembre de 1854, el Sumo Pontífice Pío IX no ha inventado, de ninguna manera la doctrina de que la Madre de Dios fué exenta del pecado original; sino que simplemente ha proclamado y hecho obligatoria, como punto de fe, esta doctrina antigua y muy antigua en la Iglesia. Antes de la declaración pontificia de 1854, la creencia en la Inmaculada Concepción, existía como existe ahora, puesto que se celebraba la fiesta de este misterio en todo el orbe católico; solamente que no había sido *definida oficialmente*, por lo que se podía uno engañar sobre este punto sin hacerse hereje, como les ha sucedido á muchos hombres grandes por su talento y aun algunos Santos, los cuales sin embargo, profesaban á la Santísima Virgen María un amor profundo.

Decir que Pío IX ha inventado el dogma de la Inmaculada Concepción é Inocencio III el de la confesión, sería como decir que el Concilio de Nicea inventó el dogma de la Santísima Trinidad y el de la Divinidad del Verbo; cuando en el año 325 *definió* contra Arrio, estas dos grandes verdades. Antes del Concilio de Nicea, la Iglesia creía en la Santísima Trinidad y en la Encarnación del Hijo de Dios; así como antes del Concilio de Letrán, profesaba y practicaba el Sacramento de la Penitencia; y así como también, antes del 8 de Diciembre de 1854, creía y honraba la Inmaculada Concepción de la augusta Madre de Dios.

Los dogmas católicos son la verdad religiosa. Ahora bien, la verdad no se fabrica; ella *existe*, es eterna é inmutable. La Iglesia es la depositaria de esta verdad; y ella, guiada por su divina Cabeza, que es Nuestro Señor Jesucristo, proclama como puntos de fe las creencias, á medida que los novadores se atreven á negarlas, ó bien cuando lo cree útil para la santificación de los fieles.

V.

*La tolerancia de los protestantes.*

Entre las preocupaciones vulgarizadas en el mundo, hay una bastante común, no solamente entre los protestantes, sino también entre algunos que son católicos á medias. "Si la reforma, ha causado males, suelen decir algunos: sí ella ha hecho correr mucha sangre, sí ha desmoralizado países enteros; á lo menos ella ha importado en el mundo un bien inapreciable, que es la *tolerancia religiosa*."

Nada más falso, nada ménos fundado que esta preocupación histórica. Donde quiera que domina el protestantismo, él es intolerante y perseguidor. Sin duda no lo es en todas partes en el mismo grado; pero ¿por qué es eso? Porque no en todas partes tiene el mismo poder. Por fortuna el protestantismo no puede siempre lo que quiere. Para perseguir no basta querer, es necesario poder; pero hágasele siempre esta justicia de decir que, en cuanto á intolerancia él hace lo que puede.

Donde quiera que se ha introducido la llamada Reforma, lo ha hecho violentamente; y sus primeros frutos en Alemania, en Ginebra, en Inglaterra y en Suecia, han sido invariablemente la guerra civil, las proscripciones y las muertes. Eso se comprende, por ser cosa muy sencilla. El protestantismo es una revolución; y toda revolución es tiránica y revolucionaria por naturaleza.

Una vez establecido el protestantismo, él se ha conservado á merced de las mismas violencias. Todos saben lo que es el protestantismo inglés respecto á los católicos, las leyes sangrientas que contra éstos dió y ejecutó, y el despotismo feroz con que aún oprime todavía á la fiel y desventurada Irlanda.

Un historiador inglés *protestante*, Guillermo Cobbet, se vió obligado por su conciencia, á dar contra la Iglesia herética nacional, este terrible testimonio: "Esa Iglesia, dice el historiador citado, la más intolerante que ha existido, se dejó ver en el mundo armada de cuchillos, hachas é

instrumentos de suplicio. Sus primeros pasos quedaron marcados con la sangre de sus innumerables víctimas, mientras que sus brazos no podían ya con el peso de los bienes que había arrebatado." Este autor cita las actas oficiales del Parlamento, para comprobar que en consecuencia de las hogueras encendidas y de los cadalsos levantados contra los católicos, la población de Inglaterra fué diezmada en menos de seis años. PENA DE MUERTE era pronunciada, y desapiadadamente ejecutada, contra todo sacerdote católico que entraba en el reino, ó á quien se convencía de haber celebrado misa. PENA DE MUERTE contra cualquiera que se atrevía á dar asilo á un sacerdote. PENA DE MUERTE contra cualquiera que rehusaba reconocer que la reina Isabel era la cabeza de la Iglesia de Jesucristo. Una fuerte multa estaba decretada contra todo ciudadano que no asistía á los oficios protestantes. "La lista de personas condenadas á muerte y ejecutadas por el único crimen de ser católicas, (son palabras textuales del historiador protestante), formaría una lista diez veces más larga que la de nuestro ejército y la de nuestra marina reunidas. La Iglesia protestante de Inglaterra, llamada anglicana, no ha cambiado de carácter desde el día de su establecimiento hasta nuestros días. En Irlanda sus atrocidades han superado á las de Mahoma; y sería necesario escribir un tomo, para referir sus actos de intolerancia." (\*)

De la misma manera intentó el Calvinismo introducirse en Francia. Durante más de un siglo la historia de aquella nación no habla sino de rebeliones, sediciones y saqueos cometidos por los hugonotes, donde quiera que penetraba su doctrina. Todo aquel período no es más que un tejido de desórdenes, perfidias y crueldades; pero no hay que extrañarlo una vez que Calvino predicaba en alta voz, que era preciso deribar á los reyes y á los príncipes que no querían abrazar el protestantismo, *escupiéndoles á*

(\*) Carta de Sir William Cobbet á Lord Tenderden, jefe de la justicia inglesa, que había alabado la tolerancia del protestantismo inglés en pleno Parlamento.

la cara más bien que obedecerlos. Bajo las órdenes de Coligny, los calvinistas revolucionarios formaron el proyecto de arrebatarse su Palacio al rey de Francia, que á la sazón era un niño; mas como dieran el golpe en falso, se apoderaron de Orleans y desbastaron las márgenes de Loira, la Normandía, la isla de Francia y particularmente el Langüedoc, donde cometieron las crueldades y profanaciones más odiosas. En Montauban, en Castres, en Beziers, en Nimes y en Montpellier, esos grandes predicadores de la tolerancia y de la libertad de conciencia, prohibieron bajo las penas más rigurosas, todo ejercicio del culto católico. Todo el mundo conoce á aquel famoso barón de Adrets, jefe calvinista, que habiendo tomado á Montbrison, se dió á sí mismo el inocente placer de hacer saltar desde lo alto de una torre, lo que quedaba de la guarnición hecha prisionera. Pues, poco más ó menos, tal fué el tratamiento que los protestantes hicieron sufrir á todas las ciudades que cayeron en su poder. Profanación de Iglesias, robo de vasos sagrados, muerte ó lanzamiento de sacerdotes y religiosos, atrocidades las más bárbaras, unidas á los más abominables sacrilegios, he aquí la conducta de los *tolerantes* herejes. Estos son hechos históricos que nadie niega, ni aún los protestantes; los cuales sin embargo, dejan escapar algunas veces expresiones imprudentes, manifestando deseo que vuelvan aquellos tiempos *dichosos* del ptoestantismo francés.

No se podrían leer sin horror las atrocidades cometidas por holandeses, para extender el protestantismo en los Países Bajos; y particularmente los terremotos y suplicios á que recurrió el *celo religioso* de los enviados del príncipe de Orange, llamados Lamark y Sonoi. Este último era maestro consumado en el arte de atormentar los cuerpos, para perder las almas. He aquí la descripción que nos ha dejado una pluma protestante y holandesa, de los medios empleados por aquel tigre, para martirizar á los católicos, fieles á su religión. "Los procedimientos ordinarios de la tortura más cruel, escribe Kerrux, no fueron sino los tormentos menores que se hicieron sufrir á aquellos inocentes.

Sus miembros dislocados, sus cuerpos hechos pedazos á azotes, eran en seguida envueltos en sábanas empapadas en aguardiente, á las cuales se daba fuego; y en este estado se dejaban hasta que connegrecida y crispada la carne, quedasen desnudos los nervios en todas las partes del cuerpo. Frecuentemente se empleaba hasta media libra de azufre, para quemar los subacos y las plantas de los piés. Así martirizados se les dejaba muchas noches seguidas, tendidos en el suelo y sin cubierta; y á fuerza de golpes, se alejaba de ellos el sueño. Por todo alimento se les daban arenques y otros alimentos de esa especie, propios para encender en sus entrañas una sed voraz, sin suministrarles ni un solo vaso de agua, por más que sufriesen en este suplicio. Se les aplicaban abejones sobre los ombligos. No era raro que se enviase al servicio de aquel espantoso tribunal cierto número de ratones, que se ponían sobre el pecho y el vientre de aquellos desgraciados, bajo un instrumento de piedra ó de madera labrado para este uso y cubierto de combustibles. A éstos se les daba fuego en seguida, forzando de este modo á los animalejos, para que devorasen las carnes de la víctima, abriéndose paso hasta su corazón y sus entrañas. Después se cauterizaba aquellas flagras con carbones encendidos, ó bien se derramaba grasa derretida sobre los miembros ensangrentados. Otros horrores, aún más chocantes, fueron inventados y puestos en ejecución con una sangre fría, de la cual apenas podría hallar ejemplo entre los caníbales, pero la decencia nos impide continuar. (\*)

Lo que la tolerancia protestante hizo en Inglaterra, y lo que ha querido hacer en Francia y en Holanda, lo hace todavía en Suecia. Allí también se estableció la Reforma con violencia y sangre; y las leyes religiosas conservan aún en aquel país toda la barbarie que puede sufrir nuestro siglo. En este mismo año en que escribo, acaban de ser condenadas seis familias, al destierro y al despojo de todos sus

(\*) Compendio de la historia de Holanda por Mr. Keroux, tomo II. pag. 313.

bienes, únicamente por haber abrazado la fe católica. En Noruega, en Dinamarca, en Prusia, en Ginebra y donde quiera que domina el protestantismo, él se muestra enemigo y ciego destructor de los católicos. Como allá está á sus anchas, no se cuida de ocultar lo que es, con precauciones hipócritas; las cuales son las que le dan en Francia una apariencia de moderación. Allá dice él altamente lo que quiere y lo que espera. En el Sínodo protestante de Bremen, el Sr. Sander, pastor herético de Elbelfed, exclamada, hablando del Papa y de los religiosos de la Compañía de Jesús: 'Las autoridades protestantes no deben tolerar que existan. Menos aun deben soportar que sean libres.'

En Ginebra los protestantes, envidiosos de los progresos del catolicismo, han formado de común acuerdo una asociación en la cual contraen el compromiso de no comprar nada á los católicos, de no emplearlos en ningún trabajo para reducirlos así á la miseria; y además de obrar de suerte que los protestantes obtengan los cargos y empleos. Todo esto se hace por hombres que reclaman con indignación la libertad de cultos en los países que forman una imperceptible minoría: por hombres á quienes no se caen de la boca las palabras de libertad de conciencia, de caridad cristiana, de religión, de paz y de amor: por hombres, en fin, que ya no creen en Jesucristo; y entre los cuales hay libertad para ser incrédulo, panteísta ó ateo, pero no para ser católico!!!

VI.

La intolerancia católica.

Ya hemos visto lo que es la pretendida tolerancia de los protestantes. Veamos ahora qué vale esa acusación trivial de intolerancia, que ciertas personas dirijen contra la Iglesia católica. Esta acusación entraña una verdad y una mentira.

La Iglesia es intolerante en materia de doctrina. Esto es cierto y no solamente lo confesamos, sino que nos



gloriamos de ello. La verdad es intolerante por naturaleza. En religión, como en matemáticas, lo que es verdad, es verdad; lo que es falso, es falso. Es imposible que haya concesiones mútuas entre la verdad y el error. En esto no cabe compromiso ni transacción. Por poco que se cediese de la verdad, ésta sería inmediatamente destruida. Dos y dos son cuatro: esto es lo que se llama una *verdad*. El que diga otra cosa miente, sea por exceso ó por defecto. El error, siempre es error, aunque uno no se engañe sino en una milésima ó millonésima parte. Siempre se estará fuera de la verdad, cuando teniendo dos y dos, se diga que no son cuatro.

La Iglesia es depositaria y maestra en el mundo, de verdades tan ciertas como las verdades matemáticas; con la única diferencia de que las consecuencias de las verdades católicas, son infinitamente más importantes que las de las verdaderas matemáticas. La Iglesia propone y defiende sus verdades con tanta intolerancia, como la ciencia de las matemáticas enseña las suyas. ¿Qué cosa más legítima? La Iglesia católica es la única entre las diferentes sectas llamadas cristianas, que proclama estar en posesión de la verdad absoluta, como lo está en efecto, añadiendo que fuera de ella no hay verdadero cristianismo; y así ella sola puede ser, ella sola debe ser intolerante en materia de doctrina. Únicamente ella puede y debe decir, como ha dicho hace 18 siglos en sus Concilios: "Si alguno piensa ó enseña, en contradicción de mi doctrina, que es la verdad, sea anatema."

Pero Nuestro Señor Jesucristo que ha confiado á la Iglesia el depósito de la verdad, le ha dejado también su espíritu de caridad y paciencia. Intolerante en materia de doctrina, ella no transige con el error, pero es misericordiosa para con las personas que le cometen; y nunca ha empleado los medios legítimos de rigor, sino después de haber intentado todos los recursos de la dulzura y de la persuasión.

Ella no ha herido jamás, sino en la última extremidad; y nunca ha castigado, sino á los incorregibles. Entonces

ha debido hacerlo para preservar del contagio á las almas fieles, para poner fin á los escándalos y para llenar el gran deber de la justicia, el cual no es menos divino que el de la misericordia.

En su paciencia como en su rigor, en su tolerancia hácia las personas, como en su intolerancia hácia los errores, la Iglesia imita fielmente á su esposo y á su Dios, á nuestro Señor Jesucristo, que es la verdad misma, que es la misericordia, pero también es la justicia.

Las mentiras de los historiadores anti-católicos sobre las pretendidas barbaries de la Iglesia en la edad media, cada día caen en mayor descrédito, gracias á los trabajos concienzudos de una nueva generación de historiadores, más imparciales que sus predecesores. "Para poder vivir, el protestantismo tuvo que forjar una historia á su modo," decía el célebre historiador Thierry, poco sospechoso, como es sabido, de favorecer á la Iglesia.

Aun los mismos protestantes, deponiendo el espíritu de partido, vienen algunas veces, á declarar contra aquellas viejas calumnias, contra aquellas culpables exageraciones y contra aquellas insinuaciones pérfidas, de que están llenos los libros de historia. "Hace tres siglos, ha dicho el conde de Maistre, que la historia ha sido una conspiración permanente contra la verdad."

## VII

### *La Inquisición, la San Bartolomé y las Dragonadas de Cevennes.*

Diré algunas palabras más, para terminar esa cuestión de la intolerancia católica.

Hay ciertos hechos históricos que los protestantes no pierden nunca ocasión de echar en cara á los católicos, para convencerlos de intolerancia. Esos hechos son la *Inquisición, la San Bartolomé y las Dragonadas de Cevennes.*

Sobre estos argumentos se han escrito novelas y dramas, pero los fabricantes de folletines no se creen obligados á respetar la verdadera historia. Por eso es que, generalmente hablando, no los consultan á ellos las gentes que tienen sentido común y buscan la verdad.

I. ¿Pues qué fué la Inquisición, de la cual se hace aun en el día un espantajo tan terrible? Las novelas populares la representan como un tribunal horrible, establecido en los países católicos, que daba tormento á las pobres víctimas en calabozos sombríos, y que acababa por darles la muerte en las hogueras, perpetuamente encendidas.

El historiador protestante Ranke y el muy protestante Mr. Guizot, reconocen con probidad que la Inquisición española fué, ante todo, una institución política, destinada á velar por la unidad de la España. Los reyes españoles veían en la herejía el más peligroso enemigo de la paz de su reino, por lo cual la declararon crimen de *lesa nación*. No pudiendo juzgar por sí mismos, ni por medio de los tribunales ordinarios las cuestiones de fe, instituyeron un tribunal eclesiástico, encargado de interrogar á los acusados y de juzgar de sus creencias. Los inquisidores de la fe hacían conocer á la autoridad real, el resultado de sus indagaciones. Luego esta autoridad hacía lo que juzgaba conveniente. Apréciese como se quiera la institución del tribunal de la *Inquisición* en España. Dígase, si de esto hay antojo, que las pasiones políticas abusaron de él; pero siempre será necesario convenir en que el clero que tomaba parte en sus procedimientos, ejercitaba natural y legítimamente la autoridad religiosa. ¿No corresponde á la Iglesia el examen de las cuestiones de fe por derecho divino? Y qué hombre de buena fe confundirá esta atribución con el oficio de verdugo?

Se ve, por otra parte, que los Papas siempre procuraron mitigar el rigor de la Inquisición española, aunque no dependía de ellos; pues como hemos visto, ella era una institución política de la España.

II. “Bien está, dirá alguno; pero la San Bartolomé, aquella matanza espantosa ordenada por la Iglesia católica,

en la cual perecieron tantos protestantes, ¿cómo se explica?”

Aquel suceso, aun más que la Inquisición española, es un hecho político. Los protestantes se levantaban contra la autoridad legítima, habían intentado apoderarse del rey de Francia y formaban en la nación una nación aparte, turbulenta y revolucionaria. El joven monarca Carlos IX y su madre la orgullosa Catalina de Médicis, estaban amenazados en su libertad y en su vida por la conjuración de Amboise, viéndose obligados á huir por la conjuración de Meaux. Los jefes del partido protestante se hacían más y más insolentes. Excitados por aquellas violencias, la reina quiso desembarazarse de los rebeldes, haciendo servir á su venganza la exaltación religiosa que causaron en Francia los farores de los hugonotes. La religión fué, pues, el *pretexto*, pero no la verdadera causa de la matanza llamada la San Bartolomé. Todas las personas instruidas lo saben actualmente. ¿Porqué los escritores protestantes no tienen la buena fe de confesarlo?

Pero se añade: “El Papa hizo cantar en Roma el *Te Deum* con motivo de aquella odiosa matanza.” Es cierto; mas lo es igualmente que aquel Papa, Gregorio XIII, fué engañado sobre el hecho con falsos informes. Habiendo recibido un despacho de la corte de Francia, en que se le decía, como el rey y su familia acababan de librarse de una nueva conjuración de los herejes hugonotes, habiendo sido castigados los autores de ella y sus cómplices, el Papa fué á dar gracias á Dios por el suceso. Entónces ignoraba Su Santidad los deplorables excesos de aquella triste noche, excesos que también han sido entrañablemente exajerados por la pasión y el espíritu de partido, una vez que en toda la Francia, á pesar del deseo de aumentar el guarismo, no pudo encontrar más que 786 el *martirologio protestante*, impreso en aquella época. Dígase ahora si es razonable imputar á la Iglesia católica la muerte de los insurrectos contra su soberano, porque los degollaron como calvinistas. De consiguiente, toda la odiosidad de la San Bartolomé, pesa únicamente sobre Carlos IX y su madre, por el carácter maquiavélico de su política.

Sobre este asunto, sin que yo pretenda excusar de ninguna manera lo que sea inexcusable, permítaseme hacer una observación importante. Las instituciones y los hombres llevan siempre impreso el carácter de su tiempo. En aquellos últimos siglos las cuestiones públicas eran ásperas, y todo se resentía de aquella aspereza, los hombres y las cosas, el bien y el mal. Además, el sentimiento religioso dominaba todos los otros. La violencia de la agresión protestante fué, pues, á estrellarse contra una vivacidad de fe de que nosotros no tenemos ya ni aun idea; y á eso se debe atribuir, en gran parte, el carácter extremo de muchos hechos históricos de aquella época. (\*)

III. Aunque esa aspereza de costumbres principiaba á suavizarse en Francia, cuando reinaba Luis XIV, sin embargo, ella produjo todavía sensibles efectos, cuando fué revocado el edicto de Nantes. No es mi ánimo juzgar aquí á aquel gran monarca. Me basta reconocer que en las crueldades cometidas contra los hugonotes, en ciertos puntos del país, llamado Cevennes, los agentes y dragones de Luis XIV, traspasaron mucho las órdenes del rey, por manera que ellos son los verdaderos culpables. Irritado de ver á los protestantes romper la unidad nacional, conspirar sordamente con las potencias extranjeras y mantener continuas relaciones con Inglaterra, enemiga nata de la Fran-

(\*) Los pretendidos filántropos, que tanto echan en cara al catolicismo, aunque sin razón, como lo demuestra el autor, los procedimientos de la Inquisición española y la matanza llamada de San Bartolomé, harían bien en decirnos, como excusan ellos el abundante y cruel derramamiento de sangre, las devastaciones y los males de toda clase que producen los principios llamados LIBERALES, que ellos mismos se jactan de profesar, y en cuyo nombre acusan de intolerancia á la Iglesia católica. Si fuéramos á sumar el número de víctimas que á nombre de la libertad se han sacrificado, desde la primera revolución francesa hasta la actual revolución italiana, en el antiguo y en el nuevo mundo, probablemente resultarían por una víctima de la supuesta INTOLERANCIA católica, diez, veinte y quizás cien de la pretendida LIBERTAD. Fuera, pues, mejor que los apóstoles del progreso, dejando de buscar la paja en el ojo ajeno, vieran de quitarse la viga que les atraviesa el propio.—[TRADUCTOR]

cia, Luis XIV quiso purgar á su país de aquella levadura de discordia. El defendía así los derechos de su corona como los de la religión, para lo cual creyó deber emplear la fuerza; pero todos saben que el clero de Francia, y especialmente Bossuet y Fenelón, aunque simpatizaban con el pensamiento del rey, se mostraron opuestos á las violencias y á las crueldades. En vista de estas sencillas observaciones, ¿qué son las acusaciones de los enemigos de la fé, y cómo pueden servir las *dragonadas* de Cevenes para argüir contra la Iglesia católica?

¡He aquí tres hechos, tres crímenes políticos, si así se quiere llamarlos, de que los protestantes hacen responsable á la Iglesia, desde hace trescientos años! ¡Cuánta razón tenía el bienaventurado San Francisco de Sales, en vista de las calumnias con que desde su tiempo atacaban á la Iglesia católica, para compararla á la casta Susana, acusada falsamente por aquellos que se vendían como jueces incorruptibles de Israel! Esta santa mujer, arrastrada á la vergüenza, se confortaba con su inocencia y decía: "Dios Eterno que conocéis todas las cosas, Vos sabéis que dan contra mí un falso testimonio, y que yo no he hecho nada de lo que ellos maliciosamente han inventado contra mí." Entonces Dios infundió su espíritu de verdad en el corazón del joven Daniel, el cual exclamó en medio de su pueblo: "¿Sois insensatos, que así habeis condenado, *sin juzgar y sin conocer la verdad*, á una hija de Israel?" Y el pueblo hizo entonces justicia á la inocencia y á la pureza de la casta Susana.

VIII.

*Los mártires protestantes.*

¿Tiene mártires el protestantismo? El así lo cree, pero se engaña.

Un *martir* es un hombre que da su vida por permanecer fiel á la fe de Jesucristo. El muere, no por opiniones

personales, sino por la doctrina de la Iglesia de Dios. El no es *terco* sino *fiel*. De consiguiente, todo cristiano que es muerto en odio de la fe, es un martir.

Los pocos protestantes que han sido muertos con motivo de sus opiniones religiosas, ¿habrán sido mártires? No, pues que ellos han sacrificado su vida por ideas personales, por convicciones puramente humanas, prefiriendo su juicio propio á la misma vida; de manera que su muerte ha sido el acto supremo del orgullo, mientras que el martirio es el acto supremo de la humilde sumisión y de la abnegación de sí mismo. No basta morir para ser martir. Es necesario, para merecer esta palma, morir por la verdad, cuyo honor exige á veces el sacrificio de la propia sangre.

El caracter de los pretendidos mártires de las sectas protestantes, es ante todo el fanatismo, la exaltación, el furor, lo cual es propio del orgullo. Los verdaderos mártires, al contrario, aquellos que la Iglesia, esposa inmaculada de Jesucristo, le da por hijos, esos desde San Esteban hasta los misioneros que hoy dan testimonio con su sangre á la fe en el extremo Oriente, han muerto todos en la paz de Dios, dulces y humildes, como víctimas inocentes, perdonando con amor á sus verdugos, dignos de Jesucristo en la vida y en la muerte.

La Iglesia católica es la única que engendra mártires, como ella sola engendra santos.

## IX.

### *Un ejemplo de la moderación protestante.*

Con una táctica, que prueba más habilidad que buena fe, algunos ministros protestantes se quejan, sin cesar, en sus periódicos y en otros papeles officiosos y oficiales, de la violencia de los escritores católicos, al caso que, formando contraste, no se cansan de alabar la dulzura y la moderación de su propia actitud, respecto de su Iglesia.

Tres cosas hay que responder á la acusación y á la pretensión citadas.

1º Lo que los protestantes llaman violencia de los escritores católicos, no es más que el celo ardiente por la verdad, celo que devoraba á Nuestro Señor Jesucristo, cuando arrojó del templo á los profanadores, y cuando pronunciaba contra los fariseos y los escribas sus fulminantes anatemas.

2º Los católicos no atacan al protestantismo por el placer de atacarle, sino para defenderse de los ataques de los protestantes. El protestantismo es una insurrección, esencialmente injusta, contra la verdad y contra la Iglesia, y los hijos de la Iglesia y de la verdad no le combaten nunca, sino para rechazar la agresión y conservar su fe.

3º En fin, la moderación de los protestantes en la polémica, es como su tolerancia. No existe tal moderación; y nosotros podemos devolverles, con valor, el cargo que nos hacen. (\*) He aquí una prueba que tiene el caracter de general, en razón de la publicidad que la rodea, y á la cual han concurrido juntas las prensas protestante y socialista.

Existe un libro que los diarios protestantes de las principales sectas heréticas de Francia, como los titulados de

(\*) Nada prueba mejor la aserción del autor que lo que está sucediendo en Inglaterra y en Francia, con motivo de los oscuros y pocos individuos que con arreglo á las leyes del país, han sido procesados y condenados en Granada, por el delito de intentar cambiar la religión de la monarquía española. Estos individuos son españoles. De consiguiente; ni conforme á la antigua ley de las naciones, ni por el derecho NUEVO DE LA NO INTERVENCION, pueden los extranjeros tomar parte en el negocio, ni menos querer alterar la legislación española, ó juzgar á los jueces españoles. Pues bien, esto y no otra cosa, están haciendo los protestantes en Inglaterra y en Francia. España no se mezcla para nada en el tratamiento de la católica Irlanda, ni en el negocio escandaloso del respetable Turbull, ni en todo cuanto se pudiera echar en cara al protestantismo anglicano, ni siquiera fomenta el gran movimiento católico que está teniendo lugar en el Reino Unido. Pues he aquí á los ingleses, invadiendo con su protestantismo á España, sin duda para ver si pueden hacer aquí lo que se hace en Italia; y como encuentran obstáculos, insultan, burlan y se despechan. ¡Qué moderación! ¡Qué tolerancia!—(Traductor.)

*Le Lien, L'Esperance y Les Archives*, han anunciado con igual empeño, como uno de sus libros más recomendados de propaganda, libro que se vende en las librerías protestantes de París, donde yo he conseguido el ejemplar que voy á citar. Ese libro es la antigua obra del luterano Marx de Sainte Aldegonde, de la cual se ha hecho una nueva edición con prefacio de M. Quinet.

Abro, pues, este libro, contra el cual *ninguno* de los órganos del protestantismo ha escrito ni una sola línea condenatoria; y que, por el contrario, *todos* ellos han anunciado, sin restricciones ni reservas, y he aquí lo que encuentro.

En el prefacio leo las frases siguientes: "Aquí se trata no solo de refutar el papismo, sino de extinguirle; no solo de extinguirle, sino de *deshonrarle*; y no solo de deshonrarle, sino de *AHOGARLE EN EL FANGO* (pág. 7.) Es necesario que el catolicismo caiga."

"El que emprende desarraigar una superstición caduca y *maléfica* (el catolicismo), si tiene autoridad, debe ante todo apartar esa superstición de los ojos de los pueblos, y hacer su ejercicio absoluta y materialmente imposible, al mismo tiempo que quitar toda esperanza de verla renacer." (Pag. 31.)

"El despotismo religioso (es decir, la religión católica) no puede ser extirpada sin que quien intenta extirparle se extralimite de la legalidad..... Como es ciego llama contra sí la fuerza ciega." (Pág. 37.)

"Nó: nada de tregua con el INJUSTO." (Pág. 42.)

"El principio de que todas las religiones son iguales, es contra toda filosofía, contra toda ciencia y contra toda la historia..... Existe una religión que se glorifica de ser incompatible con las libertades modernas. Si la revolución francesa hubiera visto claramente esta diferencia, ella habría podido, concentrando sus fuerzas, sus enemistades y sus decisiones, *eliminar* ese culto que excluye la civilización moderna. Pero..... le *faltó osadía*.... y el culto (católico) que ella tenía la misión de abatir, salió de entre sus manos más entero, más indomable que nunca. No volvamos á cometer la misma falta." (Pag. 57 y siguientes.)

Esto se llama hablar sin disfraz; y ya, á lo menos, sabemos á qué atenernos respecto á la conducta que observaría el protestantismo triunfante contra la Iglesia cristiana. Vistas estas abiertas violencias y esas públicas excitaciones al odio y á la destrucción de la religión, ¿quién se atreverá á juzgar que hacemos mal los cristianos, levantándonos legítimamente á defender nuestra fe y nuestra vida?

Por lo demas, no hay que asombrarse de esa increíble provocación de M. Quinet á la persecución y al aniquilamiento de la Iglesia, por medio del hierro y del fuego. El no hace en esto mas que servir de eco, débil por cierto, á las declamaciones sanguinarias de los fundadores del protestantismo. Lo que él dice hoy, lo decían y lo escribían Lutero y Calvino hace trescientos años, con un trasporte de furor, que quizás no ha sido igualado nunca por los revolucionarios de nuestros días.

Augusto Nicolás dice en su bello libro *del protestantismo*: "Nunca se ha proferido, en ninguna lengua, nada que se acerque á la sanguinaria violencia de los escritos de Lutero. Su obra titulada: *El Papado de Roma instituido por el Diablo*, es una mancha que deshonrará eternamente, no solo á la literatura alemana, sino también á los anales de la especie humana. Vacilo al copiar algunas de sus expresiones, horribles como las siguientes: "El Papa "es el diablo. Si yo pudiera matar al diablo, ¿por qué no "lo haría á riesgo de mi vida? El Papa es un lobo rabioso "contra el cual todo el mundo debe de armarse, aun sin "aguardar la orden de los magistrados. En esta materia no "puede haber lugar al arrepentimiento, sino por no haber "podido hundirle una espada en el pecho..... Sería neces- "rio cuando el Papa está convicto por el Evangelio, que "todo el mundo corriese sobre él y le matase, con to- "dos los que están con él, emperadores, reyes, príncipes y "señores, sin guardarles miramientos. Sí, deberíamos caer "sobre ellos con toda clase de armas, y lavarnos las manos "en su sangre..... Los monarcas, los príncipes y los seño- "res, que hacen parte de la turba de la Sodoma romana, "deben de ser atacados con toda clase de armas, y es nece-

“sario lavarse las manos en su sangre.” (Tomo XII, fol. 233. Tomo I, fol. 51. Tomo IX, fol. 246.—Edición de Wit. cit.)

“¿Pues qué diré de Calvino, el cual á cada instante tenía en la punta de la pluma los epítetos de bribones, ébrios, locos furiosos, rabiosos, bestias, toros, puercos, borricos y perros; de Calvino que trazó estas líneas (ya citadas arriba á otro propósito): “En cuanto á los jesuitas, que sobre todo nos son contrarios, es necesario matarlos; y donde esto no se pueda cómodamente hacer, lanzarlos, ó por lo menos oprimirlos con mentiras y calumnias.” (\*)

Esto es, como se ve, lo que M. Quinet aconseja con aquellas palabras, casi idénticas á estas que acabamos de citar: “Es necesario extirpar el papismo, deshonrarlo, ahogarlo en el fango.” Ya se comprenden después de oír esas horribles declamaciones de Lutero y de Calvino, las simpatías de los revolucionarios de nuestros días hácia el protestantismo; pero lo que no se comprende es, que algunos periódicos protestantes, que se llaman moderados, hayan anunciado el libro de Marnix y su prefacio, como tampoco se comprende que las librerías protestantes le hayan puesto en venta.

Este libro de Marnix está lleno de tales obscenidades y de infamias tan chocantes, que aunque yo no sintiera una indignación cristiana al citarlos, me impediría el respeto de mí mismo y el que debo á mis lectores. Intenté hacerlo, pero debí abandonar esa ocupación repugnante.

Hay blasfemias que un cristiano no debe repetir, aunque sea para inspirar horror de ellas. Sin embargo, he aquí un libro protestante, reimpresso en Bélgica, después de tres siglos, por medio de una suscripción nacional de protestantes, de incrédulos y de fraemasones; libro que se ha vendido, si es que todavía no se vende, á la luz del día, en París, en un país católico.

Ahora, si quieren, que se admiren los protestantes de la generosa indignación de los católicos; que se quejen del

(\*) “Del Protestantismo,” por Augusto Nicolás, pág. 469 y 70.

ardor con que los hijos de la Iglesia sientes y rechazan las injurias prodigadas á su santa Madre, y que, si tienen para ello valor, se jacten todavía *de su dulzura y de su moderación.*

“Esos moderados, me decía con mucho donaire un abate italiano, esos moderados son gentes de una rabia infinita.” *Questi moderati sono genti di rabia infinita.*

## X.

### *Súpuestas persecuciones de que los protestantes dicen que son víctimas.*

Así como una de las manías del protestantismo es perseguir donde está en mayoría, otra de sus manías es clamar que se le persigue donde está en minoría. Si fuéramos á creer á muchos de ellos, actualmente se les persigue en Francia. Esta es una pretensión tan extraña, que antes de refutarla es necesario establecerla bien.

No tendré que ir muy lejos, para encontrar la prueba que necesito. He aquí lo que se atrevía á decir en el mes de Abril de 1857, en una de las grandes salas de Queen Street, Edimburgo, Mr. Le Savoureaux, pastor protestante de Limoges. “Tengo buenas noticias que daros de la madre patria (la Francia.) La luz del Evangelio hace ahí progreso. Nuestros padres habían dejado apagar el protestantismo, á pesar de las luchas de nuestros hugonotes, pero las antiguas iglesias nacionales se despiertan. Las naciones como la Francia, la España, etc., que están bajo la dominación de Roma, son naciones *muertas* (gracias por el cumplimiento.) El romanismo es enemigo del bien moral. El vecindario de Villefavard se ha hecho protestante. Nosotros hemos *barrido los santos de toda la Iglesia* (gracias por la moderación.) Hemos establecido diez escuelas en el departamento de Allier; y si *hubiese habido dinero*, habríamos obtenido mayoría, nosotros los protestantes (gracias por la confesión.) Pero después del golpe de Estado, un hombre, Napoleón, que se ha unido á las ideas católicas,

ha cerrado nuestras escuelas y nos ha hecho comparecer en los tribunales. *Actualmente estamos escondidos en los bosques!!!* No obstante, el progreso continúa. En Limoges la obra ha sido entorpecida por un camino de hierro! Si hubiéramos sido romanos, la administración no nos hubiera inquietado." Y en conclusión, el ministro protestante de Limoges, pide á Dios la libertad.

Los corresponsales franceses del diario inglés y protestante *The Times*, pintan un cuadro aún más sombrío de la situación en que gimen los protestantes de Francia. Ora son pobres pastores injustamente puestos en la cárcel ora templos ó escuelas también injustamente cerradas. "Sí, exclaman dolorosamente esos *verídicos* corresponsales. Se ha visto á poblaciones enteras obligadas como sus padres, á refugiarse en los bosques, para entregarse al ejercicio de su culto. Con el objeto de esquivar la persecución de la policía, tenían espías encargados de advertir á la asamblea de la aproximación de los gendarmes. De vez en cuando se abreviaban los cánticos, ó se interrumpían las preces ó la prédica; y cuando los agentes de justicia llegaban, no encontraban más que hombres, mujeres y niños recogiendo bellotas, (*sic*), ó divirtiéndose en brincar á los árboles." (\*)

Es sabido que esas aserciones burlescas se han repetido con tanta perseverancia y audacia, que el gobierno francés se creyó obligado á tratarlas con indignación y desprecio, en un artículo del *Monitor*. Verdad que no todos los protestantes de Francia llevan hasta ese exceso la manía de quejarse á tuerto ó á derecho; pero á la mayor parte de ellos se les antoja llamarse y creerse perjudicados en sus derechos, cohibidos en sus movimientos, sacrificados en sus intereses, en una palabra, *perseguidos*. En sus escritos, en sus periódicos, en sus discursos, y sobre todo, en las mesas del ministerio, toman invariablemente el papel de víctimas.

¡Qué víctimas, gran Dios! ¡Plugiera al cielo que los católicos de Irlanda y de Suecia fuesen víctimas de esa clase! Jamás fué un culto más libre y más favorecido que lo

(\*) "The Times" de 5 de Enero de 1853.

es hoy el protestantismo en Francia. Cuéntese el número de protestantes. Según el último censo, ellos eran apenas *selecientos mil*, en una población de *trinta y seis millones* de franceses. Pues cuéntese luego los empleos que ocupan los protestantes en toda la gerarquía de funcionarios altos y bajos, y véase en el presupuesto cuál es el sueldo que se paga á los pastores protestantes, comparándole con el que tiene el clero católico. Ellos no solamente están libres en su casa y entre los suyos, sino que se entregan en las poblaciones católicas á la más activa propaganda. No sólo son libres para defenderse, sino que se les tolera que ataquen. Véanse los muchos templos y escuelas que poseen en París, cuyo número no guarda proporción con el de *trece mil* protestantes que hay en cada capital. Recuérdese que esas escuelas se abren y se multiplican todos los días, con la mayor libertad, en los barrios casi exclusivamente católicos para poblarlas de pobres niños arrancados á la Iglesia. No se olvide por último, que las obras de Marnix de Sainte Aldegonde, las únicas que cito porque su título lo dice todo, se venden sin obstáculo en las librerías protestantes. Después de esto, dime lector, con la mano sobre la conciencia, ¿si los protestantes tienen razón para llamarse perseguidos en Francia, ó si sus quejas á este respecto no son la más maliciosa al mismo tiempo que la más torpe de las ingrati- tudes?

XI.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Compra y venta de almas.



En Francia y en otros países católicos, se hace una distribución inmensa de libros y de folletos heréticos. Ya lo hemos dicho antes. Pero esa distribución, aunque tan perniciosa y tan activa como es, no es más que un medio secundario para los agentes de la propaganda protestante. Hay otro medio más eficaz, al cual no se avergüenza de recurrir, que es el DINERO. "Un grito unánime de indignación, dice el Sr. Arzobispo de Génova, en una pastoral

reciente, un grito unánime de indignación, se levanta sobre este punto en toda la Europa católica, por manera que es inútil que las sectas protestantes tengan la audacia de negarlo.”

Este tráfico con las almas es un hecho comprobado. Es verdad, y yo lo sé, que no faltan entre los protestantes, y aun entre sus ministros, hombres incapaces de recurrir á semejantes prácticas. Los que forman esta excepción, se indignan de que se haga este cargo al protestantismo; y yo me alegro de oír sus reclamaciones enérgicas, porque ellas prueban la honradez de sus personas. Pero no por eso quedan justificados los medios de propaganda que usa su partido. El carácter general de esta propaganda es presentar á los pobres el grosero sebo de la plata y de los socorros temporales para inducirlos á apostatar de la religión católica; y esta acusación se apoya en hechos diarios y auténticos, de modo que no hay lugar á la duda. Las personas que aman y auxilian á los pobres, descubren á cada instante alguna de esas tentativas de seducción; y á pesar de eso, todavía están lejos de conocerlas todas. Los desgraciados que se dejan seducir, se guardan bien de dar á conocer su infamia; y los agentes provocadores se limitan, cuando dan cuenta de su obra nefanda, á presentar el guarismo de sus convertidos. A juzgar por el número de negativas que encuentran, el de tentativas debe ser muy considerable. Yo personalmente conozco muchas familias de operarios ó de indigentes, á quienes los *convertidores ó convertidoras* han ofrecido auxilios, trabajo, dinero y algunas veces mucho dinero, *bajo la condición de que se hicieran protestantes*. El venerable cura de San Sulpicio de París, después de haber hecho una indagación en su parroquia, en la cual declararon bajo su firma muchos individuos particulares y familias, atestiguando las maniobras culpables de la propaganda herética, presentó al ministro de los cultos todas estas pruebas, para lo que pudiese convenir, en el mes de Enero de 1858.

Un obispo ilustre decía hace poco: “¿No habeis por ventura encontrado algunos de esos mercaderes de conciencias que recorren los campos, se pasean en las ciudades y

se introducen hasta en el seno de las familias para sembrar la zizaña y la mentira? Este ramo de comercio, nuevo entre nosotros, toma una extensión singular y merece ser conocido. Para esto véase como pasan las cosas.

“Hay, por ejemplo, en una aldea una familia pobre y adendada, que está amenazada de que se le venda la cabaña que la abriga. Inmediatamente se presenta uno de sus corredores de almas, que por el olfato conocen donde amenaza la desgracia; y con un aire de ingenuidad, dice al jefe de aquella familia:” ¡Pobre hombre! ¿Qué mal acomodado estás en esta choza tan mal cerrada? ¿Aquí hará frío? ¿Cómo es que el cura del lugar no te da para reparar la casa y vestirse bien? ¡Mira qué cosas! Yo soy ministro protestante y cuando hay pobres en mi feligresía los asisto..... Ves mañana á casa, yo te daré un cobertor para la cama y alguna ropilla para tus hijos.....” Con esto se va dejando á aquellas pobres gentes con dos palmos de narices, por la admiración de una caridad tan hermosa.

“El cobertor viene y el ministro protestante no tarda en venir detrás. Esta segunda vez habla de reparar la casa, asegurando que la cantidad necesaria para la obra se encontraría, si la familia fuera protestante en vez de ser católica. Al oír esto la mujer se incomoda y el ministro se va, sin dejar en la choza más que un libro malo.

“En otra parte cae enfermo un jornalero, que para mantenerse con su mujer y dos hijos, no tiene más capital que sus brazos. La miseria y el hambre son malos consejeros; ellas dan lugar á grandes tentaciones. Los mercaderes de almas lo saben, y por eso acuden prometiendo pan á aquellos infelices, con tal que consientan en entregarles su conciencia. ¡Ay! Ellos lo hacen.

“En la casa de enfrente hay un pobre labrador que no tenía más que un pedazo de tierra; pero un acreedor le hace sacar aquellos pocos bienes á pública subasta, con el objeto de pagarse. Los predicantes vienen á ofrecerle que le darán con que pagar, si él quiere abandonar su religión. El pobre llora y promete.

“Una pobre madre viuda tiene dos hijos, con los cua-



les anda de puerta en puerta, para tener un pan que darles. Los corredores envían á su encuentro algunas *celadoras* que la preguntan por sus hijos, ofreciéndola educárselos cómodamente. Como quien quiere transigir con su conciencia, la pobre madre cede uno y reserva el otro para Dios.

“Los compradores de conciencia se dirigen de preferencia y con más éxito á los borrachos, que siempre tienen necesidad de dinero; á los quebrados, que ancian por una tabla para salvarse de naufragio; á las mujeres perdidas, que sólo tienen una alma muy gastada para vendérsela; y sobre todo, á los simples é ignorantes. En los hoteles, en las tabernas, en los buques de vapor, en los coches públicos y á lo largo de los caminos reales, se encuentran predicantes, catequistas y distribuidores de libros, dispuestos á convertir á todo el mundo, cada uno según su secta. (\*)

(\*) DEL COMERCIO DE LAS CONCIENCIAS Y DE LA AGITACION PROTESTANTE EN EUROPA, obra publicada en Annecy, en 1856. Después de aquella fecha y con motivo de los asesinatos cometidos en Oriente en 1860, los protestantes han dado una nueva prueba de espíritu que anima á su propaganda. Aprovechándose de la horfandad en que la bárbara matanza de sus padres había dejado á varios niños católicos, los acapararon los protestantes, bajo pretexto de educarlos. La desgracia de aquellos niños hubiera sido completa, si después que el fanatismo turco les había arrebatado á sus padres según la carne, el protestantismo hubiera logrado privarles de la paternidad de Dios en el cielo; pero por fortuna la fe y la caridad católicas, no sólo viven, sino que son fecundas en el Oriente, entre esos cristianos, de quienes tan mal habla el protestantismo inglés, cuyas simpatías declaradas, son por los sectarios de Mahoma; esto es, á favor de los opresores y verdugos, contra los oprimidos y las víctimas. Los parientes de aquellos huérfanos, dieron poder al canciller del Patriarca de Jerusalén, para que en su nombre se presentase al Bajá, reclamando aquellos niños. Hizolo así el abate Dequevanvilliers y el Bajá resolvió, como era justo y conforme al derecho natural, que los huérfanos se entregasen al representante de sus familias. ¿Mas qué hicieron entonces los protestantes? ¡Cobraron lo que habían gastado en los huérfanos? Dinero por almas y si se van las almas vuelva el dinero. ¡Hermosa caridad! El Bajá, aunque turco y bárbaro, no sólo conoció cuanto tenía de odioso y de ridículo este procedimiento, sino que se le echó en cara á los protestantes, dicién-

Para no hablar más que de la Francia, nuestras grandes ciudades y especialmente París, son trabajadas por los protestantes con un ardor sin igual. Los jefes de las sectas protestantes han dicho: “A todo precio es necesario apoderarnos de París, porque cuando séamos dueños de París, lo seremos de la Francia, seremos señores de Europa.” En consecuencia de este plan de campaña, los agentes pagados, las fanáticas mujeres protestantes, los diáconos, las diaconisas, etc., penetran en casa de nuestros pobres, procurando comprarlos á ellos y á sus hijos.

Varias veces han provocado los protestantes á los católicos, para que den los nombres de los pastores ó agentes (advértase que los primeros no tienen señal que los distinga de los segundos), que se valgan de los recursos denunciados en este artículo. Pero ¿es leal esta provocación? Pues qué ¿no saben los protestantes que esos agentes se guardan de decir su nombre cuando son rechazados con desprecio? Esos señores sólo declaran como se llaman, dando las señas de su casa, cuando los desgraciados á quienes se dirigen aceptan el contrato; y por cierto que estos últimos, no han de venir á darnos el nombre de los que los han comprado.

En Lyon se repiten los mismos hechos. El señor presbítero Catet vicario general de aquel arzobispado, cita muchos en un opúsculo sobre el protestantismo. He aquí algunos extractos.

“Al pintar el cuadro de esas vergonzosas maniobras del protestantismo para hacer prosélitos, tenemos la mano llena de certificados, dados por católicos pobres de nuestros campos, que habían sido seducidos de esta manera; los cuales confusos y arrepentidos, después de haberse dejado com-

doles: “Si recogisteis estos niños por CARIDAD, claro es que no teníais intención de recobrar lo que en ellos gastárais. Hicisteis una donación. Id con Dios. Lo que se dona no se recobra.” Así, gracias al buen sentido de un turco, salió en todo completamente burlada la especulación protestante. He oído estos pormenores en Jerusalén, al Patriarca latino Monseñor Valerga y á su canciller, en el mes de Abril del corriente año 1862. (Traductor.)

prar así por los apóstoles del nuevo *Evangelio*, han declarado por escrito el miserable medio de seducción que se había empleado para pervertirlos. Después de haber escrito sobre esto, hemos enviado al Rector de la Academia de Lyon cuatro certificados de padres de familia, los cuales declaraban haber recibido dinero por enviar sus hijos á la escuela de los protestantes. ¡Qué preciosa y cuán digna de ser reproducida es la reflexión que hacía uno de los hombres así comprados, cuya abjuración hicimos recibiera un eclesiástico de la Diócesis! A tormentado de remordimientos desde que tuvo la debilidad de recibir el precio de su apostasía, decía á su mujer que también había caído en el lazo: “Francamente hablando, mujer, yo desconfío de una religión que dá dinero para hacerse aceptar.”

“En presencia de estos hechos notorios, ¿todavía se atreverá el comité de *Evangelización* á sostener, que en su secta no se dá dinero para acaparar gente?”

Necesario fuera hacer aquí una estadística, que excedería á los límites de la obra presente; pues en todas partes se procede de la misma manera, empleándose la elocuencia *argentina* de la caja llena, con el objeto de *convertir* á los católicos pobres. “No pasa día, dicen los *Anales de Ginebra*, en que no sepamos de algunos ensayos de conquistas, emprendidos bajo el patrocinio del Dios *Mammona*. Una vez es un ministro protestante muy conocido, que pára en la calle á una jornalera, ofreciéndola trabajo y socorros para el invierno. Otra vez es una gran señora que se lleva en el coche á la criada, para explicarla las preciosas ventajas de la *Reforma*. Otra vez es un señor cualquiera, que aunque no haya salido bien la primera vez, repite la carga á la sordina, sobre un padre de familia, hasta que envía sus hijos á un colegio protestante, etc.” Los *Anales* añaden, por vía de nota, lo siguiente: “Debemos señalar á los señores Oltramore, Jacquet y Bordier, pastores protestantes de Ginebra, porque ellos mismos, con descaro se hacen conocer en esas visitas á los católicos pobres.”

Donde quiera se hacen esas visitas obsequiosas y multiplicadas, en las cuales se explota la situación poco desaho-

gada del clero católico, para arruinar la fe de las almas simples. “Como!” dicen los agentes del protestantismo, á aquellos infelices ya exasperados por la necesidad: “¡cómo es que vuestros sacerdotes no os dan dinero!” Sobre esto cargan con los lugares comunes de los vicios del clero y de los abusos de la religión católica. Después meten diestramente una moneda en la mano del que los oye; y se marcha glorificándose de haber hecho una campaña evangelica. No importa que aquel sea un cristiano que no iba á misa, que no cumplía con la Iglesia y que aborrecía á los sacerdotes. Está ganado á la causa del puro *Evangelio*; y eso al protestantismo le basta.

Tal es la propaganda protestante que se aumenta cada día. Tales son esas *conversiones*, no menos inmorales que vergonzosas, para los que las hacen y para los que son víctimas de ella. Los corazones nobles entre los protestantes, como entre los católicos, vacilan creer en esa *trata* de almas; y sin embargo, es cierto que el dinero ha venido á ser el agente principal de esa propaganda. En sus manos la caridad no se ofrece como un socorro desinteresado, sino como una *prima* á la apostasía. “¿Sois pobres? Venid á nosotros y tendreis bienestar.”

¡Cuán amargo debe ser el pan que se compra con semejante infamia!

Por consecuencia de ese *agiotaje* religioso, las grandes ideas de honor y de moral, ya tan debilitadas, van desapareciendo cada vez más: los corazones se rebajan, los caracteres se enervan, las convicciones decaen; y la verdad y la religión parecen no ser para los hombres que tal hacen, sino un medio de explotar al rico y de envilecer al pobre.

*Comprar y vender.* He aquí las últimas palabras de la propaganda protestante.

## XII.

### *La religión del Dinero.*

I. *La religión del dinero* es el nombre que algunos ministros protestante dan á la religión católica. De acuer-

do con los impíos, ellos acusan á nuestros sacerdotes de vender las cosas santas y de explotar, en beneficio de su bolsillo, la credulidad del pueblo.

Esta calumnia es hábil. De diez hombres, los nueve son muy sensibles á todo lo que de cerca ó de lejos toca á las pesetas; y acusar á los sacerdotes de amar la plata y de querer sacarla del pobre pueblo, es el verdadero medio de paralizar su ministerio. Los protestantes lo saben; y por eso repiten sin cesar esa calumnia, aunque con una mala fe de las mejor calculadas. No obstante, en boca de protestantes, esta acusación está menos en su lugar que en cualquiera otra boca.

En efecto, aunque generalmente se ignora esta circunstancia, es cierto que el empleo de pastor protestante es muy lucrativo; y yo he oído de los propios labios de uno de los de París, que la plaza más ínfima de pastor, produce 13,500 francos (como 2,700 pesos fuertes). El gobierno pasa 1,500 francos al pastor de la menor aldea, y un sueldo mucho más considerable á los de las grandes ciudades. Fuera de esto ellos tienen un *casual* ó renta no tarifada, la cual sin embargo de eso se exige por la costumbre. Y esto no se crea que es poca cosa. En Alsacia, por ejemplo, nunca un vecino (*bourgeois*) casaría á su hija, sin dar una fuerte suma en redondas pesetas al pastor protestante. En los bautismos, en la caricatura de primera comunión, y en otras épocas del año, hay obligación para quedar bien, de hacer al pastor buenos regalos en dinero ó en especie; y los aguinaldos del día de año nuevo, no son despreciables. Luego, sin hablar de las lecciones de religión ó catecismos, que son para muchos ministros protestantes una mina abundante de recursos, es bueno decir que entre los protestantes, los entierros nada son menos que gratuitos. En París y en las localidades católicas, los ministros protestantes hacen el papel de desinteresados, escribiendo en la puerta de sus templos: *Aquí no se paga por las sillas*; mientras que en Alsacia y en los países protestantes, cada familia tiene su plaza señalada,

que paga muy cara, para ocuparla cuando más una vez en la semana. (\*)

A esto hay que añadir las subvenciones incesantes de las sociedades bíblicas, *evangélicas*, etc., que sostienen á sus *apóstoles*. En el año 1856 una reunión de propaganda protestante, celebrada en Alemania, se jactaba de haber destinado á sus agentes en Francia, una cantidad como de ocho millones.

No olvidemos, en fin, que en un país protestante, los jóvenes pastores de la secta, generalmente hablando, consiguen casarse ventajosamente. De esto son sus administrados, algunas veces, los primeros en quejarse. Ultimamente en cierto lugar del Cantón de Zurich, los mancebos todavía célibes, declararon que en lo de adelante, no sufrirían que se recibiesen ministros protestantes que no estuviesen casados; "porque decían, ellos nos arrebatan los buenos partidos del país." En otras localidades, por el contrario, ha sucedido que el consejo presbiterial protestante, compuesto en su mayoría de padres de familia, con hijas casaderas, ha rehusado obstinadamente admitir el nombramiento de un pastor ya provisto de mujer, cuyo corazón y cuya mano no eran ya, por consiguiente disponibles.

Ahora bien, de ese dinero que por todas partes afluye

(\*) Si esto es en Francia, donde el protestantismo, aunque reconocido y pagado por el Gobierno, lejos de ser la religión del Estado, forma una pequeña é insignificante minoría ¿qué será en Inglaterra? Entre las muchas pruebas de la escandalosa riqueza en que nada el alto clero de la Iglesia anglicana, que es el establecimiento protestante oficial, no citaré más que una, porque la traen los diarios ingleses de estos mismos días (Octubre de 1862.) Tratándose del nombramiento que se ha de hacer para el arzobispado protestante de York, se dijo que el Gobierno inglés ofrecía esta prebenda al Obispo de Londres; pero que aunque en cuanto á renta el ARZOBISPADO y OBISPADO allí se van, pues cada uno da cada año 10,000 libras esterlinas, ó sean CINCUENTA MIL DUCADOS, su señoría de Londres no aceptaba la MITRA metropolitana, á pesar de que en Londres tiene el gasto de dos palacios. ¡Qué amor á la POBREZA EVANGÉLICA! Esta virtud brilla tanto más en esos preladados protestantes, cuanto que en Inglaterra, ahora mismo, millares y millares de operarios, no tienen para vivir más que peseta y media por semana. (Traductor.)

al bolsillo de los ministros protestantes, nada ó casi nada hay que deducir para los gastos del culto.

El pastor protestante no es el que paga la construcción del templo, téngase esto entendido; y ese templo una vez edificado, no exige otro gasto de conservación que el barrerle cada semana, pues en él no hay ni sagrados ornamentos, ni luminaria, ni pompa religiosa. La hopa negra del pastor, solo le sirve los domingos, por lo cual dura mucho en aquel moderado uso; y cuando comienza á raerse, puede servir últimamente para una multitud de empleos domésticos, gracias á la inteligencia de la señora pastora protestante. (\*)

II. El cura católico recibe del Gobierno un sueldo que equivale á la mitad y un poco más de la menor renta que se da á los pastores protestantes, los cuales gritan tanto contra la religión del dinero: 850 francos se dan al cura católico, en lugar de los 1,500 francos acordados á los pastores protestantes menos retribuidos.

Ahora bien, mientras que el pastor protestante no tiene que hacer gastos en su culto, no le sucede lo mismo al

(\*) Conviene también consignar aquí lo que el llamado obispo protestante de Oxford, acaba de decir en un SERMON que predicó con ocasión de inaugurarse una escuela por su colega el obispo de Winchester, en presencia de lord Palmerston. Tratando de la educación del pueblo decía su señoría Oxoniense, que esta educación debía ser sufragada por los propietarios, no por el clero protestante, por ese clero cuyos obispos tienen, como queda indicado y es notorio, tan pingües rentas: Que no reparen los templos de piedra á costa de su bolsillo, pase, si se quiere; pero que viviendo á costa del pueblo, comiendo, bebiendo, paseándose y disfrutando del comfort á costa del pueblo, digan que tampoco es de su cargo educar á este pueblo, ya eso pasa la marca, no solo de toda justicia, sino de toda decencia. ¿Qué obispo católico tiene hoy de renta los CINCUENTA MIL duros que goza el ARZOBISPO protestante de York, ó el OBISPO protestante de Londres? Y ¿qué OBISPO católico hace como lo ha hecho el OBISPO protestante de Oxford, ese vergonzoso remedo del padre que, por no mantener á su hijo, le expone á puertas ajenas? "Dejad á los párvulos venir á mí," dijo Nuestro Señor Jesucristo; pero el obispo protestante de Oxford, al paso que llama á su comunión herética, la Iglesia de Cristo, dice en resúmen: "Váyanse los párvulos á donde no pesen á nuestro bolsillo." Veremos si otros les costean el pan espiritual. (Tra.)

cura católico. Este tiene necesidad de cosas materiales, que cuestan bastante para el culto cristiano, aun en las más humildes iglesias. En la menor capilla de aldea es indispensable que haya para la celebración de los divinos oficios pan y vino, velas de cera, ornamentos sacerdotales de varios colores, vasos sagrados, manteles y otros lienzos diferentes; en fin, una multitud de objetos necesarios, que ni de nombre conocen los que no son prácticos en la materia. Además hay que pagar á los sirvientes de la Iglesia, que ordinariamente son pobres y viven de su trabajo. Fuera de eso, el cura es, por razón de su ministerio, el primero y el principal recurso de los pobres y de todas las obras caritativas de su parroquia; pues aunque no lo inclinase á eso su corazón, le obligarían á ello su deber y el decoro de su posición. En fin, es necesario que él mismo viva y se mantenga.

Aunque haya poca sinceridad, nadie se asombrará al ver que la autoridad eclesiástica, permite á los sacerdotes percibir de los fieles una especie de contribución, cuando ejercen á favor de éstos ciertas funciones, no todas las de su ministerio, á fin de suplir así la gran desproporción que hay entre el sueldo que reciben del Estado y los gastos que tienen á su cargo. Esos derechos son los que se llaman de *estola y pié de altar*, cuya necesidad es fácil de comprender. Antes de la revolución esos derechos eran casi ningunos. Entónces tampoco se pagaba por el uso de los asientos en la Iglesia. Lo que en aquella época cobraba el sacerdote, mas era para que no se olvidase el derecho que tiene "el que sirve al altar para vivir del altar," según la expresión de San Pablo; recibiendo de los cristianos la asistencia corporal, en cambio de los bienes espirituales que les dispensa ejerciendo su ministerio, (Ep. I. á los Cor., cap. IX, vers. 10 al 13.) Este orden los revolucionarios le trastornaron. Apoderándose de todo lo que poseía la Iglesia en Francia, y no pudiendo matarla, la despojaron, esperando hacerla morir de hambre. Ella no muere, pero eso es gracias á la liberalidad de los fieles, á quienes el sacerdote tiene que pedir. He aquí porque actualmente se pagan las sillas y por

qué el sacerdote cobra otros menudos derechos, aunque le repugne, porque pesan sobre el pueblo; y á pesar de todo, su producto basta con dificultad para cubrir todos los gastos.

No obstante, ¿aun hay valor para llamar al catolicismo *la religión del dinero!*

Pero si no es, como efectivamente no es el catolicismo *la religión del dinero*, hay en realidad una religión del dinero, y yo os diré quienes la practican. Son los hombres que allegan cada año, en sus sociedades públicas ó secretas, millones y millones los hombres que con la bolsa en la mano, entran en la boardilla de los operarios católicos y en la choza de los campesinos, para comprar las almas á precio de *dinero*, abusando de la miseria y de la desgracia.

¡Vergüenza para ellos es practicar eso de que nos acusan!

### XIII.

*Una prueba de nuevo género en favor del protestantismo.*

El protestantismo, según va marchando, va dejando, como despojos adheridos á todas las espinas del camino, los restos de verdad y de vida cristiana que había tomado de la Iglesia; y *materializándose* más y más cada día, es más digno hijo de su padre Lutero, pudiendo cantar con él: "Beber bien y comer bien; este es el verdadero medio de ser feliz."

Entre los países que perdieron la fe, cuando en ellos se introdujo la pretendida *reforma*, se encuentran algunos á cuya cabeza está la Inglaterra. Esos países por razón de su posición geográfica ó de su instinto comercial, hacen buenos negocios en este mundo, ganan mucho dinero y entienden admirablemente el arte de procurarse todos los goces de la vida; goces que el espíritu moderno parece que mira como el fin último del hombre, y el objeto único á que deben dirigirse sus esfuerzos. De ahí ¿quién lo creería? algunos hombres serios, llamándose *ministros del Evangelio*,

pretenden hacer un argumento invencible contra la Iglesia católica y en favor del protestantismo. "Los protestantes dicen esos señores, los protestantes son más ricos que los católicos; luego su religión es mejor." (\*)

(\*) Aunque fuera cierto que los católicos, en general, lo pasan en la tierra con más estrechez ó menos comodidad que los protestantes, esto, lejos de ser un argumento en favor de la bondad del protestantismo, sería al contrario, una prueba concluyente de que él no es la religión de Jesucristo. En efecto, abundan en el Evangelio los pasajes que prueban como el cristianismo es particularmente la religión de los pobres, de los que padecen, de los que lloran y son perseguidos; mientras que á los que ríen, se consuelan y están hartos en esta vida, les están anunciadas por el mismo divino Maestro, grandes desgracias para la futura. Concedamos, pues, de buena gana á los protestantes su pretensión de ser más ricos por el comercio y por la industria, más poderosos en el mar, más ilustrados en la ciencia del mundo, y en seguida leamos en San Lucas lo siguiente: "En verdad, ¡ay de vosotros ricos que teneis vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros que estais hartos, porque padecereis hambre! ¡Ay de vosotros los que ahora reis, porque os entristecereis y llorareis!" (San Lucas, cap. VI, vers. 24 y 25.) Al contrario, el Salvador llamó bienaventurados á los que ahora padecen hambre, porque serán hartos; y á los que lloran, porque más adelante reirán: (Ibid. vers. 41.) A esto se agrega que, según la declaración expresa del mismo divino Maestro, El es el camino que conduce á la vida; pero ese camino es estrecho, porque tal debe ser el único que conduce á la vida (San Mateo, cap. VII, vers. 14.) De consiguiente, el protestantismo jactándose de poner á los hombres en el camino ancho de la prosperidad temporal, por el mismo hecho demuestra que no es la religión de Jesucristo. Por último, como Dios castiga al hombre por donde ha pecado, especialmente cuando su pecado es de orgullo: (San Lucas, cap. XIV, v. 11.); véase como á la protestante Inglaterra, que era el gran ejemplar que podían alegar los protestantes, la ha humillado y la está humillando la Providencia. Nunca ha sido cosa muy sólida la prosperidad inglesa, pues no hay nación con más deuda pública que la Gran Bretaña, al paso que siempre ha tenido ella un pauperismo más extenso y profundo que ningún otro pueblo de Europa, como que solo en Inglaterra hay gente que se muere de hambre. Además aquel pueblo está gravado de contribuciones, hasta por tener luz. Por otra parte, desde la guerra de Crimea se vió el poderío de esa nación, era en mucha parte un prestigio que la prueba desvaneció; y la Francia humilló entonces á la Inglaterra, aunque de otra manera que los norte-americanos, los cuales la trataban con una especie de insolencia. Para acabar de confundir á ese pueblo, Dios ha

Un Pastor francés, autor de una multitud de pequeños libelos protestantes, que corren por las calles; ha desarrollado este argumento de nuevo género, que se ha hecho muy popular entre nuestros propietarios y fabricantes indiferentes, escribiendo para esto un libro especial. Pero á ese pastor le ha salido un contradictor por donde él esperaba ser aplaudido. *El diario de los Debates*, que nada es menos que católico, ha dedicado al libro extraño del pastor protestante, un artículo lleno de buen sentido, en el cual, con una indignación que le hace honor, descarga sendos golpes sobre los principios anticristianos, que sirven de base á esta nueva especie de apología del protestantismo. Oigamos. “*Las naciones católicas y las naciones protestantes, consideradas bajo el triple aspecto del bienestar, de las luces y de la moralidad.*” Por Napoleon Roussel, pastor. Hemos abierto este libro, dice el articulista del *Diario de los Debates*, con el deseo de decir de él todo el bien que pudiéramos; pero con la mejor voluntad del mundo, nos es imposible considerarle, ni como un buen libro, ni como una buena acción. El autor . . . ha escrito una obra, cuya última

permitido la guerra de América, que va dejando sin ocupación á millares de brazos, en las fábricas inglesas, á millares y millares de individuos sin trabajo y sin pan, y todo el país en apuros para librar de la muerte por inanición á esos individuos.—Lo repito, nada de esto se ve en los países católicos, aun los que los protestantes acostumbran pintarnos con los más negros colores. Tómense, por ejemplo, ya que los sectarios los escogen por especial blanco de sus iras, á los Estados Pontificios y á la España. En Roma el pueblo vive más cómodamente que en Londres y en París, como lo sabe todo el que ha visitado estas tres capitales; y si esto es ahora, cuando se dice que hay más penuria, en tiempo del Papa Gregorio XVI, aún costaban mucho menos los alimentos. Sin embargo, todavía en la actualidad, cuestan acaso la mitad que en otras capitales. Respecto á la España, ya quisiera la población de la Gran Bretaña tener siquiera la mitad del bienestar que tiene la de España.—Téngase siempre presente, que el bienestar en este mundo, no es la regla de criterio para juzgar la verdad en materia de religión, como se ha visto; pero recuérdese también, que á los individuos como á los pueblos, cuando buscan primero el reino de Dios y su justicia, el Señor les da lo demás por añadidura. [San Mateo, cap. VI, vers. 33.] —(Traductor.)

palabra es el materialismo más cruel, más insensible y más desesperante. Ciertamente si un *ministro del Evangelio* no tiene más que una moral como esa que presentar al mundo: si protestante ó católico, sea lo que fuese, él no tiene otra conclusión que sacar de la historia, entonces no les queda á los hombres más que alimentarse bien, pasarla bien, hacer buenos negocios. Entonces los más ricos serán siempre los más virtuosos. Esta lectura oprime el corazón.

“El pastor Roussel ha tenido la intención de comparar á las naciones católicas con las naciones protestantes, bajo el triple aspecto del bienestar, de las luces y de la moralidad. Por desgracia, en esta ocasión, la moralidad, que tiene derecho al primer lugar, ocupa el último y el más pequeño. Las luces están en segunda fila, tales como aparecen en el título. El bienestar se exhibe, y por decirlo así, se presentan dándose importancia, en el primer lugar.

“En dos tomos demuestra el Sr. Roussel, á fuerza de números, que los protestantes son infinitamente más felices en este mundo que los católicos, que tienen más rentas, más acciones industriales, más cubiertos de plata, más camisas y más botas. Hasta ahora, todos habíamos creído que en el juicio final Dios pondrá á la derecha los buenos y á la izquierda los malos; pero según el sistema de este pastor protestante, la humanidad está dividida en otras dos categorías, á saber, la *de la gente gorda* y la *de la gente flaca*. Dios no sondeará las conciencias y los corazones, sino los estómagos. Si el Sr. Roussel permitiese á San Pedro, guardar la puerta del cielo, ciertamente le daría la orden de no dejar pasar, sino á la gente bien vestida, como se hace en las tullerías. En la teología protestante, para salvarse, es de rigor ir *en traje decente*.”

“Es graciosa la complacencia con que el Sr. Roussel forma las cuentas á los países católicos y á los países protestantes. Vaya, es una verdadera teneduría de libros.

“En el terreno del bienestar, el Sr. Roussel y el protestantismo reinan como señores, son los más ricos. Véase por ejemplo, la figura que hace esa triste y desaseada Irlanda, al lado de sus hermanas protestantes. El Sr. Rous-

sel nos da, con arreglo á datos oficiales, el balance de una parróquia de cuatro mil habitantes, teniendo cuidado de añadir, que *todos son católicos*; y esos cuatro mil católicos poseen entre sí una carreta, un arado, diez y seis rastrillos, ocho sillas de montar para hombres, dos idem para mujeres, siete trinchantes de mesa, noventa y seis sillas para sentarse, doscientos cuarenta y tres taburetes, veintisiete gansos, tres pavas, dos colchones de lana, ocho idem de paja, ocho candeleros de cobre, tres relojes, una escuela, un sacerdote, ningún sombrero, nada de péndulos, nada de botas, ningún nabo, ninguna zanahoria. .... Detengámonos un poco en esta nomenclatura. El autor protestante, cuya obra examinamos, llena con esto páginas enteras; y después de concluir esta especie de visita de hospital, exclama en tono de triunfo: "atravésemos el canal, y después de haber visto la Irlanda católica y sus miserias, contemplemos la Escocia protestante y su prosperidad." (\*)

"Como el que padece ictericia todo lo ve amarillo, así el Sr. Roussel va á desenterrar al catolicismo, hasta en los rincones donde uno jamás hubiera creído que se había anidado. Continuando la vuelta que va dando al mundo, este pastor protestante, pone en paralelo también á la Suiza católica con la Suiza protestante. He aquí un viajero que lle-

(\*) Este pasaje demuestra á la vez que el protestantismo no tiene, ni en el corazón entrañas, ni en la cabeza seso. En efecto, ¿quién ha puesto á la católica Irlanda en esa triste condición? La protestante Inglaterra ha tenido á la Irlanda trescientos años bajo su planta de hierro, tratándola despiadadamente, lo cual prueba suficientemente, que el protestantismo no tiene corazón; pero que teniendo la protestante Inglaterra la culpa de la triste condición de la Irlanda, haya un hombre, como el pastor Roussel, que se complazca en hacer el inventario de esa miseria, para glorificar al protestantismo, es una prueba todavía más convincente de que el protestantismo no tiene seso en la cabeza, pues hace del sambenito gala. Ya se ve, como su criterio está en el estómago, ¿para qué necesita ni del corazón ni de la cabeza? ¡Lástima que no hubiera habido protestantes ni protestantismo en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo! Si los hubiese habido, ellos le habrían dicho que el pobre Lázaro debía ser puesto en el infierno, el rico Epu-lón en el seno de Abraham. — [Traductor.]

ga á un cantón católico, y su primera palabra es: "¡Qué desaseo! ¡Qué color amarillento, negro y lívido! Es cosa convenida, todos los católicos son amarillos." He aquí otra impresión de viaje, que cito textualmente: "A eso de las dos llegamos á Fluelen, y esta tierra del catolicismo nos fué anunciada por cuatro enfermos de lamparones, seis sarnosos y media docena de infelices cubiertos de harapos, que parece salen del sepulcro." Esto, como se ve, va de mal en peor, pues hace poco los católicos eran amarillos y ahora ya son *sarnosos*. "Apartemos la vista de ese triste espectáculo, serenándose con la contemplación de una tierra protestante. ¡Qué valles! ¡Qué cultivo! exclama el Sr. Roussel. ¡Qué abundancia y qué industria! Zurich y sus bellos alrededores me parecen el asilo de la sabiduría, de la moderación, de la comodidad y de la dicha. ... Entramos en una cabaña, donde la dueña de ella nos ofreció leche y cerezas, poniendo sobre la mesa nueve ó diez cucharas de plata. ..." ¿Lo entendeis bien? Diez cucharas de plata. ¡Qué santas gentes! No son los macilentos católicos los que pudieran mostraros otras tantas. ¿Quereis seguir al Sr. Rousse! en España? Ahí también, á fuerza de citas, él os probará que las posadas están súcias y que se come en ellas con cubiertos de estaño, que los caminos se encuentran en mal estado; y luego comparará aquel país, tierra clásica del catolicismo, con la Inglaterra, tierra clásica del protestantismo, al cual á su vez se anuncia por sus cubiertos de plata, sus caminos de hierro, sus sábanas, etc. (\*)

(\*) El pastor protestante Roussel, como hemos visto, les contó á los cuatro mil católicos de un lugar de Irlanda, hasta los 27 gansos que tenían. ... ¿Por qué no le ocurriría inventariar los gansos de los protestantes? Si es porque no los tienen, el Sr. Roussel suple por todas, pues parece que él se ha empeñado, con una horrible crueldad contra sí mismo, en demostrar que es un buen pedazo de ganso. En efecto, si no lo fuera, ¿cómo le habría ocurrido, tratándose de aseo, alegría de los rostros, bienestar general, etc., comparar la tierra clásica del protestantismo de Inglaterra, con la España, tierra clásica del catolicismo? Pocas ciudades hay tan súcias como Londres, pocos cielos tan tristes como el de Inglaterra, ningún pueblo más miserable que el bajo pueblo in-

“Nosotros no acompañaremos al Sr. Roussel en todas sus correrías, ni siquiera negaremos la exactitud de sus cuentas, consintiendo gustosos en dejar al protestantismo el beneficio de su plata. Pero si le preguntáremos, si cuando viajaban en Irlanda, por ejemplo, ¿no ha sentido algún remordimiento de conciencia? ¿No se ha interrogado á sí mismo, sobre si los protestantes no tenían algo que echarse en cara, al ver la miseria de aquella católica tierra? Si los protestantes no representan más que la décima parte de la población de Irlanda, ¿con qué derecho han arrebañado ellos todas las propiedades y todas las rentas de la Iglesia católica? Y cuando el Sr. Roussel, para probar que los católicos de Irlanda no están ya oprimidos, nos dice que ellos tienen cuatro arzobispos, veintitres obispos, dos mil y quinientas Iglesias y más de dos mil sacerdotes, ¿cómo no siente él alguna admiración hácia ese pueblo de mendigos, que en medio de su miseria, todavía encuentra el modo de sostener su iglesia, cercenando su propia pequeña subsistencia, mientras que los obispos y ministros protestantes viven engordando y solazándose, con lo mismo que fué confiscado al catolicismo? ¿Cómo un *ministro del Evangelio*, cual se titula el Sr. Roussel, no se acuerda de aquellas palabras: “En verdad os digo que esta pobre viuda ha dado más que todos los que han echado en el cepillo, porque todos los otros han dado de lo que les sobra; pero ella ha dado de su indigencia misma todo lo que tenía y la quedaba para vivir?”

“Pero el Sr. Roussel ha guardado para la Francia el más brillante, el más invencible de todos sus argumentos. Escuchadle: “Perseguidos por espacio de siglos, dice el pastor, y despojados de sus bienes los protestantes franceses, ellos deberían estar hoy, no al nivel, sino muy por debajo

glés, ninguna raza sujeta al spleen como la Anglo Sajona. En una palabra, no hay ni puede haber término de comparación, entre los protestantes ingleses y los católicos españoles, franceses é italianos; porque basta ver á los primeros para conocer que predomina entre ellos la tristeza, y basta también á los segundos, para persuadirse de que padecen ménos y que gozan más que aquellos.—[Traductor.]

del resto de la nación en materia de riqueza. ¿Es así? Si queremos consultar la opinión pública, podríamos decir que la *conciencia* del lector ha respondido ya.”

“Admire el lector, de paso, el singular oficio que el pastor protestante señala aquí á la *conciencia*; pero sigamos oyéndole.

“Como nada deseamos afirmar, ni siquiera la evidencia, sin apoyarnos en documentos, nos hemos procurado sobre este punto algunos auténticos, los cuales son de la más alta importancia en la cuestión.” Aquí nosotros, oh lectores, nos pusimos á temblar por el catolicismo. ¿Qué le va á suceder? ¿Qué teja le va á caer sobre la cabeza? nos preguntábamos; pero tranquilicémonos, es una talega de escudos, un aguacero de ochavos. El Sr. Roussel nos explica en detall, que se procuró el estado de la contribución que por los muebles pagan los protestantes del departamento del Sena. La lista está litografiada; él la tiene en las manos; y según este dato, encuentra, que el término medio que se paga por los habitantes de París en este ramo es de 33 francos, 14 céntimos; mientras que el término medio pagado por los protestantes en el mismo ramo, es de 87 francos, 1 céntimo. “De manera, concluye el pastor, que los protestantes franceses poseen tres veces más riquezas que sus compatriotas católicos romanos.” Con este golpe, no hay duda, el catolicismo tiene que rendirse. Decididamente, el catolicismo no se levantará de esta contusión moviliaria. Pero ya que el Sr. Roussel está de vena para hacer cuentas, ¿por qué no ha consultado él la contribución pagada por otra parte de la población, á la cual no queremos nosotros ofender, pero que pasa generalmente por bastante bien acomodada, es decir, los *judíos*? ¿Quién sabe si él no habría encontrado á los israelitas más ricos; y por consiguiente, según su sistema, deberán ser tenidos por todavía más virtuosos que los protestantes?

Pero lo repetimos, no queremos disputar con el Sr. Roussel sobre guarismos, ni turbar su victoria. Dejémosle subir sobre su pirámide protestante, formada de Napoleones acuñados, á cantar su *Gloria in excelsis*. Alguno ha



dicho: "Os digo en verdad que es muy difícil que un rico entre en el reino de los cielos." Pudiéramos hacer aún algunas otras citas más, que valdrían tanto como las del Sr. Roussel; pero no es de nuestra competencia escribir un sermón. Este pastor protestante, quizás ha creído sinceramente componer un libro moral y religioso, pero el espíritu de secta le ha cegado; y, sentimos tener que repetirle, sus conclusiones son enteramente materialistas. (Firmado.) J. Lemoyne." (\*)

XIV.

*De la observancia del Domingo entre los católicos y entre los protestantes.*

Viendo que el Domingo es estrictamente observado en la protestante Inglaterra, que esta observancia se descuida bastante en las grandes ciudades de Francia, se pregunta alguna vez, ¿de dónde puede resultar esa diferencia, la cual parece toda en favor del protestantismo?

Después de notar que las grandes ciudades de Francia, por los estragos que en ellas han hecho el Volterianismo y la revolución, no pueden con propiedad tomarse por término de comparación en esta materia; obsérvase que la diferencia de que se trata, consiste en que tanto en Inglaterra como en otros países protestantes, la ley civil secunda á la ley religiosa, decretando severas penas contra toda contravención al reposo del Domingo. El protestantismo no entra en esto por nada; y la prueba está, primeramente, en que los protestantes de los países donde la ley civil no manda guardar el Domingo, trabajan en él como los malos católicos, que es lo que sucede en Francia, por ejemplo; y en segundo lugar, está también la prueba de mi aserción, en que cuando la ley civil manda respetar el día de fiesta en países

(\*) Recuerde el lector que este artículo lo ha publicado, no un diario "clerical" sino el "Journal des Debats." nada sospechoso de parcialidad hácia el catolicismo.—(Traductor.)

católicos, ahí hay ese respeto á lo menos tan exactamente como en Lóndres, en Basilea y en Ginebra. (\*) Agréguese á estas observaciones, la de que en los países protestantes hay muchos católicos que no violan el día del Señor, sin que en esto los aventajen sus compatriotas anglicanos ó calvinistas. La estricta observancia del Domingo en Inglaterra y en Suiza, es, pues, un hecho puramente local, es un resultado feliz de una ley civil, y no de un fervor religioso. Si en Francia hubiese una ley semejante, los que en la actualidad violan el precepto de santificar las fiestas, porque les falta espíritu de fe, harían lo que hacen la multitud de ingleses incrédulos, esto es, observarían exteriormente á lo menos el Domingo, por respeto á la autoridad y temor á la policía.

Entre tanto, es curioso observar que la observancia del Domingo, que es el único culto del protestantismo, no solamente no se apoya en la Biblia, sino que está en contradicción flagrante con la letra de la Biblia, la cual ordena el reposo en el Sábado. Es la Iglesia católica, quien usando de la autoridad que la ha dado Jesucristo, trasladó el reposo al Domingo en memoria de la Resurrección del Señor; de manera que la observancia del Domingo es un homenaje que

(\*) Luego el cargo y la responsabilidad en este punto no es del catolicismo, que manda estrechamente santificar las fiestas, sino de los gobiernos que no apoyan en esta parte suficientemente á la Iglesia. Esos gobiernos, si son católicos, deben avergonzarse de no hacer siquiera lo que hacen los protestantes, en materia de tanta trascendencia; pues lo es sin duda alguna, el de la cesación del trabajo en los Domingos, para que el pueblo tenga tiempo de instruirse en sus deberes morales y practicar su religión. Ocupados toda la semana durante el día para poder vivir con el jornal, y cansados por la noche, sino se procura que tengan libre el Domingo para que asistan á Misa y oigan la palabra de Dios, los hombres del pueblo caerán en la más espantosa y funesta ignorancia. ¿Quién sabe cuantos crímenes no tienen otro origen que ella? ¿Quién podrá decir cuantos delitos se habrían evitado, si sus autores hubieran tenido tiempo para asistir á las instrucciones parroquiales, que induciéndolos á vivir bien, los habrían retraído del precipicio? Dígase lo que se quiera, son inexcusables los gobiernos que no procuran, con sábias y justas leyes, exactamente cumplidas, secundar en esta parte las prescripciones de la Iglesia.—(Traductor.)

los protestantes, á su pesar, tributan á la autoridad de la Iglesia.

Concluiré haciendo observar con cuanta más inteligencia y libertad cristiana, santifican al Domingo los verdaderos católicos que los protestantes. En Lóndres está prohibido tocar la música en la propia casa el Domingo, se veda á los niños jugar á las bolas ó al aro, se cierran los monumentos públicos y el pasearse se considera cosa impropia. Ese es fariseísmo no fidelidad. (\*)

XV.

*Como se conducen los protestantes respecto de la Madre de Dios.*

Es una singular manera de honrar á un hijo, despreciar y detestar á su madre. Pues la Santísima Virgen María es la Madre de Jesucristo, y las sectas protestantes se ponen de acuerdo para repelerla con un desdén que frecuentemente raya en cólera.

Semejante conducta es odiosa; y nada, ni aun los mis-

(\*) Y el Viernes Santo, aunque no trabajan los protestantes de Lóndres, se van á divertir al Palacio de Cristal. ¡En vez de contemplar al Salvador llagado y pendiente de la cruz, muriendo por amor del hombre, van á ver correr las fuentes, ó como se columpia un acrobata en la cuerda! En cuanto á los Domingos, ¿cuántos protestantes de Lóndres van al templo? Desde una ventana de la capilla de Santa Margarita, cerca de la Abadía de Wesminster y frente al Palacio del Parlamento, he visto yo que habría ahí solamente como diez y ocho ó veinte personas, en lo que llaman los protestantes SERVICIO DIVINO. Nótese que entre ellos no se celebra servicio más que una sola vez en la mañana del Domingo, ó á lo menos dos veces si el ministro es puseista. De consiguiente, el que no asiste á este único servicio, ó á uno de los dos, claro es que no se cuida del tal servicio divino. Ahora, ¿qué son diez y ocho personas para una iglesia de Lóndres, ciudad que tiene tres millones de habitantes, iglesia que no está en barrio bajo y desierto, sino en un cuartel decente y en un gran centro de población? Tiene, pues, razón Monseñor de Segur en decir, que el reposo de los protestantes en los Domingos, es fariseísmo. Así todo lo que al protestantismo toca, lo echa á perder, especialmente lo bueno.—(Traductor.)

mos principios protestantes pueden excusarla. *María* es madre de Jesús: es así que *Jesús* es *Dios*; luego *María* es Madre de *Dios*. ¿No es cosa extraña que esos hombres que se llaman cristianos, rehusen honrar á la Madre de Dios de los cristianos, á la que dió su carne al Dios, que padeciendo en esta carne nos ha salvado? ¿No es cosa extraña que súbditos que se dicen fieles al Soberano, nieguen el respeto y el honor á la Madre de ese Soberano?

Quando el angel se apareció á la Virgen *María*, para obtener su consentimiento en el gran misterio de la Encarnación, la dijo con respetuoso cariño: “Yo te saludo, oh llena de gracia. ¡Tú eres la mujer bendita entre todas las mujeres!” Los católicos imitan al angel bueno y fiel que honra á la Madre de su Dios; pero los protestantes prefieren imitar al angel rebelde y falso, á quien se dijo desde el principio: “Yo pondré inemistades entre la *Mujer* y tú:” aquel angel réprobo cuya esbeza debía aplastar *María*. *Et ipsa conteret caput tuum.*

Quando la Santísima Virgen llevando en su seno al Redentor del mundo se presentó á Santa Isabel, llena está del Espíritu Santo, exclamó en un trasporte divino: “¿De dónde á mí este honor, que la madre de mi Dios se digne venir á mí? Bendita eres entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre.” Nosotros, los católicos, seguimos el ejemplo de Santa Isabel; é impulsados como ella por el espíritu de verdad, nos complacemos en manifestar á *María* nuestra gratitud y nuestro amor. Pero las sectas protestantes imitan á los insensatos habitantes de Belén, que esperaban la venida del Mesías y se negaban á recibir á su Madre, ignorando que ella, y ella sola, es la que lleva á *Jesús*.

Quando *María* respondió á las alabanzas de Santa Isabel, dijo en el sublime cántico de su triunfo: “*Todas las generaciones me llamarán Bienaventurada. porque el que es Poderoso ha obrado en mí grandes cosas.*” ¿Cuáles son las generaciones que cumplen esa profecía, esa palabra de la Biblia, dando á *María* el título de *Bienaventurada*? ¿Son las generaciones católicas, que tanto en las capillas

subterráneas de las Catacumbas, como en las espléndidas Basílicas dedicadas á Nuestra Señora, ensalzan el Nombre y la gloria de *María*; ó son las generaciones protestantes, que ni respetan ni alaban á la augusta Virgen, que antes bien creen hacerla demasiado honor cuando no la insultan?

A estos pasajes de la Santa Escritura, tan claros y tan gloriosos para *María*, los protestantes oponen algunas palabras dirigidas á Nuestro Señor Jesucristo á su Bienaventurada Madre; palabras misteriosas, cuyo profundo sentido ellos no comprenden. Esas palabras tenían por objeto hacer que *María* participase de los anonadamientos de la Redención, así como había participado de los gozos de la Encarnación, y había de participar de las glorias de la Resurrección y de la Ascensión de su Divino Hijo. (\*) Si esas palabras tuvieran el sentido que las prestan los herejes, sería necesario deducir de ellas que *Jesús* no amaba á su Madre, que no la honraba, que era un mal hijo, y que violaba el cuarto mandamiento de su propia ley: "Honrarás á tu padre y á tu madre." Así los protestantes, por querer probar demasiado, nada prueban.

Pero lejos de tener el Divino Salvador esos sentimientos, que no pueden atribuírsele sin locura y sin blasfemia; al contrario, *Jesús*, después de su Padre celestial, á nadie amaba más que á su augusta Madre *María*. Como á más de ser su Madre, ella era la más humilde, la más pura, la

(\*) Hay también protestantes, que siempre impelidos por ese odio diabólico contra *MARIA*, han atacado su virginidad perpétua, fundándose en varios pasajes del Evangelio, especialmente, en aquel donde se habla de los HERMANOS del Señor. ¿Ignoran los protestantes citados, que hasta el día de hoy se llama en Oriente HERMANOS á los parientes próximos? En las lenguas orientales, no hay términos para expresar la cualidad de PRIMO; y entre los pasajes de la Biblia, se puede alegar aquel en que Abraham dice á Lot, su sobrino: "No haya que-rellas entre nosotros porque somos HERMANOS." (Genes. XIII, 8.) Santiago, llamado algunas veces en el Evangelio HERMANO del Señor, era su primo hermano.—El dogma de la virginidad perpétua de *María*, está confirmado por todos los monumentos de los tiempos apostólicos; y es necesario carecer de buen sentido cristiano, para revocarle en duda.—(Nota del Autor.)

más santa de todas las criaturas, el Señor por todos estos títulos, la amaba con un amor único. Nosotros, pues, respetando y amando á *María*, nos conformamos con los sentimientos de *Jesús*; y de esta manera cumplimos, aunque siempre muy imperfectamente, la gran regla prescrita por el Apóstol San Pablo: *Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu.* "Amad lo que el Señor *Jesús* ha amado."

Si en nuestras necesidades invocamos á *María*, es porque sabemos que la Santísima Virgen tiene un gran poder sobre el corazón de su Divino Hijo; como lo prueba, entre otras cosas, el que su primer milagro lo hizo Nuestro Señor Jesucristo á súplica de su augusta Madre.

Así como el Eterno Padre nos dió á su Divino Hijo hecho hombre, por medio de *María*, de la misma manera es su voluntad que todas las gracias de *Jesús* pasen por el mismo canal para llegar á nosotros. No quiere esto decir que *María* sea mediadora de redención, pues solo Nuestro Señor Jesucristo no ha salvado y redimido con la efusión de su preciosísima sangre. Pero la Santísima Virgen es mediadora de intercesión, es nuestra Abogada, es nuestra Madre por adopción. Nosotros la pedimos que nos dispense su poderosa protección para con Dios, como un hijo recurre á su madre, para que su padre acceda más fácilmente á sus deseos.

Fuera de todo esto, hay que observar que el culto de los cristianos á la Santísima Virgen, va directamente á Nuestro Señor Jesucristo, siendo el Hijo honrado de la Madre. Si amamos y alabamos á *María*, es para felicitarla por ser Madre de Dios, para darla gracias porque contribuyendo al misterio de la Encarnación, con su consentimiento y con su virginal sustancia, ha contribuido á darnos al Redentor. El culto de honor que tributamos á *María*, es la salvaguardia del culto de adoración que rendimos á *Jesús*. De esta verdad tenemos á la vista una prueba elocuente. La Iglesia católica, á quien se acusaba de olvidar á *Jesús* por *María*, el Criador por la criatura, esa Iglesia es la que únicamente conserva y defiende, contra la incredulidad protestante, la divinidad de Jesucristo, de ese único Mediador por

cuyo honor se mostraba muy celosa tan farisaicamente la herejía, divinidad de que esa misma herejía reniega más y más cada día. (\*)

XVI.

*Cuan desolador es el protestantismo.*

El corazón humano y la Iglesia católica, son obras de un mismo Autor, que es Dios. Dios ha creado la Iglesia católica, adaptándola maravillosamente á todas las necesidades del corazón humano.

Su autoridad doctrinal corresponde á nuestra necesidad de creer, porque sin autoridad no hay fe. Las ceremonias de su culto corresponden á nuestra naturaleza, la cual se compone de alma y cuerpo, y tiene por lo mismo, necesidad de asociar las cosas materiales al acto todo espiritual de sus adoraciones. La confesión corresponde á esa necesidad de penitencia y de perdón, que está en el fondo de nuestra alma pecadora. La invocación de los santos y las oraciones por los difuntos, corresponden al sentimiento de la unión eterna de las almas en Dios, y de la solidaridad de los hombres entre sí; y de este modo, sucesivamente, pudiéramos ir discurriendo por todos los dogmas, por todos los preceptos y por todas las prácticas de la Iglesia.

En el protestantismo al contrario, todo es frío, triste y desnudo, como las paredes de sus templos, donde se siente que Dios no está.

¡Ay del alma extraviada ó viciada, que semejante al hijo pródigo, deja la casa paterna para trasladarse á las regiones desiertas y remotas del error! Apartada de la vivi-

(\*) Para todo lo concerniente á la Santísima Virgen y su culto, recomiendo la lectura del hermoso libro de M. Augusto Nicolás, titulado: "Estudios filosóficos sobre la Santísima Virgen." Todas las dificultades protestantes se resuelven en esta obra, de la manera más perentoria. Un sabio magistrado decía al autor de esta obra: "Después de haber leído vuestro libro, nadie puede quedarse protestante en ningún grado."—[Nota del Autor.]

ficante atmósfera, donde Dios por pura misericordia la había hecho nacer, no respira más que un aire helado, ni encuentra otra cosa que el vacío y la desolación.

Para el que se ha hecho protestante, no más freno en el momento de la pasión, pero tampoco más consuelo al tiempo del remordimiento; no más guía en el momento de la duda, no más auxilio en el momento de la tentación y de la prueba, no más perdón seguro después de la falta, no más confesión que tranquilice y que perdone en nombre de Dios. Para ese pobre apóstata, no más bellas ceremonias de la Iglesia, no más imágenes de Nuestro Señor Jesucristo, no más cuadros de la Santísima Virgen y de los santos. Sus doctores le dirán que eso es idolatría. No más Crucifijo ni señal de la cruz, pues también calificarán esto de idolatría. No más preces, ni respeto, ni amor á la Madre de Dios, porque igualmente lo tacharán de idolatría. No más confianza en la intercesión de los santos, ni más patronos y protectores en el cielo, por que asimismo clamarán que es idolatría. Y cuando llega la hora de la muerte, cuando el infeliz está solo, cerca de comparecer en el tribunal de Dios, cargado con todas las culpas de su vida, no más sacerdote que le administre los últimos sacramento de la Iglesia y que le diga con certidumbre: "Pobre pecador, puedes morir en paz, porque Jesús me ha dado el poder de perdonarte; y en su divino Nombre, yo te perdono."

Pero aún no hemos acabado. Después de la muerte del apóstata, su cuerpo no será llevado á la Iglesia, sino que derechamente le conducirán á un cementerio, que no está bendito; pues para los protestantes, toda bendición de esta clase, es una especie de idolatría. (\*) En fin, si sus hijos se

(\*) A este propósito referiré un hecho de que fui testigo, hallándome en el Convento del Monte Carmelo, en el mes de Marzo último. Un judío de Jerusalén, que se había hecho protestante, no escrupulizó en ir á hospedarse en la casa que los religiosos católicos tienen ahí para los peregrinos. Hablaba un poco de inglés, y un sacerdote irlandés que viajaba conmigo, no vacilaba en entrar con él en conversaciones de religión, con el objeto de ilustrarle y no sin esperanza de atraerle al catolicismo. Una noche el hebreo hecho protestante, califi-

han hecho protestantes, como él, les será prohibido orar por su padre; pues el protestantismo no admite ni purgatorio, ni preces por los finados. Nó, ni una sola oración por los muertos hay en ese culto desolador, ni siquiera una visita piadosa á su última morada. Con unas lágrimas impotentes y estériles, en el momento en que cae sobre el difunto el último puñado de tierra, todo está concluido entre él y los que le sobreviven, según el sistema protestante.

Por lo que á mí toca, confieso que esta sola consideración bastaría para demostrarme la falsedad absoluta del protestantismo. La necesidad de orar por las personas á quienes uno ha amado y perdido, es una necesidad tan profunda, tan imperiosa y tan natural al corazón del hombre, que una religión que niega esa necesidad y prohíbe satisfacerla, ya está juzgado de antemano. De manera que no hacía más que expresar el sentimiento universal, aquella pobre niña de diez años, que habiendo perdido á su madre, me decía á mí mismo con admirable energía: “Cuando yo sea grande y dueña de mis acciones, me haré católica; porque quiero pertenecer á una religión, que me permita amar á la Santa Virjen y orar por mi madre.

có de supersticiones las bendiciones autorizadas y prevenidas por la Iglesia católica. El sacerdote irlandés le replicó con un argumento *AD HOMINEM*, diciéndole: “Ahora es Vd. protestante anglicano?—Sí.—Y los anglicanos ¿no bendicen el agua para el bautismo?—Sí.—Luego cometen una superstición, según la doctrina en que Vd. se funda para condenar á la Iglesia católica.”—Yo no pude menos de sonreirme al observar el embarazo en que esta conclusión puso al pobre ex-israelita. Su única salida fué ésta: “El protestantismo anglicano todavía no está puro; le queda algo de *ROMANISMO*.”—¿Si irá el antiguo hebreo á concluir y perfeccionar la obra de Enrique VIII é Isabel? Parece que no deben tener cuidado de esto los ingleses. Aquel judío, si mal no recuerdo, me dijo que había logrado un empleo en la botica del hospital protestante de Jerusalém; y además estaba para casarse con la hija de otro judío *PROTESTANTIZADO*, que posee algunas propiedades cerca de Belén. Pescado el sueldo, no se ocupará más en saber si el anglicanismo está ó no puro. Entre tanto, no puro como él le declaraba, le ha abrazado, tiene empleo y espera novia.—[Traductor.]

XVII.

*El juicio de la muerte.*

Se ha dicho que la muerte es el eco de la vida. El momento de la muerte es un momento solemne, en que los sofismas pierden su fuerza, en que las ilusiones se disipan y en que la conciencia recobra sus derechos. En el pleito que las sectas protestantes ponen á la Iglesia, apelemos á ese fallo, cuya autoridad es suprema. Veamos cuál es el *juicio de la muerte*.

Ha habido protestantes que se han hecho católicos y católicos que se han hecho protestantes. Examinemos como mueren unos y otros.

En presencia de la muerte, como durante la vida, los innumerables protestantes que han entrado en el gremio de la Iglesia católica, han estado llenos de esperanza y serenidad. Ni una sola expresión de arrepentimiento de haberse convertido, ni una sola inquietud sobre este punto, ni una duda, nada turba sus postreros instantes. Ellos creen, aman y entregan su alma á Dios, dándole gracias de haberlos hecho católicos. Desafío al protestantismo para que me cite un *solo hecho* siquiera, contrario á esta afirmación. Todos esos doctores, todos esos ministros, todos esos hombres instruidos y animosos, que aunque se habían educado en el protestantismo y le conocían á fondo porque le habían practicado, le han abandonado para hacerse católicos, mueren como el conde de Stolberg, tan célebre entre los sectarios, que después de convertido murió lleno de gozo y de amor de Dios, bendiciendo al Señor por haberle hecho conocer la verdadera Iglesia, recomendando á sus hijos que orasen por los difuntos y encargándoles que permanecieran firmes en la religión católica. Después de haber recibido con humildad los últimos sacramentos, el ilustre moribundo repetía con celestial alegría: “Alabado sea Jesucristo.”

¡Cuán diferente es la muerte de la mayor parte de los apóstatas, por no decir la de todos! Cuando ellos no han perdido del todo el sentimiento de la fe en Dios y en la in-

han hecho protestantes, como él, les será prohibido orar por su padre; pues el protestantismo no admite ni purgatorio, ni preces por los finados. Nó, ni una sola oración por los muertos hay en ese culto desolador, ni siquiera una visita piadosa á su última morada. Con unas lágrimas impotentes y estériles, en el momento en que cae sobre el difunto el último puñado de tierra, todo está concluido entre él y los que le sobreviven, según el sistema protestante.

Por lo que á mí toca, confieso que esta sola consideración bastaría para demostrarme la falsedad absoluta del protestantismo. La necesidad de orar por las personas á quienes uno ha amado y perdido, es una necesidad tan profunda, tan imperiosa y tan natural al corazón del hombre, que una religión que niega esa necesidad y prohíbe satisfacerla, ya está juzgado de antemano. De manera que no hacía más que expresar el sentimiento universal, aquella pobre niña de diez años, que habiendo perdido á su madre, me decía á mí mismo con admirable energía: “Cuando yo sea grande y dueña de mis acciones, me haré católica; porque quiero pertenecer á una religión, que me permita amar á la Santa Virjen y orar por mi madre.

có de supersticiones las bendiciones autorizadas y prevenidas por la Iglesia católica. El sacerdote irlandés le replicó con un argumento *AD HOMINEM*, diciéndole: “Ahora es Vd. protestante anglicano?—Sí.—Y los anglicanos ¿no bendicen el agua para el bautismo?—Sí.—Luego cometen una superstición, según la doctrina en que Vd. se funda para condenar á la Iglesia católica.”—Yo no pude menos de sonreirme al observar el embarazo en que esta conclusión puso al pobre ex-israelita. Su única salida fué ésta: “El protestantismo anglicano todavía no está puro; le queda algo de *ROMANISMO*.”—¿Si irá el antiguo hebreo á concluir y perfeccionar la obra de Enrique VIII é Isabel? Parece que no deben tener cuidado de esto los ingleses. Aquel judío, si mal no recuerdo, me dijo que había logrado un empleo en la botica del hospital protestante de Jerusalém; y además estaba para casarse con la hija de otro judío *PROTESTANTIZADO*, que posee algunas propiedades cerca de Belén. Pescado el sueldo, no se ocupará más en saber si el anglicanismo está ó no puro. Entre tanto, no puro como él le declaraba, le ha abrazado, tiene empleo y espera novia.—[Traductor.]

XVII.

*El juicio de la muerte.*

Se ha dicho que la muerte es el eco de la vida. El momento de la muerte es un momento solemne, en que los sofismas pierden su fuerza, en que las ilusiones se disipan y en que la conciencia recobra sus derechos. En el pleito que las sectas protestantes ponen á la Iglesia, apelemos á ese fallo, cuya autoridad es suprema. Veamos cuál es el *juicio de la muerte*.

Ha habido protestantes que se han hecho católicos y católicos que se han hecho protestantes. Examinemos como mueren unos y otros.

En presencia de la muerte, como durante la vida, los innumerables protestantes que han entrado en el gremio de la Iglesia católica, han estado llenos de esperanza y serenidad. Ni una sola expresión de arrepentimiento de haberse convertido, ni una sola inquietud sobre este punto, ni una duda, nada turba sus postreros instantes. Ellos creen, aman y entregan su alma á Dios, dándole gracias de haberlos hecho católicos. Desafío al protestantismo para que me cite un *solo hecho* siquiera, contrario á esta afirmación. Todos esos doctores, todos esos ministros, todos esos hombres instruidos y animosos, que aunque se habían educado en el protestantismo y le conocían á fondo porque le habían practicado, le han abandonado para hacerse católicos, mueren como el conde de Stolberg, tan célebre entre los sectarios, que después de convertido murió lleno de gozo y de amor de Dios, bendiciendo al Señor por haberle hecho conocer la verdadera Iglesia, recomendando á sus hijos que orasen por los difuntos y encargándoles que permanecieran firmes en la religión católica. Después de haber recibido con humildad los últimos sacramentos, el ilustre moribundo repetía con celestial alegría: “Alabado sea Jesucristo.”

¡Cuán diferente es la muerte de la mayor parte de los apóstatas, por no decir la de todos! Cuando ellos no han perdido del todo el sentimiento de la fe en Dios y en la in-

mortalidad del alma, cuando no se han endurecido hasta el punto de hacerse materialistas ó ateístas, ¡cuántas inquietudes, cuántos remordimientos y cuántos terrores los agitan en sus últimos momentos! Ellos se acuerdan entonces de aquella Iglesia santa que abandonaron, y tiemblan al considerar *por qué* lo hicieron. Este mundo con sus seducciones, se desvanece delante de sus ojos espantados, cediendo el lugar á los pensamientos del juicio y de la eternidad que se acercan. Si todavía creen en la Sagrada Escritura, leen en ella con terror aquellas palabras de Nuestro Señor Jesucristo que los condenan: “¿Qué le importa al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?”

La muerte de los fundadores del protestantismo, todos ó en su mayor parte sacerdotes apóstatas, confirma la verdad de estas reflexiones, de una manera que espanta.

Lutero desesperaba de salvarse. Poco tiempo antes de su muerte, la infeliz mujer con quien vivía como casado, le mostraba una noche el firmamento, sembrado de brillantes estrellas. “Mira, maestro, le decía, ¡qué cielo tan bello!—No brilla para nosotros, respondió sombríamente el herejarca.—¿Es acaso porque hemos violado nuestros votos? respondió Catalina—Puede ser, repuso Lutero. —Pues si así fuere, volvió á decir Catalina, era necesario volver sobre nuestros pasos.—Ya es tarde; el carro está muy atollado,” concluyó Lutero, cortando la conversación.

Hallándose el mismo Lutero en Eilseben, la víspera del día en que le atacó la apoplejía, decía á sus amigos: “Casi he perdido á Cristo en esas grandes olas de desesperación en que estoy sepultado.” Después de alguna pausa añadió: “Yo que he salvado á tantos, no puedo salvarme á mí mismo.” Más arriba he citado su testamento impío. El murió abandonado de Dios, blasfemando hasta el fin, y su última palabra fué una protesta de impenitencia. Su hijo mayor que dudaba de la *Reforma* y del reformador, le preguntó por última vez, si perseveraba en la doctrina predicada. “*Sí*,” murmuró sordamente el gran culpable, y compareció delante de Dios.

Según el protestante Schusselburg “Calvino murió de

fiebre escarlatina, devorado por un hormiguero de gusanos y consumido por un tumor ulceroso, cuyo olor infecto no podía soportar ninguno de los asistentes.” (\*) Este herejarca exhaló miserablemente su alma culpable, desesperando de salvarse, invocando á los demonios, profiriendo los más execrables juramentos y las más horribles blasfemias. Juan Haren, su discípulo, y testigo ocular de su muerte, refiere que “Calvino murió desesperado, de una de esas muertes vergonzosas y desagrabables, con que Dios ha amenazado á los impíos y á los réprobos..... Yo puedo atestiguarlo porque lo he visto con mis ojos. [1.]

Espalatino, Justo Jonás, Isinder y muchos otros amigos de Lutero y corifeos del protestantismo, perecieron, desesperados los unos y locos los otros.

Enrique VIII murió diciendo que había perdido el cielo, y su digna hija Isabel espiró en medio de una desolación profunda, echada en el suelo, pues no se atrevía á estar en la cama, porque al principio de su enfermedad la había parecido ver su cuerpo todo descarnado, palpitando en un brasero de fuego. [2.]

¡Plegue al cielo que en vista de estas muertes espantosas, y considerando lo que es la eternidad, nuestros pobres hermanos, los católicos, que puedan ser tentados á abandonar la fe de la Iglesia, para seguir á aquellos desventurados herejarcas, se acuerden de que ha de llegar un día en que ellos también han de dar cuenta á Dios! Si piensan en la muerte, en el juicio y en el infierno, yo les aseguro que no se harán protestantes.

Sin embargo, si algunos han tenido la desgracia de ceder á la tentación y de renegar de la fe católica, que no desesperen de la misericordia divina; y para esto que escuchen la historia, perfectamente verídica, de la muerte de un apóstata más culpable que otros.

[\*] Teolog. Calv.

[1.] De vita Calvini.

[2.] Lingard, History of England, vol. VIII, Chap. VIII & Milner, Letters to a Prebendary, Letter. 8.

En un país limítrofe del Norte de la Alemania, vivía un sacerdote olvidado de los deberes de su santo estado. A fuerza de caer de desórden en desórden, llegó á tal exceso, que abjuró la fe y huyó de su patria para hacerse protestante. Aceptó además una colocación de pastor, y así de predicador de la verdad, se volvió maestro del error. En este estado de enemistad con Dios pasó muchos años. Un día le convidó á comer un predicador protestante, de una ciudad grande, que reunía en su mesa á otros muchos pastores protestantes de las inmediaciones. Mientras que juntos se divertían, vinieron á decir al pastor, dueño de la casa, que un pobre hombre se estaba muriendo y parecía tener necesidad de algunos auxilios espirituales. Yo no sé por qué motivo el pastor no pudo ir á ver al enfermo, y en consecuencia, el sacerdote apóstata se ofreció á reemplazarle en aquel ministerio. Su oferta fué aceptada. Pronto le introdujeron en un cuarto, donde yacía en cama un anciano, próximo ya á exhalar el último suspiro. El enfermo estaba desesperado. Leyóle el apóstata algunos pasajes de la Biblia; pero el moribundo por toda respuesta le dijo: “Yo estoy perdido, no hay perdón para mí. ¡Ay de mí! ¡Estoy condenado!” Quería el apóstata tranquilizarle, exhortándole á cobrar confianza. “Nó, nó, repuso el otro, nadie puede auxiliarme, yo no puedo ir al cielo: mi pecado es demasiado enorme, debo ser condenado.”—“Pero por amor de Dios ¿qué es?” repuso el apóstata: “¿De qué os sentís tan cargado el corazón?” Y el moribundo sólo le respondía con las mismas palabras de desesperación.

Rindióse, en fin, el moribundo á las vivas instancias del apóstata, y le dijo: “Lo que hace que para mí ya no haya ni salvación, ni cielo, es que soy un sacerdote apóstata; y á este pecado he añadido otros, he resistido á las sollicitaciones de la gracia, he rechazado las divinas misericordias... ¡Ay! mi falta es demasiado grande para que pueda ser perdonada. Estoy perdido. Nadie puede ayudarme.”

Una revelación como esta llenó de turbación el alma del apóstata, que veía en aquel cuadro su propio retrato. En aquel momento la antigua fe le representó que había un

poder divino inamisible, conferido al sacerdote cuando se ordena; y él, con una voz conmovida, dijo al moribundo: “Hermano querido, yo puedo ayudaros. Esto es tan cierto, como que Dios existe; yo puedo ayudaros..... Yo también soy sacerdote católico, os lo aseguro; y lo mismo que vos, yo también soy un renegado y estoy excomulgado. Pero como sabéis, en este artículo de la muerte, puedo absolveros, aunque me halle en ese estado.”

Fué esto para el pobre moribundo, como si un angel hubiese venido del cielo para darle consuelo y esperanza. vencido por la infinita misericordia de Dios, que á la hora última de su vida, aún le ofrecía el perdón, y con el perdón otras gracias y la seguridad de salvarse, si hacía una buena confesión; hizola con los sentimientos del más vivo dolor y del más sincero arrepentimiento, obtuvo la absolución y murió en la paz del Señor. Este golpe triunfante del amor divino, que quiere la salvación de todos los hombres y busca á los más grandes pecadores hasta su último aliento, hirió de tal manera al que había sido instrumento de tamaña misericordia, que mudado inmediatamente su corazón por la omnipotencia de la gracia, desde aquel momento resolvió convertirse. De vuelta á la casa del convite, halló todavía reunidos á los comensales y les dijo: “Adios, señores. Yo me vuelvo al gremio de la Iglesia católica, á la cual había abandonado con tanta perfidia. Acabo de ver cuán terrible es la hora de la muerte para un apóstata. Gracias á Dios, por su especial providencia, yo me hallé ahí para ser, aunque indigno, instrumento de su misericordia; y pues esa misma misericordia infinita me llama á penitencia, voy á hacerla para reconciliarme con el Señor y salvarme.”

## DE BIBLIOTECAS XVII.

### *El protestantismo y la incredulidad.*

Los incrédulos y los racionalistas de nuestros días, tratan con especiales complacencias al protestantismo y consideran á Lutero y Calvino como á sus propios abuelos. Tienen razón. Digan lo que quieran esos protestantes que todavía



tienen algo de cristianos, la incredulidad que hace tantos estragos en la sociedad moderna, es la consecuencia lógica é indeclinable de la revolución religiosa del siglo décimo sexto.

El protestante es un hombre, que en nombre del libre examen, rechaza una parte de las verdades cristianas enseñadas por la Iglesia al mundo, con la autoridad que Cristo la ha dado. El incrédulo es un hombre, que en nombre de ese mismo principio del libre examen, va más lejos y rechaza todo el conjunto de esas verdades.

El protestante rechaza á la Iglesia, porque no la cree una institución divina. El incrédulo rechaza á Jesucristo, porque no le cree verdadero Dios.

El principio es el mismo para el protestante y para el incrédulo. Esto es, en el uno y en el otro, la razón individual usurpa el lugar que corresponde á la fe, que es la sumisión del espíritu á la autoridad de Dios. De consiguiente, el protestante, sépalo ó no lo sepa, es un incrédulo en semilla; y el incrédulo es un protestante ya desarrollado, crecido, maduro.

Como en la bellota está el encino, porque sembrada aquella nace éste; así la incredulidad está en el protestantismo, pues del principio de éste nace la consecuencia de aquel. El camino de las negaciones forma una resbaladiza pendiente. Si el libre examen de un luterano ó su razón, ya que así hay antojo de llamarla, le forza á rechazar la autoridad del Papa, que es el Vicario de Jesucristo; un calvinista dice que ese mismo libre examen le hace rechazar la presencia real de nuestro Divino Salvador en la Eucaristía, dogma conservado por los luteranos. Por el mismo principio los socinianos, los ministros protestantes de Ginebra y una multitud de sus colegas franceses, rechazan hoy, imitando á Voltaire y á Rousseau, la divinidad misma de Jesucristo; y por consiguiente abjurán el cristianismo y caen en la incredulidad completa, siempre en consecuencia del libre examen. Los filósofos alemanes y franceses, racionalistas y panteístas, de todos los colores, no se paran en Jesucristo, sino que se adelantan á negar la existencia de un Dios

Creador, todo esto también por la gracia del libre examen. De consiguiente, lo repito y conmigo lo repetirá todo protestante que quiera ser franco y sepa ser lógico: el libre examen es el protestantismo en su principio esencial. Lutero, padre del libre examen y del protestantismo, es por tanto el padre de la incredulidad, el padre de toda negación anti-cristiana. (\*)

El Sr. Eugenio Rendú, en su memoria sobre la instrucción pública en Alemania dice: “Estaba yo en Jena dos meses antes de la apertura del sínodo, en que debían reunirse los pastores protestantes de los diversos Estados de Alemania, y pregunté á un pastor, que era catedrático distinguido de Teología en la Universidad de la misma ciudad de Jena: ¿si se ocuparía aquella asamblea de cuestiones dogmáticas y doctrinales? No, me respondió él: se tratará de liturgia y de simples cuestiones de forma. Sobre los demás *no se puede pensar en entenderse*, porque desde que uno se pone en el terreno dogmático *Pist... Todo desaparece.*”

Eugenio Sué, uno de los jefes del partido antieristiano, ha escrito, entre otras cien líneas, las siguientes que recomendamos á la meditación de todos los católicos y de los muchos protestantes que aman la verdad: “Los hombres de la libertad, dice aquel impío, los radicales, los racionalistas, han atacado tal vez inoportunamente al protestantismo, especie de religión transitoria, especie de puente, si puedo expresarme así, con cuya ayuda se debe llegar seguramente al racionalismo puro, aunque sufriendo esa fatal necesidad de un culto; porque la masa de la población, no sabría pasarse todavía ahora sin él.”

“Yo, libre pensador, penetrado de los peligros inherentes á toda religión, admito la necesidad de una religión (es verdad que transitoria); porque, digámoslo claro, hay que distinguir entre lo posible y lo apetecible.”

[\*] Este era el sentimiento del rey Enrique IV, siendo calvinista. entonces le parecía que protestante y turco eran sinónimos en cuanto á la piedad, por lo cual decía escribiendo á la Marquesa de Verneuil: “Yo estoy endiablado, y si no fuera hugonote me hacía turco.”

“Débese reconocer que en el mal hay grados que el mal menor es preferible al mal absoluto.” (\*) El mal absoluto para estos impíos, es Jesucristo, en su Iglesia, es la religión, son los católicos.

Y pasando de la teoría á la práctica, Eugenio Sué formula los estatutos odiosos de una sociedad cuyos miembros no bautizarán á sus hijos, no se casarán religiosamente, no presentarán los cadáveres de sus difuntos en la Iglesia; en una palabra, renunciarán completamente toda relación con la religión.

Otro impio, Edgard Quinet, gran preconizador del protestantismo y yerno de un pastor protestante, llama á las sectas protestantes *las mil puertas abiertas para salir del cristianismo*.

Diráse que los protestantes franceses, generalmente no van tan lejos. Es verdad que hay grados en el protestantismo, y que la incredulidad absoluta es el protestantismo en superlativo.

XIX.

*El protestantismo y la revolución.*

Todo protestantismo es revolucionario. No digo que todo protestante, sino que todo protestantismo; porque bien sé que el hombre no es siempre bastante lógico, para poner en armonía sus acciones con sus creencias. A veces vale más el hombre que lo que piensa. Así como entre los católicos hay desgraciadamente muchos que faltando á sus principios, son revolucionarios exaltados, de la misma manera y por la propia razón de que son ilógicos, hay entre los protestantes un gran número de hombres, y hombres de saber y de talento, que son sinceramente amigos del orden entre los protestantes. Pero aquí se trata del protestantismo y no de los protestantes. Repito, pues, que todo protestantismo es revolucionario.

[\*] Carta publicada en el NACIONAL BELGA, Noviembre de 1856, y reproducida por todos los diarios del partido

Mientras que el catolicismo es la sumisión del corazón y del espíritu á la autoridad de la Iglesia, el protestantismo es la negación de toda autoridad en materia de religión. Ahora bien, una vez establecido en principio que el hombre no debe reconocer ninguna autoridad religiosa: ¿no es sencillo y natural concluir, que tampoco debe reconocer ninguna autoridad política ó civil?

El ilustre Ventura de Ráulica ha hecho sobre este punto las siguientes reflexiones:

“¿Porqué los que han negado obediencia á la Iglesia no la negarían al Estado? El protestantismo sea la rebelión contra la autoridad religiosa, encierra en sus entrañas el germen de la rebelión contra toda autoridad política.

“La historia del protestantismo da un testimonio elocuente de esta verdad. Donde quiera que él fué proclamado, su primer llamamiento á los cristianos para rebelarse contra el Papa, al instante se convirtió en llamamiento á los pueblos para rebelarse contra los reyes. Las mismas lenguas de los jefes de la pretendida *Reforma*, que formulaban blasfemias las más atroces contra la Cabeza de la Iglesia, vomitaron los más sangrientos insultos contra los soberanos de los Estados. Si para aquellos genios del desorden el Sumo Pontífice era un tirano, los príncipes fueron monstruos; y las guerras de religión que en aquella época desgraciada inundaron de sangre la Alemania, la Inglaterra y la Francia, no fueron en el fondo otra cosa que *guerras de revolución*.

“Desde entonces el protestantismo ha simpatizado siempre, y en todas partes con todas las rebeliones; y todas las rebeliones han mostrado hácia el protestantismo, muy notables simpatías. (\*)

[\*] Nótese que esto lo decía el Padre Ventura en 1857, predicando la cuaresma en las Tullerías, delante del Emperador Napoleón; y obsérvese como poco después se han verificado y continúan verificándose, hechos que confirman de un modo concluyente sus aserciones.

1.<sup>o</sup> “Del seno de los pueblos protestantes ha salido el espíritu de rebelión,” decía el ilustre Teatino en Marzo ó Abril de 1857; y en Enero de 1858 salían de la protestante Inglaterra las bombas de Orsi-

“Todo protestantismo ha sido siempre revolucionario, así como toda rebelión ha sido siempre en la esencia protestante.

“Del seno de los pueblos protestantes, ha salido el espíritu de rebelión que en estos últimos tiempos ha cundido en algunos países católicos. Después que la pretendida *Reforma* quiso derribar el altar, todos los tronos se han conmovido. La revolución de la Francia católica, no fué mas que imitación de la revolución que antes se verificó en la protestante Inglaterra; pues al protestantismo inglés, le corresponde la triste gloria de haber introducido en la Europa cristiana, la moda pagana de asesinar jurídicamente á los reyes.” (\*)

ni, y de las bombas de Orsini salieron en 1859 la guerra de Italia, las insurrecciones de los Ducados y legaciones italianas, los asesinatos y las proscripciones de los Piamonteses en el reino de Nápoles.

2.<sup>o</sup> “El protestantismo ha simpatizado siempre con todas las rebeliones.” Las que han tenido lugar en Italia, poco después de haberse expresado así el Padre Ventura, no tienen amigo más declarado y entusiasta que el protestantismo inglés; el cual las ha ayudado con la diplomacia, con dinero, con juntas, y de cuantas maneras han estado á su alcance.

3.<sup>o</sup> “Todas las revoluciones han simpatizado con el protestantismo.” Las epístolas de Garibaldi, aunque tan insensatas, son el mejor comentario de esta aserción del orador cristiano en las Tullerías.—[Trad.]

[\*] Alude el orador á la ejecución de Carlos I, rey de Inglaterra, y á la revolución que elevó á Cromwel y lanzó después de la Gran Bretaña á Jacobo II y la dinastía de los Stuart. Los últimos individuos de esta dinastía hubieron de morir en Roma, bajo la protección de los Papas, cuya autoridad habían desconocido é insultado sus antepasados.—Roma perdona siempre, sin exigir más que el arrepentimiento; y no sólo perdona, sino que ampara y favorece á sus enemigos en la desgracia. Así lo han experimentado todas las dinastías caídas, por más que ellas se hayan mostrado en la prosperidad hostiles á la Santa Sede. Los Borbones, que llenaron de amargura el corazón del Santo Padre Clemente XIII, han hallado y hallan un asilo decoroso, grato y seguro en Roma. Lo mismo les ha sucedido á los Bonapartes, comenzando por Napoleón I, á quien el mismo Pío VII, en pago de haberle tenido preso en Fontainebleau, envió dos capellanes, Bonavita y Vignali, para que le consolasen en Santa Elena de las amarguras con que le abrevaba la protestante Inglaterra.—Esto solo prueba que el Papa es el Vicario de Cristo, pues vuelve bien por mal.—[Traductor.]

En virtud de ese origen común, el protestantismo y la revolución se confunden cada día más el uno con el otro. Es verdad que los protestantes honrados rechazan esa unión que los espanta, pero ella se consume inevitablemente, en virtud del principio mismo que produjo la *Reforma*; y los órganos más reconocidos del socialismo, lo proclaman así en alta voz. Por eso el revolucionario Edgard Quinet escribe lo siguiente: “Me dirijo á todas las creencias, á todas las religiones que han combatido á Roma: *todas ellas están en nuestras filas, quiéranlo ó no lo quieran*, puesto que en el fondo, su existencia es tan incompatible como la nuestra con la dominación de Roma.” Luis Blanc, otro jefe revolucionario, dice: “*Todo Lutero religioso excita necesariamente un Lutero político.*”

Mazzino, Garibaldi y los otros aventureros, que hace algunos años tuvieron bajo su perverso yugo la capital del mundo cristiano, creyeron no poder encontrar mejor medio de afirmar y consolidar en Italia la revolución social, que el de introducir el protestantismo. Por eso fueron distribuidas en Roma millares de Biblias falsificadas; y por eso también se formó el proyecto de dar á los protestantes la Iglesia del Panteón, que está en el centro de la Ciudad. Garibaldi decía al ministro protestante Pozzi en 1850, al confiarle la educación religiosa de su hijo: *La Biblia es el cáñon que nos abrirá la Italia.*

Las publicaciones impudentes de los revolucionarios modernos, están á la vista de los protestantes lo mismo que las nuestras. Que las consulten. Con voz unisona los revolucionarios todos aplauden al protestantismo, *forma religiosa de la revolución.*

Este es un hecho incontestable y público que merece la atención de los hombres serios. [\*]

Los que sean indiferentes hácia los intereses sagrados de la fe, deben por lo ménos, comoverse en vista de los peligros que amenazan al hogar doméstico.

[\*] Y ya ellos lo han conocido. Por eso en el último conflicto entre el Sumo Pontificado y la revolución en Italia, se ha visto que algu-

“El socialismo, ha dicho un gran escritor, no es más que el protestantismo contra la sociedad; así como el protestantismo no es más que el socialismo contra la Iglesia.” (\*)

nos de los protestantes más sábios y honrados, como el Dr. Leo en Alemania, Mr. Guizot en Francia, y en Inglaterra los redactores del Semanario *THE UNION*, han defendido noble, elocuente y decididamente los derechos del Papa, condenando las pretensiones, los excesos y las iniquidades de la Revolución. Hasta un judío, Mr. Cohen, ha visto que bajo el pretexto de libertad, de independencia y de nacionalidad se quiere privar al Papa de su Soberanía temporal, para arruinar su autoridad espiritual; y que si fuera posible á los revolucionarios realizar este intento, luego no quedaría en pié ninguna religión en el mundo. Por lo pronto se hablaría del protestantismo, para caer inmediatamente en el racionalismo; y á nombre del racionalismo, se renunciaría á Jesucristo y á Dios Creador, probablemente para adorar bajo la forma de una prostituta á la Diosa Razón, como en la primera revolución francesa. [Traductor.]

[\*] DEL PROTESTANTISMO Y DE TODAS LAS HEREJIAS, EN SUS RELACIONES CON EL SOCIALISMO; por Augusto Nicolás.—Yo no podré recomendar demasiado este libro, en verdad notable, á todos los que quieran estudiar más á fondo la gravísima verdad que no he hecho más que indicar en este pequeño capítulo.—Consúltese también el hermoso tratado del P. Perrone, titulado: EL PROTESTANTISMO Y LA REGLA DE LA FE.

## CONCLUSION.

Ahora, lector amigo, si este libro te ha hecho algún bien, ora por mí; y encomienda también á Dios, para que los ilumine á cuantos deban leerle.

Me he dirigido á tu lealtad y buen sentido. Espero haberte hecho tocar con la mano, esa profunda miseria que se llama *Protestantismo*.

Si te acontece discutir con un protestante, sé prudente y caritativo. No te dejes sacar del camino recto y claro, poniendo en práctica las reglas del buen sentido. No te metas en controversias infructuosas, las cuales sirven solamente, como dice el Apóstol San Pablo, para turbar y agriar los ánimos. Envía esos disputadores é inventores de religiones, á controvertir con el cura de tu parroquia.

En cuanto á ti conserva la fé: sé hijo sumiso de la Iglesia católica, que es la maestra de la verdadera piedad y la depositaria infalible de las verdades cristianas: practica tu fé con celo y amor: ora mucho, comulga con frecuencia: ama profundamente á Nuestro Señor Jesucristo, tu Salvador; y á María Santísima, su Madre siempre Virgen: honra, respeta y ayuda con tus oraciones al Papa, representante en la tierra del Dios del cielo; y vive, en fin, de tal manera, que después de los días de tu peregrinación en esta vida, llegues en la otra á la eterna bienaventuranza.

*Sub tuum præsidium Inmaculata.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# INDICE.

## PRIMERA PARTE.

Prefacio de los editores franceses.	3.
I.—¿Por qué se ha escrito este libro?	4.
II.—Proteo.	6.
III.—Protestantismo y protestantes.	7.
IV.—Catolicismo y católicos.	8.
V.—Católicos y católicos.—Protestantes y protestantes.	9.
VI.—¿Como es que hay protestantes buenos y religiosos?	10.
VII.—Por qué se encuentra mayor número de malos católicos, que de malos protestantes?	11.
VIII.—Del abismo que media entre el protestantismo y la Iglesia.	13.
IX.—¿El catolicismo y el protestantismo, pueden ser verdaderos á la vez?	15.
X.—Irse á lo más seguro.	16.
XI.—Si la heregía es un gran pecado.	17.
XII.—Si puede salvarse un protestante.	18.
XIII.—Diferencia que hay entre una conversión y una apostasía.	20.
XIV.—Por qué se hacen unos católicos y otros protestantes.	22.
XV.—¿El protestantismo es una religión?	29.
XVI.—¿Cree en Jesucristo el protestantismo?	31.
XVII.—¿Hay algún protestante que pueda decir lo que cree y por qué lo cree?	34.
XVIII.—De como las palabras cristianismo y catolicismo, significan absolutamente una misma cosa.	36.
XIX.—El protestantismo y el cristianismo primitivo.	37.
XX.—¿Por que la Iglesia católica habla latín?	40.
XXI.—De la sencillez del culto protestante.	42.
XXII.—Demuéstrase que la propaganda protestante no es ni legítima ni lógica.	45.
XXIII.—La religión cómoda.	47.
XXIV.—La piedra de toque.	50.

## SEGUNDA PARTE.

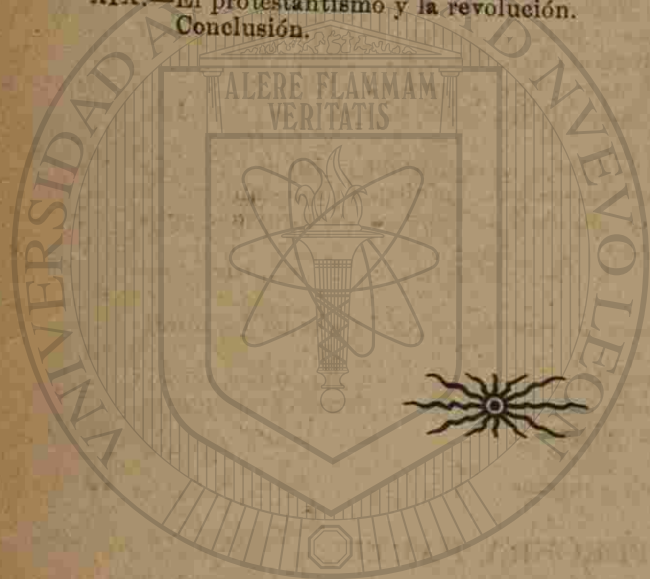
I.—En qué sentido puede la Iglesia tener necesidad de reforma.	51.
II.—¿Es posible que Dios hubiese elegido á Lutero y Calvino para reformar la religión?	53.
III.—¿Han dado los apóstoles del protestantismo alguna prueba de su pretendida misión?	55.
IV.—La Iglesia católica posee la prueba divina por excelencia.	57.
V.—Los reformadores juzgados por sí mismos.	58.

VI.—Divisiones del protestantismo.	61.
VII.—Que se debe pensar de la libertad de pensar.	64.
VIII.—Divisiones religiosas de los católicos.	66.
IX.—De como la enseñanza de la Iglesia es la verdadera regla de fe.	67.
X.—La Biblia no es ni puede ser la regla de fe.	70.
XI.—El protestantismo no es ni puede ser la religión del pueblo.	72.
XII.—Es imposible para un protestante saber si la Biblia que lee es la palabra de Dios.	74.
XIII.—Hasta dónde puede llevar el principio protestante que da la Biblia como regla de fe.	77.
XIV.—¿Prohíbe la Iglesia católica que se lea la Biblia?	78.
XV.—Porqué las sociedades bíblicas están condenadas por la Iglesia.	81.
XVI.—La Biblia, toda la Biblia, nada más que la Biblia.	82.
XVII.—Los sacerdotes católicos y los ministros protestantes.	87.
XVIII.—En qué sentido el sacerdote católico es mediador entre Dios y los hombres.	89.
XIX.—De las ciencias y de las controversias de los ministros protestantes.	90.
XX.—Porqué no se casan los sacerdotes católicos como los ministros protestantes.	92.
XXI.—De como Nuestro Señor Jesucristo y sus Apóstoles, no son del mismo modo de pensar que los ministros protestantes, sobre el celibato religioso.	94.
XXII.—Los jesuitas.	97.
XXIII.—Los matrimonios mixtos.	99.

## TERCERA PARTE.

I.—Qué es lo que impide á los protestantes honrados hacerse católicos.	101.
II.—De las adoraciones idolátricas que los protestantes atribuyen á los católicos.	102.
III.—Una palabra sobre los folletos y hojas sueltas de los protestantes.	104.
IV.—De cómo ciertos folletistas protestantes, tendrían gran necesidad de aprender el arte de verificar las fechas.	106.
V.—La tolerancia de los protestantes.	109.
VI.—La intolerancia católica.	113.
VII.—La Inquisición, la San Bartolomé y las Dragonadas de Cévennes.	115.
VIII.—Los mártires protestantes.	119.
IX.—Un ejemplo de la moderación protestante.	120.
X.—Supuestas persecuciones de que los protestantes dicen que son víctimas.	125.
XI.—Compra y venta de almas.	127.

XII.—La religión del dinero.	133.
XIII.—Una prueba de nuevo género en favor del protestantismo.	138.
XIV.—De la observancia del Domingo entre los católicos y entre los protestantes.	146.
XV.—Cómo se conducen los protestantes respecto á la Madre de Dios.	148.
XVI.—Cuán desolador es el protestantismo.	152.
XVII.—El juicio de la muerte.	155.
XVIII.—El protestantismo y la incredulidad.	159.
XIX.—El protestantismo y la revolución.	162.
Conclusión.	167.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA U.A.N.L.





UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

